


ALAIN FOURNIER

EL GRAN MEAULNES



SUR

BUENOS AIRES

La presente obra está sujeta a los derechos derivados de la Ley de Propiedad Intelectual. La FBVMC ha intentado localizar a sus titulares, herederos o causahabientes del traductor, y a la editorial donde fue publicada, pero el resultado ha sido infructuoso. Si algún usuario de la BVMC tiene noticia de la existencia de los titulares de estos derechos, le rogamos que se ponga en contacto con nosotros para proceder a solicitar las correspondientes autorizaciones.

EL GRAN MEAULNES

*Printed in Argentine
Copyright by
Ediciones SUR
Buenos Aires, 1938.*

ALAIN FOURNIER

EL GRAN MEAULNES



BUENOS AIRES

INDICE

PRIMERA PARTE

		PÁG.
Cap.	I. - El nuevo pensionista	11
"	II. - Después de las cuatro	21
"	III. - "Visitaba la tienda de un cesterero"	25
"	IV. - La evasión	31
"	V. - El regreso del coche	37
"	VI. - Lllaman a la ventana	43
"	VII. - El chaleco de seda	51
"	VIII. - La aventura	59
"	IX. - Un alto en el camino	65
"	X. - El corral	71
"	XI. - La mansión misteriosa	75
"	XII. - El cuarto de Wellington	81
"	XIII. - La extraña fiesta	85
"	XIV. - La extraña fiesta (<i>continuación</i>)	91
"	XV. - El encuentro	97
"	XVI. - Frantz de Galais	107
"	XVII. - La extraña fiesta (<i>fin</i>)	115

SEGUNDA PARTE

Cap.	I. - El abordaje	123
"	II. - Caemos en una emboscada	129
"	III. - El titiritero en la escuela	135
"	IV. - Que trata de la mansión misteriosa	143

	PÁG.
Cap. V. - El hombre de las alpargatas	151
„ VI. - Una disputa entre bastidores	157
„ VII. - El titiritero se quita la venda	163
„ VIII. - ¡Los gendarmes!	167
„ IX. - En busca del sendero perdido	171
„ X. - La colada	181
„ XI. - Hago traición	187
„ XII. - Las tres cartas de Meaulnes	193

TERCERA PARTE

Cap. I. - El baño	201
„ II. - En casa de Florentino	209
„ III. - Una aparición	221
„ IV. - La gran noticia	231
„ V. - La jira	239
„ VI. - La jira (<i>fin</i>)	247
„ VII. - El día de la boda	257
„ VIII. - La llamada de Frantz	261
„ IX. - La gente feliz	267
„ X. - La “casa de Frantz”	273
„ XI. - Conversación bajo la lluvia	281
„ XII. - La carga	289
„ XIII. - El cuaderno de “deberes mensuales”	297
„ XIV. - El secreto	301
„ XV. - El secreto (<i>continuación</i>)	309
„ XVI. - El secreto (<i>fin</i>)	317
Epílogo	323

A mi hermana Isabel

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

EL NUEVO PENSIONISTA

Llegó a casa un domingo de noviembre de 189...

Yo sigo diciendo "a casa", aunque ya no nos pertenecemos. Pronto hará quince años que dejamos el pueblo y a buen seguro que no volveremos más.

Vivíamos en los edificios del *Curso Superior* de Santa Águeda.

Mi padre, a quien yo llamaba el Señor Seurel, como los demás alumnos, dictaba allí el curso superior, preparatorio para el título de maestro, así como el curso medio. Mi madre, daba clase a los más chicos.

Una espaciosa casa roja, situada al extremo del lugar, cubierta de enredadera y con cinco grandes puertas de vidrio; un patio inmenso, con lavadero y salas de recreo, que se abría frente al pueblo mediante un gran pórtico; por el lado Norte, la carretera que daba frente a una verja y que conducía hacia La Gare *, a tres

* *La Gare*: nombre de una aldea del Departamento del Cher, en Francia (N. del T.).

kilómetros de allí; al Sur y por detrás, campos, jardines, praderas, extendiéndose hasta los caseríos. . . tal es el plano suscito de la mansión donde se deslizaron los más inquietos y preciosos días de mi vida —mansión de la que partieron y donde volvieron a chocar nuestras aventuras, como las olas contra un peñasco árido.

El azar de los “traslados”, la decisión de un inspector o de un prefecto, nos había llevado allí. Hacia el final de las vacaciones, hace ya mucho tiempo de eso, un carruaje rústico que precedía a nuestro menaje, nos había dejado, a mi madre y a mí, frente a la herrumbrosa verja. Unos chiquillos que robaban melocotones en el jardín, huyeron silenciosamente por los huecos del seto . . . Mi madre, a quien llamábamos Millie, y que era por cierto la más metódica mujer de su casa que haya conocido jamás, penetró de inmediato a los cuartos llenos de paja polvorienta y comprobó al punto, desesperada —a cada traslado le acontecía lo mismo—, que nuestros muebles no cabrían nunca en una casa tan mal hecha . . . Había salido para comunicarme su angustia, y mientras me hablaba, limpió dulcemente con su pañuelo mi cara de niño, ennegrecida por el viaje. Después volvió a entrar para ver cuántas aberturas era preciso condenar, a fin de hacer habitables aquellos aposentos. . . Por mi parte, cubierto con un grande y encintado sombrero de paja, permanecí sobre la arena de aquel patio extraño, aguardando, mientras curioseaba tímidamente en torno del pozo y bajo el galpón.

Así es, por lo menos, cómo imagino hoy nuestra llegada. Pues en cuanto quiero evocar el recuerdo lejano

de aquella primera tarde de espera en nuestro patio de Santa Águeda, ya son otras las esperas que acuden a mi memoria; ya me veo, con ambas manos pegadas a los barrotes del pórtico, atisbando ansiosamente a alguien que va a bajar por la calle mayor.

Y si trato de evocar la primera noche que me tocó pasar en el desván, entre los graneros del primer piso, ya me asalta el recuerdo de otras noches; ya no estoy solo en esa habitación; una gran sombra inquieta y amiga se pasea al arrimo de las paredes. Todo ese paisaje apacible —la escuela, el campo del tío Martín, con sus tres nogales, el jardín invadido a partir de las cuatro por las mujeres que venían de visita— perdura para siempre en mi memoria, agitado, transfigurado por la presencia de aquel que trastornó toda nuestra adolescencia y cuya misma fuga no nos dejó reposo.

Y, sin embargo, hacía ya diez años que estábamos en el lugar cuando llegó Meaulnes.

Tenía yo quince. Era un frío domingo de noviembre, el primer día de otoño que nos hizo pensar en el invierno. Todo el día lo pasó Millie esperando un coche de La Gare que había de traerle un sombrero para la época de los fríos. Por la mañana perdió la misa; y hasta que empezó el sermón, sentado en el coro con los demás niños, estuve mirando ansiosamente por el lado de las campanas, para verla entrar con el sombrero nuevo.

Después de comer, tuve que ir solo a vísperas.

—De todos modos —me dijo para consolarme, mientras me cepillaba con la mano mi traje de niño—, aun-

que ese sombrero hubiera llegado, habría tenido que emplear sin duda todo el domingo en rehacerlo.

A menudo, nuestros domingos de invierno transcurrían así. Por la mañana ya, mi padre iba lejos, a la orilla de algún remanso cubierto de bruma, a pescar **carpas** desde un bote; y mi madre, hasta la noche, en el retiro de su cuarto oscurecido, improvisaba humildes vestiduras. Encerrábase así por miedo a que cualquiera de sus amigas, tan pobre pero a la vez tan altiva como ella, la sorprendiera en su trabajo. Y yo, al terminar las vísperas, esperaba, leyendo, en el frío comedor, que ella abriese la puerta para ver cómo le sentaban.

Aquel domingo, cierta animación frente a la iglesia hizo que me quedara fuera después de vísperas. Bajo el pórtico, un bautizo había congregado a los muchachos. En la plaza, unos cuantos hombres del lugar, vistiendo blusa de bombero, formados los destacamentos, ateridos y marcando el paso, escuchaban al sargento Boujardon embrollarse en teorías. . .

Las campanas del bautizo cesaron de pronto, como un toque de fiesta que se hubiera equivocado de día y de lugar. Boujardon y sus hombres, con las armas en bandolera, lleváronse la bomba al trotecillo; y los vi desaparecer tras la primera esquina, seguidos de cuatro chiquillos silenciosos, que aplastaban con las gruesas suelas de sus zapatos las ramitas de la carretera helada por donde no me atreví a seguirles.

No quedó entonces en el pueblo otra animación más que la del "Café Daniel", donde oía crecer y calmarse, sordamente, las discusiones de los bebedores. Y rozando la tapia baja del gran patio que aislaba a nuestra casa

del pueblo, llegué, un tanto inquieto a causa de mi retraso, junto a la cancela.

Hallábase entreabierta y vi en seguida que algo insólito estaba ocurriendo.

En efecto, en la puerta del comedor —la más próxima a los cinco ventanales que daban al patio—, una mujer de pelo gris, inclinada, intentaba ver a través de los visillos. Era pequeña, vestía con una capa de terciopelo negro, a la moda antigua. Su rostro era enjuto y fino, pero lo devoraba la inquietud, y no sé qué especie de aprensión, al verla, me detuvo en el primer peldaño, frente a la verja.

—¿Dónde se habrá metido, Dios mío? —me decía a media voz—. Estaba aquí, conmigo, hace un instante. Ya habrá dado la vuelta a la casa. Tal vez se ha escapado. . .

Y, entre frase y frase, daba en el cristal tres golpecillos casi imperceptibles.

Nadie salía a abrir a la visitante desconocida. Seguramente, Millie había recibido el sombrero de La Gare y, sin prestar oído a nada, en el fondo del dormitorio rojo, frente a una cama sembrada de cintas viejas y plumas lacias, cosía, descosía, recomponía su precario sombrero. . . En efecto, ni bien entré en el comedor, seguido por la visitante, apareció mi madre sosteniendo con ambas manos sobre la cabeza, alambres, cintas y plumas aun no del todo equilibrados. . . Me sonrió con sus ojos azules, cansados de trabajar entre dos luces, y exclamó:

—Mira, te esperaba para enseñarte. . .

Pero, al darse cuenta de aquella mujer sentada en el

gran sillón, al fondo de la sala, se detuvo, confusa. Rápidamente se quitó el sombrero y durante toda la escena siguiente lo tuvo contra el pecho, vuelto hacia arriba, como un nido, en su brazo derecho doblado.

La mujer de la capa, que aprisionaba entre las rodillas un paraguas y una cartera de cuero, había empezado a explicarse, meciendo ligeramente la cabeza y destrobando la lengua como una mujer de visita. Había recobrado todo su aplomo. Tuvo, incluso, en cuanto se puso a hablar de su hijo, un aire superior y misterioso que llegó a intrigarnos.

Habían llegado en coche de la Ferté d'Angillon, a catorce kilómetros de Santa Águeda. Viuda —y muy rica, por lo que nos dió a entender—, había perdido al menor de sus dos hijos, Antonio, que murió una tarde, al volver del colegio, a causa de un baño que tomó con su hermano en bañado de aguas estancadas. Había decidido poner al mayor, Agustín, pupilo en nuestra casa para que pudiese seguir el Curso Superior.

Y al instante nos hizo el elogio del nuevo pensionista.

Yo desconocía ahora a la mujer de pelo gris, a quien viera encorvarse frente a la puerta un minuto antes, con aquel gesto suplicante y huraño de la clueca que ha perdido a su polluelo.

Lo que nos refería, llena de admiración, de su hijo, era muy sorprendente: se complacía él en satisfacerla y para ello seguía a veces por la margen del río, con las piernas desnudas, por espacio de kilómetros y más kilómetros, para traerle huevos de gallineta y de patos silvestres, perdidos entre los juncos... También tendía

redes. . . La otra noche había descubierto en el bosque un faisán cogido al lazo. . .

Yo, que no me atrevía a volver a casa cuando me había hecho un desgarrón en la blusa, miraba a Millie con asombro.

Pero mi madre ya no escuchaba. Hasta hizo señas a la señora para que se callase y, dejando con precaución su "nido" encima de la mesa, se levantó silenciosamente como para ir a sorprender a alguien. . .

Arriba, en efecto, en un reducto donde se amontonaban los chamuscados fuegos de artificio del último 14 de Julio, un paso desconocido, pero seguro, iba y venía, haciendo retemblar el techo; atravesaba los inmensos graneros temblorosos del primer piso y se perdía al fin, en dirección a los cuartos abandonados de los ayudantes, donde poníamos a secar el tilo y a madurar las manzanas.

—Hace un instante que ya oí ese ruido en los cuartos de abajo —decía Millie en voz baja— y creí que eras tú, Francisco, que regresabas. . .

Nadie contestó. Estábamos los tres de pie, con el corazón sobreexcitado, cuando la puerta de los graneros que daba a la escalera de la cocina se abrió; alguien bajó los peldaños, cruzó la cocina y se plantó a la entrada oscura del comedor.

—¿Eres tú, Agustín?—dijo la señora.

Tratábase de un muchacho grande, de unos diecisiete años. En el anochecer, no vi de él, en principio, más que su sombrero de fieltro, un sombrero de labriego echado hacia atrás, y su blusa negra ajustada con un

cinturón, como la llevan los colegiales. También pude ver que sonreía. . .

Al advertirme, y antes de que nadie pudiera pedirle explicación alguna, me dijo:

—¿Vamos al patio?

Vacilé un segundo. Luego, viendo que Millie no me lo impedía, tomé la gorra y fui hacia él. Salimos por la puerta de la cocina y nos dirigimos a la sala de recreo que la oscuridad empezaba a invadir. A la última claridad del día, miraba, mientras caminábamos, su cara angulosa, de nariz recta y labios velludos.

—Toma —me dijo—, he encontrado esto en tu granero. Se ve que nunca habías revuelto aquello.

Tenía en la mano una renegrida ruedecilla de madera; un cordón de cohetes recortados corría en torno: esto debió ser el sol o la luna en los fuegos artificiales del 14 de Julio.

—Hay dos que no salieron: vamos a encenderlos— dijo tranquilamente y con la expresión de aquel que tiene mucha fe en sí mismo.

Tiró el sombrero al suelo y vi que llevaba el pelo completamente al rape, como un labrador. Enseñóme los dos cohetes con sus cabos de mecha de papel cortados por la llama, chamuscados, abandonados después. Metió en la arena el cubo de la rueda, sacó del bolsillo —con gran asombro mío, pues aquello nos estaba formalmente vedado— una caja de fósforos y, agachándose con tiento, prendió fuego a la mecha. Luego, tomándose de la mano, me arrastró rápidamente hacia atrás.

Un rato más tarde, mi madre, que salía del umbral

de la puerta con la madre de Meaulnes, luego que hubieron discutido y fijado el precio de la pensión, vió brotar bajo la sala de recreo, con un ruido de soplete, dos haces de estrellas rojas y blancas, y pudo entreverme, por espacio de un segundo, de pie y sin pestañear, en medio del mágico resplandor, tomado de la mano con el recién llegado. . .

Esta vez tampoco se atrevió mi madre a decir nada.

Y por la noche, durante la cena, hubo en la mesa familiar un compañero silencioso que comía, con la frente baja, sin preocuparse de nuestras tres miradas fijas en él.

CAPITULO II

DESPUES DE LAS CUATRO...

Hasta entonces, pocas veces había salido a correr por las calles con los chicos del pueblo. Una cojera que padecí hasta las proximidades de aquel año 189. . . habíame vuelto medroso y desgraciado. Todavía me veo persiguiendo a los colegiales vivarachos por las callejuelas que rodeaban nuestra casa, brincando miserablemente sobre una pierna. . .

Por eso no me dejaban salir apenas. Y me acuerdo que Millie, tan orgullosa de mí, me condujo de vuelta a casa más de una vez, con mis buenos pescozones, por haberme hallado de aquel modo, saltando a la pata coja con los muchachos del pueblo.

La llegada de Agustín Meaulnes, coincidente con mi curación, marcó el comienzo de una vida nueva.

Antes de que él viniera, en cuanto acababan las clases, a las cuatro, empezaba para mí una larga tarde de soledad. Mi padre llevaba el fuego de la estufa del aula a la chimenea de nuestro comedor; y poco a poco los

últimos chicos rezagados abandonaban la escuela ya fría por donde rodaban torbellinos de humo. Algún juego aún y carreras por el patio, hasta tanto llegaba la noche. Luego, los dos alumnos que habían barrido la clase buscaban en el galpón sus capuchones y esclavinas y se iban presurosos, con la cesta al brazo, dejando abierto el portón. . .

Entonces, apurando la luz del día, me quedaba al fondo del Ayuntamiento, encerrado en el Archivo lleno de moscas muertas y de carteles palpitando al viento y allí leía, sentado sobre una vieja báscula, junto a una ventana que daba al jardín.

Recién al caer la noche, cuando los perros de la granja de al lado empezaban a ladrar y se iluminaba la ventana de nuestra cocina, volvía a casa. Mi madre había empezado a preparar la cena. Trepaba yo tres peldaños de la escalera del granero, donde me sentaba sin decir nada, y, con la cabeza pegada a los fríos barrotes de la baranda, la miraba encender el fuego en la estrecha cocina en que ardía una vela, con vacilante llama. . .

Pero alguien ha llegado, alguien que vino a quitarme todos esos placeres de niño sosegado. Alguien ha soplado la vela que iluminaba para mí el dulce rostro de la madre inclinada sobre la cena. Alguien apagó la lámpara en torno de la cual constituíamos por la noche, una familia feliz, cuando mi padre había colocado los postigos a las puertas de vidrio. Y ese fué Agustín Meaulnes, a quien los demás alumnos no tardaron en llamar "el gran Meaulnes".

En cuanto entró de pensionista en casa, es decir, desde los primeros días de diciembre, la escuela ya no se quedó

desierta a partir de las cuatro. A pesar del frío que se colaba por la puerta batiente, a pesar de los gritos de los barredores y de sus baldes de agua, siempre se demostraban en el aula, terminada la clase, una veintena de alumnos, los mayores, del campo y del pueblo, formando en torno a Meaulnes un apretado corro. Y había largas discusiones, interminables disputas, en medio de las cuales me deslizaba yo con una placentera turbación.

Meaulnes no decía nada, pero para él, a cada rato, uno de los más locuaces se adelantaba en medio del corro y, tomando consecutivamente por testigos a cada uno de los compañeros que le manifestaban su ruidosa aprobación, contaba una larga historia de ladrones, que todos escuchaban boquiabiertos, riéndose en silencio.

Sentado sobre un pupitre, meciendo las piernas, Meaulnes oía, pensativo. En los momentos buenos, también reía, pero suavemente, como si se guardase las carcajadas para alguna historia mejor, que sólo él conocía. Después, al anochecer, cuando el fulgor de los cristales del aula ya no iluminaba el grupo informe de los jóvenes, Meaulnes se levantaba de súbito y, atravesando apresuradamente el corro, exclamaba:

—¡Vamos, en marcha!

Le seguían todos y, hasta que cerraba la noche, se oían sus gritos por la parte alta del pueblo. . .

Ahora iba yo también con ellos. Con Meaulnes nos plantábamos a la puerta de los tambos de los arrabales, a la hora en que se ordeña a las vacas. . . Nos metíamos

en las tiendas y desde la oscuridad, oíamos al tejedor que, entre dos chasquidos del telar, decía:

—¡Ya están aquí los estudiantes!

Por regla general, a la hora de cenar nos encontrábamos muy cerca del pensionado, en casa de Desnoues, carretero y herrero a la vez. Su taller era una antigua posada, con grandes puertas de dos hojas que siempre dejaba abiertas. Desde la calle se oía rechinar el fuelle de la fragua, y el resplandor de las brasas, en ese sitio oscuro y sonoro, iluminaba a veces la silueta de unos campesinos que habían detenido allí sus carruajes para charlar un rato y, otras, a un colegial como nosotros que, arrimado a la puerta, miraba sin decir palabra.

Allí fué donde empezó todo, unos ocho días antes de Navidad.

CAPITULO III

“VISITABA LA TIENDA DE UN CESTERO...”

Estuvo lloviendo durante todo el día. Sólo por la noche cesó. Había sido una jornada de un aburrimiento atroz. En las horas de recreo, nadie salía. Y oíamos a mi padre, el señor Seurel, gritando en clase a cada instante:

—¡Dejad de zapatear, muchachos!

Después del último recreo, o como decíamos nosotros, del último “cuarto de hora”, el señor Seurel, que estaba caminando hacía rato de un lado a otro, pensativo, se detuvo; dió con la regla un golpe en la mesa, para acabar de una vez con el confuso murmullo de los aburridos finales de clase, y en medio de un silencio expectante preguntó:

—¿Quién irá mañana en coche a La Gare, a buscar a los señores Charpentier?

Eran mis abuelos: el abuelo Charpentier, el hombre del gran albornoz de lana gris, el viejo guardabosques retirado, con su gorro de piel de conejo que él llamaba

su kepí... Los chiquillos le conocían bien. Por la mañana, para lavarse la cara, sacaba un balde de agua, en el que chapoteaba a la manera de los soldados de otros tiempos, frotándose vagamente el mentón. Un corro de niños, con las manos a la espalda, le observaba con respetuosa curiosidad... También conocían a la abuela Charpentier, aquella aldeanita de esclavina de punto, porque Millie la llevó alguna vez al aula de los más pequeños.

Todos los años, unos días antes de Navidad, íbamos a buscarles a la estación. Llegaban en el tren de las cuatro y dos minutos. Para vernos, habían atravesado toda la provincia, cargados de bultos de castañas y de vituallas navideñas, envueltas en servilletas. En cuanto los abuelos, bien arropados, sonrientes y un tanto cohibidos, traspasaban el umbral de la casa, cerrábamos tras ellos todas las puertas y empezaba una gran semana de alborozo.

Para conducir conmigo el coche que había de traerles a casa, necesitábamos una persona lo bastante formal como para no volcarnos en una cuneta, y al mismo tiempo bastante condescendiente, pues el abuelo Charpentier blasfemaba con cierta facilidad y la abuela era un poco charlatana.

A la pregunta del señor Seurel contestaron diez voces gritando al unísono:

—¡El gran Meaulnes! ¡El gran Meaulnes!

Pero el señor Seurel, se hizo el desentendido.

Entonces gritaron:

—¡Fromentín!

Y otros:

—¡Jazmín Delouche!

El más pequeño de los Roy, que iba por los campos montado en un cerdo lanzado a todo escape, gritaba: "¡Yo! ¡Yo!", con una voz penetrante.

Dutremblay y Moucheboeuf se contentaban con levantar tímidamente la mano.

Yo hubiera querido que fuera Meaulnes. Aquel viajecito, en coche tirado por asno, se habría convertido en un hecho más importante. También él lo deseaba, pero aparentaba callarse desdeñosamente. Los alumnos mayores se habían sentado como él encima de la mesa, apoyando los pies en el banco, como lo hacíamos en los momentos de tregua y de alegría. Coffin, con la blusa levantada, que se enrollaba a la cintura, abrazábase a la columna de hierro que sostenía la viga del aula y empezaba a encaramarse por ella en señal de júbilo. Pero el señor Seurel nos dejó a todos helados al decir:

—¡Vaya! ¡Será Moucheboeuf!

Y cada cual se volvió a su sitio, en silencio.

A las cuatro, en el gran patio glacial, inundado por la lluvia, me topé a solas con Meaulnes. Los dos, en silencio, mirábamos el pueblo reluciente que el vendaval iba secando. Al poco rato, el pequeño Coffin, bajo su capuchón, con un pedazo de pan en la mano, salió de su casa y, rozando las paredes, llegó silbando a la puerta del carretero. Meaulnes abrió el portón, le llamó desde lejos, y los tres, al poco rato, nos instalábamos al fondo de la tienda roja y cálida, cortada por brascas y frías

ráfagas de viento. Coffin y yo, sentados junto a la fragua, hundidos los pies llenos de lodo en las blancas virutas y Meaulnes, con las manos metidas en los bolsillos, arrimado al postigo de la puerta de entrada. De vez en cuando, por la calle, de regreso de la carnicería, pasaba una señora del pueblo, con la cabeza gacha a causa del fuerte viento y asomábamos entonces la nariz para ver quién era.

Nadie decía nada. El herrero y su ayudante, soplando la fragua el uno, machacando el hierro el otro, proyectaban sobre la pared brascas y grandes sombras. . . Recuerdo aquella tarde como una de las grandes tardes de mi adolescencia. Mezclábanse en mi interior la inquietud y el gozo. Yo temía que mi compañero me arrebatase aquel triste placer de ir a La Gare en coche, y no obstante, sin atrever a confesármelo, esperaba de él una hazaña extraordinaria que lo echaría todo a rodar.

De vez en cuando, el trabajo apacible y regular del taller se interrumpía un momento. El herrero, con unos golpecitos pesados y claros, dejaba caer el martillo sobre el yunque. Miraba, acercándolo a su delantal de cuero, el pedazo de hierro en que trabajaba. Y, levantando la cabeza y aprovechando con ello de tomar aliento, nos decía:

—¿Y qué? ¿Qué tal, la juventud?

El ayudante permanecía con la mano en alto, preñada a la cadena del soplete; descansaba en la cadera el puño izquierdo y nos miraba sonriente.

Luego, seguía el trabajo, con un sordo rumor.

Durante una de esas pausas, por la puerta abierta de par en par divisamos a Millie que pasaba, cargada de

paquetitos, en medio del vendaval, arrebuajándose en su pañoleta.

El herrero preguntó:

—¿Es verdad que el señor Charpentier va a llegar pronto?

—Mañana —contesté—. Con mi abuela. Yo iré en coche a buscarles al tren de las cuatro y dos minutos.

—En el coche de Fromentín, quizá?

Repliqué al momento:

—No, en el del tío Martín.

—¡Ah, entonces no llegarán nunca! . . .

Y los dos, él y su ayudante, se echaron a reír.

Este último, por decir algo, sentenció lentamente:

Con la yegua de Fromentín hubieran podido irles a buscar a Vierzon. Hay allí una hora de parada. Está a quince kilómetros. Habrían estado ustedes de vuelta antes de que el burro de Martín estuviera siquiera ensillado.

—Esa es una yegua andadora— dijo el otro.

—Y yo creo que Fromentín la prestaría fácilmente. . .

La conversación acabó con estas palabras. La herrería volvió a ser un sitio lleno de chispas y de ruidos, en donde cada cual sólo pensaba para sí.

Pero al llegar la hora de marcharnos, cuando me levantaba para hacerle una seña a Meaulnes, éste no me captó al punto. Cabizbajo y adosado a la puerta, parecía completamente absorto en lo que se acababa de decir. Viéndole de aquel modo, sumido en medio de sus reflexiones y mirando trabajar a esa gente apacible como si hubiera leguas de niebla de por medio, pensé de inme-

diato en aquella lámina del *Robinson Crusoe* en que se ve al adolescente inglés antes de su gran partida “visitando la tienda de un cesterero”. . .

Y después, a menudo, lo he vuelto a pensar.

CAPITULO IV

LA EVASION

A las dos de la tarde del día siguiente, el aula clara del Curso Superior, se destaca, en medio del paisaje glacial, como una lancha en el Océano. Pero no huele a sebo y a salmuera, como el barco pesquero; despiden el olor de los arenques asados a la sartén y el tufo a lana chamuscada, de aquellos que, al entrar, se acercaron demasiado a la estufa.

Se aproxima fin de año: han repartido los cuadernos de composición y, mientras el señor Seurel escribe en la pizarra el enunciado de los problemas, se produce un silencio imperfecto, entreverado de conversaciones en voz baja, cortado por grititos ahogados y frases de las que sólo se dice las primeras palabras para asustar al compañero de al lado:

—Señor Seurel: Fulano me. . .

El señor Seurel, copiando sus problemas, piensa en otras cosas. Se vuelve de vez en cuando y los mira a todos con una expresión severa y ausente al mismo

tiempo. Y ese bullicio encubierto cesa del todo, durante un momento, para proseguir en seguida, suavemente al comienzo, como un ronroneo.

Solo, en medio de esa agitación, permanezco mudo. Sentado al extremo de una de las mesas del grupo de los más pequeños, junto a los ventanales, me basta con enderezarme un poco para ver el jardín, el arroyo en el bajo, los campos. . .

De cuando en cuando, de puntillas, miro ansiosamente en dirección a la granja de "La Buena Estrella". En cuanto empezó la clase me di cuenta de que Meaulnes no había vuelto desde el recreo de mediodía. Su compañero de mesa ha debido darse cuenta también. Atareado con su composición, no ha dicho nada aún. Pero, apenas levante la cabeza, la noticia correrá por toda la clase, y alguien, como de costumbre, no dejará de gritar en alta voz las mismas palabras de la frase:

—Señor Seurel: Meaulnes. . .

Yo sé que Meaulnes se ha ido. Más exactamente, sospecho que se ha fugado. Apenas terminada la comida, debió saltar la tapia y correr a campo traviesa, cruzando el arroyo por la vieja pasarela, hasta "La Buena Estrella". Habrá pedido la yegua para ir a buscar a los Charpentier. En estos momentos estará enganchando. . .

"La Buena Estrella" está allí, al otro lado del arroyo, en la vertiente del repecho. Es una granja importante que los olmos y las encinas del patio y los setos vivos nos ocultan en verano. Se halla en medio de un camino que lleva por un lado a la carretera de La Gare, y por el otro a los caseríos del pueblo. Cercado de altas paredes sostenidas por contrafuertes cuya base se hunde en el

estiércol, el gran caserón feudal está en junio sepultado entre el follaje y, desde el colegio, sólo al atardecer oímos el rodar de los carros y los gritos de los vaqueros. Pero hoy, entre los árboles desnudos, distingo la alta pared grisácea del patio, la puerta de entrada y luego, entre unos trozos de seto, una cinta de camino, blanca de escarcha, paralela al arroyo que lleva a la carretera de La Gare.

Nada se mueve aún en ese paisaje invernal. Nada ha cambiado todavía.

Aquí, el señor Seurel está acabando de copiar el segundo problema. Por lo general da tres. ¡Si hoy, por casualidad diera tan solo dos! . . . En seguida volvería a sentarse y caería en la cuenta de la ausencia de Meaulnes. Mandaría en su busca a dos muchachos, a través del lugar; dos muchachos que darían con él, a buen seguro, antes de que la yegua estuviera enganchada. . .

El señor Seurel, copiando ya el segundo problema, deja caer por un instante su brazo cansado. . . Después, para mi gran alivio, hace punto y aparte y se pone a escribir de nuevo, diciendo:

—¡Esto, ahora, no es más que un juego de niños! . . .

. . . Dos rayitas negras que sobrepujaban la pared de “La Buena Estrella”, y que debían ser las dos varas en alto de un carruaje, han desaparecido. Estoy seguro que ahora hacen allí los preparativos para la marcha de Meaulnes. He aquí la yegua que asoma la cabeza y el pecho por entre las pilastras de la entrada; se detiene luego mientras que, en la parte trasera del coche, estarán instalando un asiento de más para los viajeros que Meaulnes pretende traer.

Coche y cochero salen por fin lentamente del patio; desaparecen un momento tras del seto y pasan otra vez con igual lentitud por ese tramo del camino blanco que se divisa entre dos porciones del cerco. En esa forma negra que aguanta las riendas, displicentemente acodado a la campesina, en uno de los costados del coche, reconozco entonces a mi compañero Agustín Meaulnes.

Un momento, y todo desaparece por detrás del seto. Dos hombres que quedaron a la puerta de "La Buena Estrella" se conciertan ahora con creciente animación. Por fin, se decide uno de ellos, llevándose la mano a la boca cual bocina, a llamar a Meaulnes. Da algunos pasos corriendo en su dirección, por el camino. . . Pero entonces, en el coche que ha llegado, despacito, a la carretera de La Gare y que ya no debe divisarse desde el sendero, Meaulnes cambia súbitamente de actitud. Con un pie en la delantera, erguido cual un auriga romano, tirando con ambas manos de las riendas, lanza el animal a toda marcha y desaparece, en un abrir y cerrar de ojos, por el otro lado del repecho. En el camino, el hombre que daba las voces ha vuelto a echarse a correr; su compañero se lanza ahora a campo traviesa y, al parecer, viene hacia nosotros.

Al cabo de unos minutos, en el preciso instante en que el señor Seurel, volviendo de la pizarra, se frota las manos para espolvorearse la tiza, cuando ya, desde el fondo de la clase, tres voces gritan a la vez: "¡Señor Seurel! ¡El gran Meaulnes se ha ido!", el hombre de la blusa azul llega a la puerta, la abre de par en par y, quitándose el sombrero, pregunta desde el umbral:

—Usted dispense, señor. ¿Ha sido usted quien ha permitido a ese alumno que nos pida el coche para ir a Vierzon por los padres de usted? ¡Nos han entrado ciertas sospechas! . . .

—¡En modo alguno!—contesta el señor Seurel.

Y entonces se produce en la clase una espantosa confusión. Los tres más próximos a la salida, que son los que se encargan ordinariamente de perseguir a pedradas a las cabras o a los cerdos que vienen a mordisquear las plantas del patio, se precipitan a la puerta. Al violento golpetear de sus claveteados zuecos sobre las baldosas de la escuela, ha sucedido, afuera, el sordo ruido de sus pasos precipitados, triturando la arena del patio y patinando al volver la cancela que da a la carretera. Todo el resto de la clase se agolpa a las ventanas del jardín. Algunos, para ver mejor, se han subido a las mesas. . .

Pero, ya es demasiado tarde. . . ¡El gran Meaulnes se ha evadido!

—No importa; tú irás a la estación con Moucheboef—me dice el señor Seurel—. Meaulnes no conoce el camino de Vierzon. Se perderá en los cruces. No llegará a tiempo al tren de las tres.

En el umbral del aula de los pequeños, Millie alarga el cuello para preguntar:

—Pero, ¿qué ocurre?

En las calles del pueblo, la gente empieza a formar grupos. El campesino sigue inmóvil, tozudo y con el sombrero en la mano, como quien pide justicia.

CAPITULO V

EL REGRESO DEL COCHE

Cuando hube traído a mis abuelos de La Gare y cuando, después de cenar, sentados frente a la alta chimenea, empezaron éstos a contarnos, con todo detalle, cuanto les aconteciera a partir de las anteriores vacaciones, no tardé en darme cuenta de que no los escuchaba.

La cancela del patio estaba muy cerca de la puerta del comedor. Chirriaba al abrirse. De ordinario, al empezar la noche, durante nuestras veladas de campo, yo esperaba en secreto el chirrido de la verja. Lo seguía un golpeteo de unos zuecos o su frotamiento en el umbral y, a veces, un cuchicheo como de gente concertándose antes de entrar. Luego llamaban. Era un vecino, o las maestras. Alguien, en fin, que venía a hacer menos larga nuestra velada.

Pues bien, aquella noche nada podía ya esperar de fuera, puesto que todas las personas de mi afecto hallábanse reunidas en casa y, sin embargo, no cesaba de atisbar todos los ruidos de la noche y de seguir esperando a que se abriera aquella puerta.

Allí estaba el anciano abuelo, con su aire hirsuto de gran pastor gascón, sólidamente plantados sus pies frente a él, con el bastón entre las piernas, e inclinando el hombro para dar con la pipa contra el zapato. Con sus ojos húmedos y bondadosos aprobaba lo que la abuela iba contando acerca del viaje y de las gallinas y de los vecinos y de los campesinos que todavía les debían el precio del arriendo. Pero yo, ya no estaba con ellos.

Imaginaba el rodar de un coche que vendría, de súbito, a pararse frente a la puerta. Meaulnes saltaría de él y entraría como si nada hubiera sucedido. . . O acaso iría primero a devolver la yegua a los de "La Buena Estrella", y no tardaría en oír sus pasos por el camino y el abrirse de la cancela. . .

Pero nada. El abuelo miraba fijamente ante él, y sus párpados, al palpar, se le quedaban mucho tiempo entornados, como cuando el sueño anda muy cerca. La abuela repetía trabajosamente su última frase, que nadie escuchaba. . .

—¿Es ese muchacho lo que os tiene intranquilos?— dijo finalmente.

En La Gare, en efecto, la había interrogado en vano. No había visto a nadie en la parada de Vierzon, que se pareciese al gran Meaulnes. Mi compañero debió haberse demorado por el camino. Su intento habría fracasado.

Durante el regreso en coche, rumié mi decepción, mientras mi abuela hablaba con Moucheboeuf. Por el camino, blanco de escarcha, los pajarillos se arremolinaban en torno a las patas del asno, que iba al trote

corto. De vez en cuando, en la gran calma de la tarde helada, brotaba el grito lejano de una pastora o de un chiquillo llamando a su compañero desde un bosque de pinos a otro. Y cada vez que ese largo grito se repetía sobre las lomas desiertas, me estremecía como si fuese la voz de Meaulnes invitándome a seguirle a lo lejos. . .

Mientras evocaba todo esto en mi espíritu, llegó la hora de acostarnos. Ya el abuelo había entrado en el cuarto rojo, ese cuarto que hacía también las veces de sala y que era sumamente húmedo y frío por haber permanecido cerrado desde el último invierno. Para instalarlo allí se habían quitado los velillos de encaje de los sillones y recogido las alfombras y apartado los objetos frágiles. El abuelo había puesto su bastón encima de una silla y los zapatos debajo de un sillón; acababa de apagar su vela y estábamos de pie, dándonos las buenas noches, a punto ya de separarnos hasta el día siguiente, cuando un ruido de coches nos hizo callar.

Hubiérase dicho dos carruajes siguiéndose despacito, a un trote lento. Lo que fuese, moderó el paso y vino finalmente a detenerse bajo la ventana del comedor que daba al camino, pero que estaba ahora tapiada.

Mi padre había tomado la lámpara y, sin esperar, abrió la puerta, cerrada ya con llave. Luego, abriendo la cancela y adelantándose hasta el borde de los peldaños, levantó la luz por encima de su cabeza para ver lo que ocurría.

Eran, realmente, dos los coches parados. El caballo del uno iba atado detrás del otro. Un hombre se había apeado y esperaba, vacilante. . .

—¿Es aquí el Ayuntamiento?—dijo, acercándose—. ¿Podrían indicarme al señor Fromentín, colono de “La Buena Estrella”? He encontrado su coche y su yegua, que iban sin guía, a lo largo de un camino, cerca de la carretera de Saint-Loup des Bois. Con mi farol pude ver su nombre y dirección en la placa. Como me venía de paso, he traído hasta aquí el atalaje, por evitar accidentes, pero así y todo, hay que ver lo que me ha retrasado.

Quedamos estupefactos. Mi padre se acercó. Iluminó el carricoche con su lámpara.

—No hay ni rastro de viajero —prosiguió el hombre—. Ni siquiera una manta. El animal está cansado y cojea un poco.

Me acerqué hasta ponerme en primera fila y miraba, como los demás, ese atalaje perdido que nos volvía como despojo de un naufragio que el alta mar devuelve; primero y último despojo, acaso, de la aventura de Meaulnes.

—Si está demasiado lejos la casa de Fromentín—agregó el hombre—, voy a dejarles el coche a ustedes. He perdido ya demasiado tiempo, y en casa andarán intranquilos.

Mi padre aceptó. De este modo podríamos, esta misma noche, devolver el atalaje a “La Buena Estrella”, sin necesidad de explicarles lo que había pasado. Luego, decidiríamos lo que habría que decir a la gente del lugar y lo que íbamos a escribir a la madre de Meaulnes. . . Y el hombre fustigó su animal, sin aceptar el vaso de vino que le brindáramos.

Desde el fondo de su cuarto, en que había vuelto a encender la vela, mientras entrábamos sin hacer comentario alguno y mi padre llevaba el coche a la granja, mi abuelo inquirió:

—¿Qué? ¿Ha vuelto ese viajero?

Las mujeres, entendiéndose con la mirada, contestaron al punto:

—¡Claro, hombre! Estuvo en casa de su madre. Vamos, duérmete; no te preocupes.

—Bueno. Más vale así. Ya me lo figuraba —dijo.

Y, satisfecho, apagó la luz y se volvió a la cama para dormirse.

Fué aquella la misma explicación que dimos a la gente del pueblo. En cuanto a la madre del fugitivo, decidimos esperar; no escribirle en seguida. Y guardamos para nosotros solos nuestra inquietud, que duró tres largos días. Todavía estoy viendo a mi padre volver de la granja, a eso de las once, con el bigote húmedo de noche, discutiendo con Millie en voz muy baja, angustiada, colérica. . .

CAPITULO VI

LLAMAN A LA VENTANA

El cuarto día fué uno de los más fríos de aquel invierno. Los que llegaron al patio en las primeras horas, se quitaban el frío patinando en torno al pozo. Esperaban a que encendieran la estufa de la escuela para precipitarse al interior.

Detrás del pórtico estábamos unos cuantos acechando la llegada de los chicos del campo. Venían maravillados aún de haber cruzado paisajes de escarcha, de haber visto los estanques helados y los sotos por donde corren las liebres. . . Sus blusas olían a heno y a caballeriza y espesaban la atmósfera de la clase cuando se apretujaban alrededor de la estufa encendida. Aquella mañana traía uno de ellos, en una cesta, una ardilla muerta de frío que halló por el camino. Recuerdo que trató de colgar por las garras el yerto y estirado animal, en el poste de la sala de recreo. . .

Después, empezó la pesada clase de invierno. . .

Un brusco golpe en los cristales de la ventana nos hizo levantar la cabeza. De pie, junto a la puerta, vimos

al gran Meaulnes. Antes de entrar se sacudió la escarcha de la blusa. ¡Llevaba erguida la cabeza y parecía deslumbrado!

Los dos alumnos del banco más próximo a la puerta se precipitaron a abrirle. Hubo, a la entrada, una especie de conciliábulo que no oímos y el fugitivo se decidió por último a penetrar al aula.

La bocanada de aire fresco que nos llegaba del desierto patio, las briznas de paja que aparecían pegadas a la ropa del gran Meaulnes y, sobre todo, su aspecto de viajero cansado y hambriento, pero maravillado, nos infundía un extraño sentimiento de placer y curiosidad.

El señor Seurel había bajado los dos peldaños de la tarima desde donde nos estaba haciendo el dictado, y Meaulnes se dirigía a él con agresivo ademán. Todavía recuerdo cuán hermoso encontré en aquel momento a mi compañero mayor, a pesar de su aire exhausto y de sus ojos enrojecidos sin duda por las noches que pasó fuera.

Acercóse al pupitre y dijo, con aquel tono seguro del que trae una noticia:

—Ya estoy de vuelta, señor.

—Lo veo —contestó el señor Seurel, examinándolo con curiosidad—. Vaya a sentarse a su sitio.

El muchacho se volvió hacia nosotros. Encorvaba un poco la espalda, y sonreía con aquel aire burlón de los alumnos mayores cuando son díscolos y los castigan. Asiéndose con una mano a la punta de la mesa, se dejó resbalar sobre su banco.

—Tomará usted el libro que voy a indicarle —dijo el maestro—, mientras sus compañeros concluyen el dictado.

Todas las cabezas se volvieron entonces hacia Meaulnes. Y la clase siguió como antes. De vez en cuando, el gran Meaulnes se daba vuelta para mirarme; observaba luego por las ventanas, desde donde se divisaba el jardín blanco, algodonoso, inmóvil, y los campos desierto, en los que a veces se posaba un cuervo. En el aula, hacía un calor sofocante al lado de la estufa. Mi compañero, con la cabeza entre las manos, acodóse para leer: por dos veces le vi cerrar los párpados. Pensé que iba a dormirse.

—Quisiera ir a acostarme, señor Seurel —dijo por último, levantando apenas el brazo—. Ya van tres noches que no duermo.

—Vaya no más —contestó aquél, deseoso, ante todo, de evitar un incidente.

Levantamos todos la cabeza y se quedaron todas las plumas en vilo. Le vimos partir, pesarosos, con la blusa arrugada por la espalda y los zapatos llenos de barro.

¡Qué larga nos resultó aquella mañana! Al acercarse el mediodía, oímos arriba, en el desván, al viajero preparándose a bajar. A la hora de la comida lo volví a encontrar, sentado frente al fuego, junto a mis desconcertados abuelos, al tiempo que el reloj daba las doce y todos los alumnos, grandes y chicos, desparramados por el patio blanco de nieve, cruzaban como sombras frente a la puerta del comedor.

Aquella comida no me ha dejado otro recuerdo más que el de un gran silencio y un gran encogimiento. Todo estaba helado; el hule sin mantel, el vino frío en los vasos, el rojo ladrillo en que poníamos los pies. . .

Se había decidido no preguntar nada al fugitivo, para no empujarle a la revuelta. Y él, aprovechando la tregua, no despegó los labios.

Por fin, después de los postres, pudimos escapar los dos al patio. ¡Patio de la escuela, después de mediodía, patio que los zuecos dejaron sin nieve; ennegrecido patio donde goteaban, con el deshielo, las tejas de la sala de recreo; patio lleno de juegos y de estridentes gritos! Meaulnes y yo bordeamos, corriendo, los edificios. Ya, dos o tres amigos nuestros del pueblo, dejaban sus juegos y se venían hacia nosotros dando gritos de alegría, levantando, bajo los zuecos, salpicaduras de barro, metidas las manos en los bolsillos y con la bufanda suelta. Pero mi compañero corrió al aula grande —yo iba tras él— y cerró la puerta de vidrio con la antelación precisa como para soportar el asalto de nuestros perseguidores.

Se produjo entonces un agudo y violento estrépito de cristales sacudidos, de zuecos golpeando en el umbral. De un empuellón quedó doblugada la varilla de hierro que sujetaba las dos hojas de la puerta, pero ya Meaulnes, a riesgo de lastimarse con el aro roto de la llavecita, le daba vuelta y echaba el cerrojo.

Aquella conducta solía parecernos intolerable. En verano, los que se quedaban de aquel modo a la puerta, echaban a correr por el jardín y a menudo conseguían subirse por una ventana antes de que pudiéramos cerrarlas todas. Pero estábamos en diciembre y todo se hallaba cerrado ya.

Durante un buen rato, los de fuera estuvieron apretando la puerta; nos insultaron a gritos; luego, uno tras

otro, nos volvieron la espalda y se marcharon con la frente baja, ciñéndose otra vez las bufandas.

En el aula, que olía a castañas y a vino ordinario, sólo estaban los dos barrenderos, apartando las mesas. Me acerqué a la estufa para calentarme perezosamente, aguardando la hora de volver a clase, mientras Agustín Meaulnes buscaba y rebuscaba en el escritorio del maestro y en los pupitres. No tardó en descubrir un pequeño atlas que se puso a estudiar afanosamente, de pie en la tarima, con los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos.

En ese momento, me disponía a ir a su lado; le habría puesto la mano en el hombro y juntos habríamos seguido, con toda seguridad, sobre el mapa, el trayecto por él efectuado. Mas, de súbito, la puerta de comunicación con el aula de los pequeños se abrió y quedó retemblando por el violento empujón, mientras Jazmín Delouche, seguido por un muchacho del pueblo y por otros tres del campo, aparecieron dando un grito de triunfo. Una de las ventanas de aquella aula estaría probablemente mal cerrada; debieron abrirla y saltar por allí. . .

Jazmín Delouche, aunque bastante chico, era uno de los mayores del Curso Superior. Al gran Meaulnes le tenía mucha envidia, si bien se las daba de amigo suyo. Antes de la llegada de nuestro pensionista, era él, Jazmín, el gallito de la clase. Tenía una cara pálida, hartamente expresiva, y usaba el pelo untado con pomadas. Hijo único de la viuda Delouche, la fondista, el muchacho sentíase hombre; repetía, vanidoso, cuanto oía decir a los jugadores de billar y a los consumidores de *vermouth*.

Al ver entrar a Jazmín, Meaulnes levantó la cabeza y, frunciendo las cejas, gritó a los muchachos que corrían atropelladamente hacia la estufa:

—¡De modo que no podemos estar un minuto tranquilos aquí!

—Si no te gusta, podías haberte quedado donde estabas —le contestó Jazmín Delouche sin levantar la cabeza, sintiéndose apoyado por sus compañeros.

Me figuro que Agustín se encontraba en aquel estado de cansancio en que la cólera se desata y os sorprende sin que podáis contenerla.

—Tú —dijo, algo pálido, mientras se enderezaba y cerraba el libro—, tú vas a empezar por mandarte mudar de aquí.

El otro se rió sarcásticamente.

—Vamos, hombre —exclamó— porque has estado escapado tres días, ¿te figuras que vas a ser ahora el amo?

Y queriendo meter a los demás en la riña, añadió:

—No serás tú quien va a hacerme salir, ¿sabes?

Pero Meaulnes ya se le había echado encima. Al principio, fué una de empujones; las mangas de las blusas crujieron al descoserse. Sólo Martín, uno de los muchachos del campo que se habían colado con Jazmín en la clase, terció en la pelea.

—¡Vas a dejarlo tranquilo! —dijo, con las narices dilatadas, meneando la cabeza como un carnero.

De un violento empujón, Meaulnes lo proyectó, tambaleándose y con los brazos abiertos, en medio del aula; luego, tomando a Delouche por el cuello con una mano y abriendo con la otra la puerta, intentó echarlo fuera. Jazmín se agarraba a las mesas y arrastraba los pies por

las baldosas, haciendo rechinar sus zapatos claveteados, al tiempo que Martín, recobrando el equilibrio, volvía lentamente, gacha la cabeza y furioso. Meaulnes soltó a Delouche para batirse con aquel incauto, que quizá la hubiera pasado mal de no entreabrirse en ese instante la puerta que daba a los pisos, por donde apareció el Señor Seurel, vuelta la cabeza hacia la cocina, como acabando, antes de entrar, una conversación ya iniciada...

Cesó en seguida la batalla. Unos formaron corro en torno a la estufa, cabizbajos; hasta el último momento se habían abstenido de tomar partido por nadie. Meaulnes se sentó en su sitio. Llevaba los hombros de la blusa descosidos y lacios. En cuanto a Jazmín, le oímos exclamar todo congestionado, durante los segundos que precedieron al palmetazo con que daba comienzo la clase:

—Ya no puede soportar nada, ahora. Se las echa de listo. ¡Tal vez se figura que no sabemos dónde estuvo!

—¡Imbécil! Ni yo mismo lo sé —respondió Meaulnes en medio de un silencio ya bastante profundo.

Luego, encogiéndose de hombros y con la cabeza entre las manos, se puso a estudiar la lección.

CAPITULO VII

EL CHALECO DE SEDA

Nuestro cuarto, como dije, era un gran desván. Cuarto y desván al mismo tiempo. Todas las habitaciones de los ayudantes tenían sus ventanas; aquélla, no sabemos por qué, recibía la luz por una buhardilla. Imposible cerrar bien la puerta, que se atascaba siempre en el piso. Cada noche, cuando subíamos, resguardando con la mano la vela amenazada por todas las corrientes de aire del caserón, intentábamos cerrar la puerta y, cada vez, nos veíamos obligados a renunciar a ello. Por la noche sentíamos, en torno y en nuestro propio cuarto, el silencio de los tres graneros.

Allí fué donde volvimos a encontrarnos, Agustín y yo, la noche de aquel mismo día de invierno.

Mientras, en un santiamén, yo me quitaba la ropa, dejándola amontonada en una silla, a la cabecera de mi cama de hierro, mi compañero, silencioso, empezó a desnudarse lentamente. Desde mi alcoba, con cortinado de cretona decorada con pámpanos, seguía yo sus movi-

mientos. Tan pronto aquél se sentaba en su lecho, bajo y sin cortinas, como se levantaba y echaba a andar, de largo a largo, mientras se desvestía. La vela, que él había puesto sobre una de esas mesitas de mimbre que hacen los gitanos, proyectaba sobre la pared su sombra gigantesca y errante.

Al revés de lo que yo hacía, Meaulnes plegaba y arreglaba, con aire distraído y amargo, pero cuidadosamente, sus ropas de colegial. Todavía le veo depositando en una silla su pesado cinturón; doblando sobre el espaldar su blusa negra, sumamente sucia y arrugada; sacándose una especie de abrigo grueso y azul que llevaba bajo la blusa e inclinándose, de espaldas a mí, para tenderlo a los pies de su cama. . . Pero al incorporarse y volverse de frente, vi que llevaba bajo el abrigo, en vez de la reglamentaria chaquetilla con botones de cobre, un extraño chaleco de seda, muy escotado, que abrochaba por debajo con una apretada hilera de botoncitos de nácar.

Era una prenda deliciosa de fantasía, como la llevarían los jóvenes que bailaban con nuestras abuelas en los saraos de mil ochocientos treinta.

Lo tengo presente ahora mismo a aquel colegial de aldea, descubierta la cabeza, pues había dejado la gorra, cuidadosamente, con el resto de su ropa, y veo su semblante tan joven, tan valiente y tan endurecido ya. Había emprendido de nuevo sus paseos a través del cuarto, cuando se puso a desabrocharse aquella prenda misteriosa de un traje que no era suyo. Era extraño verle así, en mangas de camisa, con sus pantalones demasiado cor-

tos y sus zapatos llenos de barro, manoseando aquel chaleco de marqués.

Al tocarle, saliendo bruscamente de su ensueño, dirigió hacia mí la cabeza y me miró con ojos inquietos. Casi me dieron ganas de reír. Meaulnes se sonrió conmigo; se le iluminó la cara.

—Pero ¿dime lo que es esto? —exclamé, enardecido, en voz baja—. ¿Dónde lo encontraste?

En seguida se le borró la sonrisa. Pasó dos veces su pesada mano sobre su pelo rapado y, súbitamente, como quien no puede resistir más un deseo, volvió a ponerse el grueso abrigo sobre aquella fina prenda, lo abrochó fuertemente y se puso de nuevo la arrugada blusa. Luego vaciló un instante, mirándome de soslayo. . . Sentóse por último al borde de la cama, se quitó los zapatos que cayeron estrepitosamente al suelo y, con toda la ropa puesta, como un soldado durante un acuartelamiento de prevención, se tumbó en la cama y apagó la vela.

Al promediar la noche me desperté de repente. Meaulnes se hallaba en la mitad del cuarto, de pie, con la gorra puesta, buscando algo en la percha: una esclavina que se echó a la espalda. . . El cuarto estaba oscuro. Ni siquiera había la claridad que a veces da el reflejo de la nieve. Un viento negro y frío soplabla sobre el tejado y en el seco jardín.

Me incorporé a medias y le grité en voz muy queda:

—Meaulnes, ¿vuelves a marcharte?

No contestó. Entonces, trastornado, le dije:

—Pues bien, voy contigo. Tienes que llevarme.

Y salté del lecho.

Agustín se acercó, me tomó del brazo, obligándome a sentarme en el borde de la cama y habló:

—No puedo llevarte, Francisco. Si conociera bien el camino, tú me acompañarías. Pero ante todo es menester que lo encuentre en el plano, y no lo consigo.

—Entonces tampoco tú puedes marchar.

—Es cierto, sería completamente inútil. . .—exclamó, desalentado—. Vamos, vuélvete a acostar. Te lo prometo: no me iré sin ti.

Y tornó a su caminata, de largo a largo, por el cuarto. . . Ya no me atreví a decirle nada. Andaba, se paraba, volvía a andar, esta vez más aprisa, como quien, mentalmente, repasa o busca sus recuerdos, los compara, los coteja, echa cálculos y, de pronto, cree haber dado con lo que anhelaba, pero luego suelta el hilo y se pone de nuevo a buscar. . .

No fué aquella la única noche en que, despertando al ruido de sus pasos, lo hallé así, a eso de la una de la madrugada, deambulando a través de la habitación y de los graneros—como aquellos marinos que, no pudiendo desacostumbrarse a estar de guardia, en el fondo de sus fincas bretonas se levantan y se visten, a la hora reglamentaria, para vigilar la noche de los campos.

Dos o tres veces, en enero y durante la primera quincena de febrero fuí arrancado al sueño de aquel modo. Allí estaba el gran Meaulnes, en pie, completamente equipado, con la esclavina a la espalda, a punto de salir, y cada vez, al llegar al borde de aquel país misterioso al que ya un día se evadiera, se detenía, vacilaba. En el momento de ir a levantar el pestillo de la puerta de la escalera y de salir por la de la cocina, que fácilmente

y sin ser oído hubiese podido abrir, retrocedía una vez más. . . Luego, durante las largas horas de la noche, medía con sus pasos, pensativo y febril, los graneros abandonados.

Por último, a mediados de febrero, fué él quien me despertó, poniéndome suavemente la mano en el hombro.

Aquel día había sido muy agitado. Meaulnes, que ya no tomaba parte en los juegos de sus antiguos camaradas, permaneció durante el último recreo de la tarde sentado en su banco, sin ocuparse en otra cosa que dibujar un misterioso croquis, siguiendo con la punta del dedo el mapa del departamento del Cher y efectuando largos cálculos. Entre el patio y la clase, producíase un incesante vaivén. Resonaban los zuecos. Los alumnos se perseguían de mesa en mesa, salvando de un salto bancos y tarimas. . . Sabían que no convenía acercarse a Meaulnes cuando trabajaba en aquella forma; sin embargo, como se prolongase el recreo, dos o tres chiquillos del lugar, en son de broma, se le acercaron en puntas de pie y se pusieron a mirar por encima de sus hombros. Uno de ellos, envalentonándose, llegó a empujar a los demás contra Meaulnes. . . Éste cerró bruscamente el atlas, escondió su hoja de papel y agarró al último de los tres muchachos, mientras los otros dos conseguían huir.

. . .Era el quisquilloso Giraudat. Lloriqueando, intentó defenderse a puntapiés, aunque, a la postre, fué echado por el gran Meaulnes. Entonces le gritó a éste con rabia:

—¡Cobarde! ¡No me extraña que todos estén contra tí!, ¡que todos quieran pelearse contigo! . . .

Y con éste, todo un tropel de insultos, a los que contestamos sin acabar de entender lo que quería decir. Yo era el que gritaba más fuerte, pues me había puesto de parte del gran Meaulnes. Entre nosotros existía ahora una especie de pacto. La promesa que me hiciera de llevarme, sin decirme como todos "que no podía andar", me ataba a él para siempre. Y sin cesar pensaba en su misterioso viaje. Mi convicción era que había conocido a alguna muchacha. Sería sin duda infinitamente más hermosa que todas las del pueblo; más guapa que Juana, a la que veíamos por el ojo de la cerradura, en el jardín de las monjas; y más que Magdalena, la hija del panadero, toda rosada y rubia; y más que Jenny, la hija de la señora, que era admirable, pero loca y no salía nunca de casa. Seguro que era en una muchacha en lo que pensaba Meaulnes por la noche, como un héroe de novela. Y yo estaba decidido a hablarle de ella, resueltamente, la primera vez que volviese a despertarme. . .

La tarde en que tuvo lugar aquel nuevo combate, después de las cuatro, estábamos ocupados los dos en retirar unas herramientas del jardín, los picos y palas con que se habían abierto unos fosos, cuando oímos gritos en la carretera. Un tropel de jóvenes y chiquillos, formados en columna de a cuatro, evolucionaba a paso gimnástico, cual una compañía perfectamente organizada. Los que la conducían eran Delouche, Daniel, Giraudat y otro que no conocíamos. Nos habían advertido y nos gritaban de lo lindo. De manera que teníamos al pueblo entero en contra, y se preparaba no sé qué juego guerrero del que estábamos ciertamente descartados.

Meaulnes, calladamente, metió en el galpón la pala y la azada que llevaba al hombro. . . Pero a medianoche sentí su mano en mi brazo y desperté sobresaltado.

—Levántate —dijo. Nos vamos.

—¿Conoces ya el camino, hasta el final?

—Sé de un buen trecho, y forzoso será que demos con el resto —contestó, apretando los dientes.

—Oye Meaulnes —le dije, incorporándome en la cama—. Óyeme: sólo una cosa hay que hacer y es, buscar los dos en pleno día, aprovechando tu croquis, la parte del camino que nos falta.

—Pero el tramo en cuestión está muy lejos. . .

—¿Y qué? Iremos en coche, este verano, cuando los días sean más largos. . .

Un prolongado silencio atestiguaba la aceptación de tal programa.

—Puesto que juntos trataremos de hallar a la muchacha a quien amas, dime quién es, Meaulnes, y cuéntame algo de ella.

Sentóse a los pies de mi cama. Yo veía en la oscuridad su frente inclinada, sus brazos cruzados y sus rodillas. Después, aspiró fuertemente el aire, como quien tras una larga y muda congoja va por fin a confiarnos su secreto. . .

CAPITULO VIII

LA AVENTURA

Aquella noche no me contó mi compañero todo lo que le había ocurrido por el camino. E incluso cuando se decidió a confiármelo, en los angustiosos días de que hablaré más adelante, la cosa siguió siendo, por mucho tiempo, el gran secreto de nuestra adolescencia. Pero hoy que todo ha terminado, hoy que

“de tanto mal, de tanto bien”

sólo polvo queda, bien puedo explicaros su extraña aventura.

.....

A la una y media de la tarde, por el camino de Vierzon, en medio de aquel tiempo tan frío, Meaulnes puso su animal a buen paso, pues ya sabía que no le sobraban los minutos. De buenas a primeras, sólo pensó, y hay que ver lo que ello le divertía, en la sorpresa que nos llevaríamos todos cuando nos trajera en el carrico-

che, a las cuatro de la tarde, a los abuelos Charpentier. Pues, en aquel momento, con seguridad no tenía otra intención.

Poco a poco, y aterido por el frío, envolvióse las piernas con una manta que en principio él había rehusado pero que los de "La Buena Estrella" habían metido por fuerza en el coche.

A las dos atravesó el pueblo de La Motte. Nunca había pasado por un villorrio en las horas de clase y le hizo gracia ver aquél, tan desierto, tan dormido. Apenas si, de vez en cuando, se levantaba una cortina, tras la que asomaba la cabeza curiosa de una buena mujer.

A la salida de La Motte, inmediatamente después de pasar la escuela, estuvo dudando entre dos caminos y creyó recordar que para ir a Vierzon había que doblar a la izquierda. No había nadie allí para orientarle. Echó de nuevo la yegua al trote por la carretera, que se volvía en aquel tramo más estrecha y mal empedrada. Por espacio de un rato, bordeó un monte de abetos y encontró por último a un carretero a quien preguntó, haciendo bocina con las manos, si el camino que seguía era, en efecto, el de Vierzon. La yegua, tirando de las riendas, seguía trotando; el hombre no debió oír bien lo que le preguntaban; gritó algo, dando un vago ademán, y Meaulnes, a todo evento, siguió su camino.

Y otra vez se encontró en medio del vasto campo helado, sin accidente ni distracción algunos; sólo una urraca levantaba vuelo a veces, atemorizada por el coche, para ir a posarse más lejos, sobre un olmo decapitado. El viajero se había envuelto los hombros con la gran manta, a modo de capa. Estiradas las piernas y de co-

dos en uno de los lados del carricoche, debió adormilarse un buen rato...

...Cuando, gracias al frío, que ahora calaba la manta, Meaulnes volvió a la realidad, dióse cuenta del cambio que había sufrido el paisaje. Ya no eran aquellos horizontes lejanos, ni aquel gran cielo blanco donde se perdía la mirada, sino unos pradecillos todavía verdes, con altos vallados. A derecha e izquierda, el agua de las cunetas fluía bajo el hielo. Todo hacía presentir la proximidad de un arroyo. Y la ruta, entre los altos setos, ya no era sino un estrecho camino lleno de baches.

Hacía un rato que la yegua había cesado de trotar. Con un latigazo quiso Meaulnes que volviera a su viva andadura de antes, pero el animal siguió caminando al paso, con extrema lentitud, y el gran colegial, mirando de soslayo, apoyadas las manos en la delantera del coche, se dió cuenta de que la yegua cojeaba de una de las patas traseras. Apeóse al momento, lleno de inquietud.

—No alcanzaremos nunca el tren en Vierzon —dijo a media voz.

Y no osaba confesarse a sí mismo el pensamiento más angustioso que lo oprimía, a saber, que acaso había errado el camino y que ya no andaba en la dirección de Vierzon.

Examinó largamente el pie del animal y no descubrió en él rastro alguno de herida. La yegua, medrosa, levantaba la pata en cuanto Meaulnes iba a tocársela, y escarbaba el suelo con su casco pesado y torpe. Meaulnes atinó por último en que el animal tenía, simplemente,

alguna piedrita en el casco. El muchacho sabía cómo hay que tratar al ganado: se acurrucó, intentó asirle a la yegua el pie derecho con la mano izquierda y ponérselo entre las rodillas, pero el coche le estorbaba. Por dos veces aquélla se le escapó, adelantando unos metros. El estribo fué a dar contra la cabeza de Meaulnes y la rueda le lastimó la rodilla. Tenaz, acabó por vencer la resistencia del asustadizo animal, pero la piedrita estaba tan bien metida que, para quitársela, hubo de echar mano a su cuchillo de labriego.

Terminada la tarea, cuando pudo por fin levantar la cabeza, medio aturdido, turbia la mirada, vió con estupor que estaba anocheciendo. . .

Cualquiera en su lugar habría retrocedido en el acto. Era el único modo de no perderse más y más. Pero Meaulnes calculó que en aquel momento debía hallarse muy lejos de La Motte. Además, la yegua podía haber tomado por un atajo mientras él dormía. Y, en fin, aquel camino, a la corta o a la larga, a un pueblo u otro le llevaría. . . Añadid a todas estas razones la de que el muchacho, poniendo pie al estribo, mientras el animal tiraba, impaciente, de las riendas, sentía crecer en su interior unos deseos locos de conseguir algo y de llegar a algún sitio, a pesar de todos los obstáculos que se le oponían.

Fustigó la yegua, que desvió su andar y volvió al trote. Hacíase mayor la oscuridad. En el sendero, hecho un barrancal, apenas si quedaba ahora paso para el coche. A veces, una rama seca del seto se enganchaba en una rueda, quebrándose con un ruido seco. . . Cuando

hubo anochecido del todo, Meaulnes pensó de pronto, angustiado, en el comedor de Santa Águeda, donde, en aquellos momentos, estaríamos todos reunidos. Después, le entró la cólera y más tarde el orgullo y la profunda alegría de haberse fugado de aquel modo, sin querer. . .

CAPITULO IX

UN ALTO EN EL CAMINO

De repente, la yegua aflojó el paso, como si sus patas hubiesen topado con algo en la sombra; Meaulnes vió cómo agachaba y levantaba por dos veces la cabeza y se paraba en seco después, arrastrando las narices como si husmease algo. En torno a los pies del animal oíase como un chapaleo de agua. Un arroyo cortaba el camino. En verano, eso debía ser un vado. Pero, en esa época, la corriente era tan fuerte, que el hielo no había podido cuajar. Seguir adelante hubiera sido peligroso.

Meaulnes tiró suavemente de las riendas para dar unos pasos atrás, y se incorporó, perplejísimo, en el coche. Entonces fué cuando divisó una luz entre el ramaje. Sólo dos o tres prados debían separarla del camino. . .

El colegial bajó del coche e hizo retroceder la yegua, al tiempo que para aplacarla, para detener los cabeceos bruscos que el miedo le hacía dar, le iba hablando:

—¡Hala, querida, hala, ya no nos vamos más lejos!
¡Pronto sabremos en qué sitio estamos!

Y empujando la entreabierta barrera de un pequeño prado que daba al camino, metió allí el coche. Sus pies se hundían en la blanda hierba. El carruaje se bamboleaba silenciosamente. Con la cabeza pegada a la del animal sentía el muchacho su calor y el duro soplo de su aliento. . . La condujo hasta el fondo del prado y le echó la manta al lomo. Luego, apartando las ramas del vallado del fondo, volvió a divisar la luz. Era la luz de una casa solitaria.

De todos modos, tuvo que atravesar sus tres buenos prados y saltar un arroyuelo traidor en que estuvo a punto de meter los dos pies a un tiempo. . . Por fin, después de dar un postrer salto desde lo alto de un talud, se halló en el patio de una casa de campo. Un cerdo gruñía en su pocilga. El ruido de los pasos sobre la tierra helada hizo ladrar furiosamente a un perro.

La puerta tenía abierto el postigo y la claridad que Meaulnes había visto era la de una fogata de leña que ardía en la chimenea. No había otra luz más que esa del fuego. Una mujer se levantó en el interior, y se acercó a la puerta, sin demostrar asombro alguno. El reloj de pesas, en aquel preciso momento, daba las siete y media.

—Usted me dispensará, buena señora, pero mucho me temo haberle pisado sus crisantemos. . .

La mujer se había parado, con un bol en la mano, y le miraba.

—Es verdad —dijo— que el patio está oscuro como para perderse.

Hubo un silencio, durante el cual Meaulnes, de pie, miró las paredes de la estancia, empapeladas con perió-

dicos ilustrados como en las posadas, y la mesa, encima de la cual había un sombrero de hombre.

—¿No está el amo?—preguntó, sentándose.

—Va a volver en seguida —contestó la mujer, cuya confianza se había ganado—. Fué por un fajo de leña.

—No es que lo necesite —continuó el muchacho, arriando su silla al fuego—. Pero estamos por ahí varios cazadores al acecho. He venido a pedirles que nos cedan un poco de pan.

El gran Meaulnes sabía que entre la gente del campo y sobre todo en una granja solitaria, hay que hablar con discreción, hasta con política a veces, y no manifestar nunca que uno no es de la comarca.

—¿Pan?—dijo la mujer—. Poco os podremos dar. El panadero que pasa todos los martes, no ha venido hoy.

Agustín, que había tenido por un momento la esperanza de encontrarse cerca de un pueblo, se asustó.

—¿El panadero de qué lugar?—preguntó.

—¡Pues, el del Vieux-Nançay!—contestó la mujer con asombro.

—¿A qué distancia estamos, exactamente, del Vieux-Nançay?—prosiguió Meaulnes inquietísimo.

—Por la carretera, no sabría decírselo de fijo, pero por el atajo, cuenta usted tres leguas y media.

Y se puso a contarle que allí trabajaba una hija suya, la que venía a pie a verla, el primer domingo de cada mes, y que sus amos. . .

Pero Meaulnes, completamente desorientado, la interrumpió diciendo:

—El Vieux-Nançay será el pueblo más próximo, ¿no?

—No. El más próximo es Les Landes, a cinco kilómetros. Pero no hay allí tiendas, ni panadero. Apenas un pequeño mercado todos los años, al celebrarse el día de San Martín.

Meaulnes no había oído hablar nunca de Les Landes. Vióse tan perdido que casi le hizo gracia. Pero la mujer, que estaba lavando el bol en la pileta, se volvió, curiosa a su vez y le dijo lentamente, mirándole con fijeza:

—¿Acaso es usted forastero? . . .

En aquel momento apareció a la puerta de la casa un campesino de cierta edad, con un brazado de leña. La tiró al suelo. La mujer le explicó, en voz alta, como si estuviera sordo, lo que aquel muchacho quería.

—Bueno. Es cosa fácil—dijo simplemente—. Pero acérquese al fuego, señor. ¿Usted, no tiene frío?

Los dos, al cabo de un momento, se habían instalado junto a los morillos de la chimenea: el viejo iba partiendo la leña para echarla al fuego, Meaulnes se tomaba el bol de leche con pan que le habían ofrecido. Nuestro viajero, encantado de hallarse en aquella humilde mansión después de tantas angustias, y convencido de que su fantástica aventura había terminado, proyectaba ya volver con sus compañeros para visitar aquella buena gente. Ignoraba que sólo se trataba de un alto en el camino y que iba a continuar en seguida su andanza.

Pidió al rato que se le condujera a la carretera de La Motte y volviendo paulatinamente a la verdad, contó

que, con su coche, se había separado de los otros cazadores y que ahora estaba completamente perdido.

Entonces, hombre y mujer insistieron tanto en que se quedara a dormir y en que esperara, para marcharse, a que fuese pleno día, que Meaulnes acabó por acceder y salió a buscar la yegua para meterla en la caballeriza.

—Tenga usted cuidado con los fosos del sendero —le dijo el hombre.

Meaulnes no se atrevió a confesar que no había venido por “el sendero”. Estuvo a punto de pedirle que le acompañara. Dudó un segundo en el umbral y era tan grande su indecisión, que casi se tambaleó. Después salió al patio oscuro.

CAPITULO X

EL CORRAL

Para saber por qué andurriales iba, trepó al talud de donde antes saltara.

Lenta y difícilmente, como a la ida, se orientaba entre las hierbas y las aguas, a través de los sauces de los cercos y fué a buscar el coche al fondo del prado en que lo había dejado. Pero el coche ya no estaba allí. . . Inmóvil, latiéndole las sienes, esforzóse en escuchar todos los ruidos de la noche y, a cada momento, le parecía oír muy cerca el son de la collera del animal. Pero no había nada. . . Dió vuelta al prado; la barrera aparecía medio abierta, medio derribada, como si las ruedas de un coche hubieran pasado por encima. Por allí habría escapado la yegua.

Rehaciendo el camino cuesta arriba, dió unos pasos y se le enredaron los pies en la manta que, sin duda, al andar, había dejado caer la yegua. Dedujo de ello que el animal había huido en esa dirección. Y echó a correr. . .

Sin otra idea más que la voluntad loca y tenaz de recobrar el coche, agolpándosele la sangre a la cara, con aquel deseo angustioso tan parecido al miedo, corría, corría. . . A veces topaban sus pies en las huellas del rodado. En los recodos, en medio de la oscuridad más absoluta, iba a dar contra los cercos y, demasiado fatigado ya para pararse a tiempo, caía con los brazos hacia adelante sobre los espinos, desgarrándose las manos al querer protegerse el rostro. Se detenía a veces; escuchaba, y emprendía la marcha de nuevo. Por un momento creyó percibir un ruido de coche, pero no era sino un carrito, a los tumbos, que pasaba muy lejos, por una carretera, a la izquierda. . .

Llegó un momento en que la rodilla lastimada con el estribo le hizo tanto daño, que hubo de pararse, con la pierna tiesa. Entonces pensó que si la yegua no se hubiese escapado al galope, haría ya rato que la habría alcanzado. También se dijo que un coche no se pierde así como así y que ya habría alguien que lo encontraría. Por último, volvió sobre sus pasos, agotado, colérico, arrastrándose a duras penas.

A la larga, creyó volver a hallarse en los parajes que había dejado y pronto divisó la luz de la casa en cuya busca iba. Un sendero profundo se abría en medio del seto:

—He aquí el sendero de que me habló el viejo —se dijo.

Y se metió, contento, por el paso. Ya no tendría que salvar setos ni taludes. Al cabo de un momento, al desviarse el sendero a la izquierda, la luz pareció deslizarse a la derecha y, habiendo llegado a una encrucijada, si-

guió, sin reflexionar, en su prisa por llegar de nuevo a la pobre vivienda, un caminito que parecía llevar directamente a ella. Pero cuando apenas hubo dado diez pasos en esa dirección, la luz desapareció, ya fuera que un seto la ocultara, ya que los campesinos, hartos de esperar, hubiesen cerrado los postigos. Animosamente el colegial fué brincando a campo traviesa, en dirección al sitio en que acababa de brillar la luz. Luego, atravesando otro seto, dió con un nuevo sendero. . .

Así se enmarañaba lentamente la pista del gran Meaulnes, rompiéndose el lazo que le unía a los que había dejado.

Desanimado, sin fuerzas casi, decidió, en su desesperación, seguir aquel sendero hasta el final. A cien pasos de allí, el camino desembocaba en una pradera gris, donde se distinguían de trecho en trecho unas sombras que debían de ser enebros y una casucha destartalada en un repliegue del terreno. Meaulnes se acercó a ella. Era algo así como un corral o redil abandonado. La puerta cedió con un gemido. La luz de la luna, cuando el vendaval se llevaba las nubes, pasaba a través de las hendiduras de los tabiques. Reinaba un olor a moho.

Sin otras averiguaciones, tumbóse Meaulnes sobre la paja húmeda, acodado a tierra y con la cabeza apoyada sobre la mano. Después de quitarse el cinturón, se acurrucó bajo la blusa con las rodillas contra el vientre. Recordó la manta de la yegua, abandonada en el camino y se sintió tan desgraciado y tan rabioso consigo mismo, que le dieron ganas de llorar. . .

Hizo un gran esfuerzo para pensar en otras cosas. Helado hasta los tuétanos, evocó un sueño —una visión

más bien— que tuviera cuando niño y del que nunca había hablado a nadie: una mañana, en vez de despertar en su cuarto, en donde pendían sus pantalones y sus abrigos, se había encontrado en una larga habitación verde, con unas colgaduras que parecían follaje. Fluía en aquel lugar una luz tan suave que uno hubiera creído poder gustarla. Junto a la primer ventana, una joven cosía, vuelta de espaldas, como si esperase su despertar. . . No había tenido fuerzas para deslizarse de la cama y caminar por aquella mansión encantada. Se había vuelto a dormir. . . Pero la próxima vez sí que juraba levantarse. ¡Acaso, mañana por la mañana! . . .

CAPITULO XI

LA MANSION MISTERIOSA

Al rayar el alba, echó a andar nuevamente. Pero la hinchazón de la rodilla le hacía daño; a cada rato tenía que detenerse y sentarse, tan agudo era su dolor. El sitio en que se encontraba era, por otra parte, el más desierto de la Sologne. En toda la mañana, sólo vió en lontananza una pastora que volvía con su rebaño. Por más que dió voces y trató de correr a su encuentro, la pastora desapareció sin oírle.

Sin embargo, siguió caminando en su dirección, con lentitud desesperante. . . Ni un techo, ni un alma. Ni siquiera el grito de un chorlo entre las cañas de los pantanos. Y por encima de aquella soledad absoluta, brillaba un sol de diciembre, claro y glacial.

Serían alrededor de las tres de la tarde cuando vió, al fin, por encima de un monte de abetos, la aguja de una torrecilla gris.

—Algún viejo castillo abandonado —pensó—. ¡Algún palomar desierto! . . .

Y, sin apresurar el paso, continuó su camino. Al fondo del monte, entre dos postes blancos, desembocaba una alameda por donde se metió. Dió unos pasos y se detuvo, lleno de sorpresa, turbado por una inexplicable emoción. A pesar de todo, seguía con el mismo paso cansino. El viento helado le pasaba los labios y a ratos le sofocaba; no obstante, un extraordinario contento lo animaba. Era un sosiego absoluto, casi embriagador; la certidumbre de haber llegado a la meta y de que sólo felicidad cabía ahora esperar. De modo parecido, en otros tiempos, en la víspera de las grandes festividades del estío, sentíase desfallecer cuando a la caída de la noche plantaban abetos en las calles del pueblo y la ventana de su cuarto quedaba obstruida por las ramas.

—¡Tanta alegría —dijose— porque llevo a este viejo palomar lleno de lechuzas y corrientes de aire! . . .

Y, enfadado consigo mismo, se detuvo, preguntándose si no valdría más retroceder y seguir hasta el próximo pueblo. Hacía un rato que lo estaba pensando, cabizbajo, cuando notó de súbito que la alameda había sido barrida a grandes círculos regulares, como en las fiestas de su pueblo. ¡Ese camino le recordaba la calle principal de la Ferté, durante la mañana de la Asunción! Si hubiese divisado en el recodo un tropel de gente festiva, levantando polvareda como en el mes de junio, no le habría producido más sorpresa.

—¿Habrá una fiesta en estas soledades?—se preguntó.

Avanzando hasta el primer recodo, oyó un rumor de voces que se acercaban. Haciéndose a un lado, arrimado a los tiernos y espesos abetos, se acurrucó y escu-

chó, conteniendo el aliento. Eran voces infantiles. Un grupo de niños pasó muy cerca de él. Uno de ellos, probablemente una niña, hablaba en un tono tan discreto y entendido, que Meaulnes, aun sin alcanzar gran cosa del sentido de sus palabras, no pudo menos que sonreírse:

—Sólo una cosa me tiene preocupada—decía la niña—. Es la cuestión de los caballos. ¿No podrán impedir que Daniel, por ejemplo, monte en la gran jaca isabelina?

—Nunca me lo impedirán—contestó con voz burlesca de muchachito—. ¿Pero es que no contamos con todos los permisos... incluso el de hacernos daño, si queremos?...

Y las voces se alejaron en el momento en que ya se acercaba otro grupo de niños.

—Si el hielo se ha deshecho—agregó la niña—mañana por la mañana iremos en barco.

—Pero ¿vas a dejarnos?—preguntó otra.

—Bien sabéis que organizamos la fiesta a nuestro antojo.

—¿Y si Frantz volviese esta misma tarde, con su novia?

—¡Pues haría lo que nosotros quisiéramos!...

“Se trata sin duda de unas bodas”, pensó Agustín. “Pero, ¿son los niños los que mandan aquí?... Extraña mansión”.

Quiso salir de su escondite para preguntarles dónde podría satisfacer su hambre y su sed. Incorporóse y vio

alejarse el último grupo. Eran tres niñas: sus almidonados vestidos les llegaban a media rodilla. Lucían bonitos sombreros con cintas. Sendas plumas blancas les rozaban la garganta. Una de ellas, medio vuelta y un poco inclinada, escuchaba a su compañera que le daba grandes explicaciones, con el dedo en alto.

—Tendrían miedo al verme —pensó Meaulnes, mirándose la blusa campesina, desgarrada, y aquel barroco cinturón de colegial de Santa Águeda.

Temiendo que los niños se topasen con él al volver por la alameda, siguió su camino por entre los abetos en dirección al "palomar", sin preocuparse demasiado de lo que iba a preguntar allí. Pronto se vió detenido, en la orilla del bosque, por una pequeña tapia cubierta de musgo. Del otro lado, entre la tapia y las dependencias de la finca, había un largo y estrecho patio atestado de carruajes, como patio de fonda en día de feria. Los había de todos los géneros y formas: finos cochecitos de cuatro asientos, con las varas enhiestas; carros de banqueta; borbonesas anticuadas, con sus molduras, y hasta viejas berlinas con los cristales levantados.

Meaulnes, escondido detrás de los abetos, por miedo de que le descubrieran, examinaba el desorden del lugar, cuando vió, entreabierta, al otro lado del patio, sobre el mismo pescante de un alto carro de banqueta, una ventana de las dependencias. Dos barrotes de hierro, de los que suelen verse en la parte de atrás de las fincas rústicas, en los postigos eternamente cerrados de las caballerizas, debían haber asegurado esta abertura. Pero el tiempo los había desempotrado.

—Voy a meterme ahí —pensó el colegial—. Dormiré

sobre el heno, y saldré a la madrugada, sin haber asustado a esas hermosas niñas.

Saltó la tapia, con cierta dificultad, a causa de la rodilla lastimada y, pasando de un coche al otro, del pescante del carro de banqueta al techo de una berlina, llegó a la altura de la ventana. La abrió sin hacer ruido, como se abre una puerta.

Meaulnes se encontró, con sorpresa, no en un depósito de heno, como creía, sino en un cuarto, bajo de techo, que debía ser un dormitorio. En la semioscuridad de la tarde de invierno, se entreveía que la mesa, la chimenea y hasta los sillones, estaban cargados de grandes vasijas, de objetos preciosos y armas antiguas. Al fondo del cuarto pendían unas cortinas que debían ocultar una alcoba.

Cerró la ventana, tanto a causa del frío como por temor a ser visto de fuera. Fué a levantar la cortina del fondo y descubrió una cama grande y baja, cubierta de viejos libros dorados, láudes de rotas cuerdas y candelabros tirados en revoltijo. Después de llevar esas cosas a un rincón de la alcoba se tendió en ese lecho para descansar y reflexionar un poco acerca de la extraña aventura en que se había metido.

Un silencio profundo reinaba en aquella casa. Sólo a ratos se oía gemir el vendaval de diciembre.

Y Meaulnes, así tendido, llegaba a preguntarse si, a pesar de aquellos extraños encuentros, a pesar de las voces infantiles de la alameda, a pesar de aquel amontonamiento de coches, no se trataría simplemente, como lo pensara al principio, de un viejo caserón abandonado en la soledad del invierno.

Pronto le pareció que el viento le traía el son de una música perdida. Era como una remembranza llena de encanto y sentimiento. Acordóse de cuando su madre, todavía joven, se sentaba al piano, por la tarde, en el salón, y él, calladamente, detrás de la puerta que daba al jardín, escuchaba hasta la noche. . .

—Diríase que alguien está tocando el piano en algún sitio —pensó.

Pero, dejando sin respuesta su pregunta, no tardó en dormirse, rendido de cansancio.

CAPITULO XII

EL CUARTO DE WELLINGTON

Cuando despertó, ya era de noche. Aterido de frío, volvióse y revolvióse en la cama, arrugando y arrollando la blusa negra bajo el cuerpo. Una débil claridad glauca, bañaba las cortinas de la alcoba.

Sentándose en la cama, deslizó la cabeza por entre las cortinas. Alguien había abierto la ventana para prender al marco de la misma dos farolillos venecianos verdes.

Pero apenas había podido echar Meaulnes un vistazo, cuando oyó por la escalera, un rumor apagado de pasos y de conversaciones en voz baja. Volvió a meterse en la alcoba y sus zapatos claveteados hicieron vibrar uno de los objetos de bronce que había dejado junto a la pared. Inquietísimo, contuvo la respiración un momento. Los pasos se acercaban y dos sombras se deslizaron en el cuarto.

—No hagas ruido —decía la una.

—¡Ah! —respondía la otra—. ¡No deja de ser hora de que despierte!

—¿Has adornado su habitación?

—Claro que sí, como la de los demás.

El viento hizo golpetear la ventana abierta. . .

—¡Hombre —dijo la primer sombra— ni siquiera has cerrado la ventana! El viento ya ha apagado uno de los faroles. Habrá que encenderlo de nuevo.

—¡Bah!—contestó la otra, sobrecogida por una pereza y un desaliento repentinos—. ¿Para qué estas luminarias por el lado del campo, que es lo mismo que decir por el lado del desierto? Nadie va a verlas.

—¿Nadie? Pero si llegara gente todavía, entrada la noche. . . Allí, desde la carretera, en sus coches, ¡lo contentos que se pondrán al divisar nuestras luces!

Meaulnes oyó el crujido de un fósforo. La sombra que había hablado último y que parecía el jefe, prosiguió con voz monótona, a la manera de un sepulturero de Shakespeare:

—Pones farolillos verdes en el cuarto de Wellington. Lo mismo los pondrías encarnados. . . ¡Entiendes de eso tanto como yo!

Un silencio.

—...Wellington, ¿no era americano? Pues bien, ¿acaso es un color americano el verde? Tú, titiritero, que has viajado, tendrías que saber de eso. . .

—¡Vaya, vaya!—contestó el titiritero—. ¿Con que he viajado? ¡Sí, sí! ¡Pero no he visto nada! ¿Qué quieres ver, metido en un furgón?

Meaulnes, con precaución, miró por entre las cortinas.

El que dirigía la maniobra era un hombracho enfundado en un abrigo enorme, desnuda la cabeza. Llevaba en la mano una larga pértiga llena de farolillos multico-

lores y con una pierna cruzada sobre la otra miraba, apacible, trabajar a su compañero.

Tenía el titiritero, en cambio, el cuerpo más lamentable que se pueda imaginar. Alto, flaco, temblando de frío, los ojos verdosos y bizcos, y el bigote, que le caía sobre la boca desdentada, hacían pensar en la cara de un náufrago empapado, que gotea sobre un patio de baldosas. Iba en mangas de camisa y le castañeteaban los dientes. En sus palabras y ademanes, manifestaba el más absoluto desprecio hacia su propia persona.

Tras un momento de reflexión, que resultaba amarga y cómica a la vez, se acercó a su compañero y le dijo confidencialmente, abriendo los brazos:

—¿Quieres que te lo diga? . . . ¡No puedo entender por qué han ido a buscar a unos andrajosos como nosotros para trabajar en semejante fiesta!

Pero sin hacer caso de aquel arranque sentimental, el hombracho siguió contemplando, con las piernas cruzadas, cómo el otro trabajaba. Bostezó, resopló tranquilamente con la nariz y luego, volviéndose de espaldas, se fué, con la pértiga al hombro, diciendo:

—¡En marcha, compañero! Que ya es hora de vestirse para la cena. . .

El andrajoso le siguió, pero, al pasar frente a la alcoba dijo, haciendo reverencias y con burlescas inflexiones de voz:

—¡Señor dormilón!, no tiene usted más que despertarse y vestirse de marqués, aunque sea usted un desdichado como yo; y bajará luego a la fiesta de disfraz, para darles gusto a esos señoritos y señoritas.

Y en tono de charlatán de feria, añadió con una reverencia final:

—Nuestro compañero Molayou, adscripto a la cocina, le presentará el personaje de Arlequín y éste, su servidor, el del gran Pierrot.

CAPITULO XIII

LA EXTRAÑA FIESTA

Apenas hubieron desaparecido, el colegial salió de su escondite. Tenía helados los pies, entumecidas las articulaciones, pero había descansado un rato y se le había curado, al parecer, la rodilla.

—Lo de bajar a cenar —pensó— no dejaré de hacerlo. Seré, sencillamente, un invitado cuyo nombre se le habrá olvidado a todos. Además, yo no soy aquí un intruso. . . Está fuera de dudas que el Señor Molayau y su compañero me aguardaban. . .

Al salir de la oscuridad total de la alcoba, pudo ver bastante bien en el cuarto iluminado por los farolillos verdes.

El andrajoso lo había en verdad “adornado”. Unas capas pendían de las perchas. Sobre una pesada mesa de tocador, de roto mármol, habían dispuesto lo necesario como para convertir en niño bien a un muchacho que hubiese pasado la noche anterior en un corral abandonado. Sobre la chimenea, junto al velón, dejaron una caja

de fósforos. Pero olvidaron de encerar el piso, y Meaulnes sintió rodar cascajo y arena bajo sus zapatos. Tuvo, de nuevo, la impresión de hallarse en una casa abandonada desde hacía mucho tiempo. . . Yendo hacia la chimenea, por poco no fué a dar contra un montón de grandes y pequeñas cajas de cartón: extendió el brazo, encendió la vela, levantó luego las tapas de las cajas y se inclinó a mirar.

Eran trajes de muchacho de otros tiempos, levitas con altos cuellos de terciopelo, finos chalecos muy escotados y un sin fin de corbatas blancas y zapatos de charol de principios de siglo. No se atrevía a tocar nada ni con la punta de los dedos, pero, después de restregarse las manos, y temblando de frío, se puso sobre la blusa de colegial una de aquellas amplias capas, levantándole la gorguera; trocó sus zapatos claveteados por unos finos escaarpines de charol y se dispuso a bajar.

Llegó, sin encontrar a nadie, al pie de una escalera de madera, hasta el rincón de un oscuro patio. El frío aliento de la noche vino a azotarle el rostro y a levantar los vuelos de su capa.

Dió unos pasos y gracias a la vaga claridad del cielo, pudo darse cuenta en seguida de la configuración de aquel lugar. Se hallaba en el patiecito que formaban los edificios de las dependencias. Todo parecía allí viejo y ruinoso. Las puertas, al pie de las escaleras, aparecían eternamente abiertas, porque les habían quitado las hojas hacía tiempo; tampoco habían puesto cristales nuevos en las ventanas, que aparecían ahora como negros agujeros en las paredes. Y, sin embargo, todos aquellos edificios tenían un misterioso aire de fiesta. Una especie de refle-

jo de color, flotaba en los cuartos de abajo donde, también, debían haber encendido farolillos por el lado del campo. La tierra estaba recién barrida; se había arrancado la hierba que la invadía. Por último, aplicando el oído, Meaulnes creyó percibir como un canto, como unas voces de niños y de muchachas, allá del lado de los informes edificios en que el viento sacudía las ramas frente a las aberturas rosadas, verdes y azules de las ventanas.

Allí estaba él, bajo su amplia capa, como un cazador, medio inclinado, que aguaita, cuando un extraordinario jovenzuelo salió del edificio de al lado, que se hubiera creído desierto.

Llevaba un sombrero de copa, muy combado, que brillaba en la noche como si fuera de plata; un traje cuyo cuello le subía hasta el pelo; chaleco muy escotado, pantalón de trabilla. . . Ese elegante, que podía tener a lo sumo quince años, andaba en puntas de pie, como si lo levantasen los elásticos del pantalón, pero con extraordinaria rapidez. Al pasar, saludó a Meaulnes sin detenerse, profunda y automáticamente, y desapareció en la oscuridad, hacia el cuerpo central del edificio, granja, castillo o abadía, cuya torrecilla guiara al colegial al principio de la tarde.

No sin vacilar un momento, nuestro héroe se fué detrás del curioso personaje. Ambos atravesaron una especie de jardín de invierno muy grande, cruzaron entre macizos, bordearon un vivero cerrado con unas empalizadas, dieron vuelta a un pozo y se hallaron por fin en el umbral de la casa del centro.

Una pesada puerta de madera, redondeada en su parte superior y claveteada como la puerta de una gran casa

rectoral, hallábase entreabierta. El elegante se coló por ella. Meaulnes le siguió y a los primeros pasos que diera por el pasillo vióse rodeado, sin que alcanzase a ver a nadie, de risas, cantos, gritos y persecuciones.

El pasillo se cruzaba al fondo con otro transversal; Meaulnes dudaba entre seguirlo hasta el fin o abrir una de las puertas detrás de las cuales se oía aquel rumor de voces, cuando vió pasar por el fondo a dos niñas persiguiéndose. Corrió para verlas y alcanzarlas, sin hacer ruido con sus esarpines. Un golpear de puertas que se abren, dos rostros de quince años que el frescor de la noche y la carrera han puesto de color de rosa, bajo unas grandes y encintadas capas antiguas, todo lo cual desaparecerá al punto en medio de un brusco resplandor.

Durante un segundo, dan vueltas sobre sus pies, jugando; sus amplias y ligeras faldas se levantan y se hinchan; vense los encajes de sus largos y graciosos pantalones; luego, juntas las dos, después de esa pirueta, entran de un salto al cuarto y cierran tras de sí la puerta.

Meaulnes permanece un momento deslumbrado y titubeante, en ese negro corredor. Ahora le da miedo que le sorprendan. Con ese aire vacilante y torpe lo tomarían sin duda por un ladrón. Va, de intento, a volverse hacia la salida, cuando, otra vez, oye ruido de pasos y voces de niños al fondo del corredor. Son dos chicuelos que se acercan hablando.

—¿Cenaremos pronto?—les pregunta Meaulnes con aplomo.

—Vente con nosotros —le contesta el mayor— y te acompañaremos.

Y con aquella confianza y aquella sed de amistad que experimentan los niños la víspera de una gran fiesta, cada cual lo toma de una mano. Se trata, probablemente, de dos niños del campo. Les han puesto las mejores galas: pantaloncitos cortados a media pierna, dejando ver las gruesas medias de lana y los zuecos; una casaca de terciopelo azul, una gorra del mismo color y una blanca corbata de lazo.

—¿La conoces, tú?—pregunta uno de los niños.

—A mí —dice el más chico, que tiene una cabeza redonda y unos ojos ingenuos— me ha contado mamá que llevaba un vestido negro y una gorguera y que parecía un lindo pierrot.

—¿De quién se trata?—pregunta Meaulnes.

—¡Hombre! De la novia que Frantz ha ido a buscar. . .

Antes de que el muchacho pueda decir nada, han llegado los tres a la puerta de un salón donde arde un precioso fuego. Se han puesto unas tablas sobre unos caballetes, a manera de mesa; se han extendido blancos manteles y gente de todas las categorías está cenando ceremoniosamente.

CAPITULO XIV

LA EXTRAÑA FIESTA

(Continuación)

Era, en una gran sala de techo bajo, una comida como las que reúnen, la víspera de una boda campesina, a los parientes venidos de muy lejos.

Los dos niños, soltando las manos del colegial, se precipitaron a una habitación contigua donde se oían voces infantiles y el ruido de las cucharas golpeando los platos. Meaulnes, audazmente y sin turbarse lo más mínimo, se sentó a horcajadas en un banco, junto a dos viejas aldeanas. Sin pérdida de tiempo, se puso a comer con feroz apetito, y sólo al cabo de un rato levantó la cabeza para ver a los comensales y oír lo que decían.

Pero aquellos hablaban poco. Parecía que apenas debían conocerse. Vendrían unos del fondo de la campiña y otros de ciudades lejanas. Esparcidos a lo largo de las mesas, había unos ancianos patilludos y otros completamente afeitados; antiguos marinos, acaso. Cerca de ellos cenaban otros viejos de parecido semblante: la misma cara curtida, la misma viveza en la mirada, bajo

unas enmarañadas cejas; las mismas corbatas estrechas como cordones de zapato. . . Pero fácilmente se advertía que no había navegado ninguno más allá del límite de su cantón; y que si conocieron más de mil veces tumbos y balanceos, en el vendaval y bajo el chubasco, fué sólo en el transcurso de aquel duro viaje sin peligro que consiste en abrir el surco hasta la punta del campo y dar vuelta al arado en seguida. . . Veíanse pocas mujeres; unas cuantas campesinas, de arrugado rostro, con sus cofias altas.

No había un solo invitado con quien no se sintiera Meaulnes a gusto y en confianza. Explicaba, más tarde, esa impresión en la siguiente forma: "Cuando uno ha cometido", decía, "una grave e imperdonable falta, piensa a menudo, sumido en la mayor amargura: Sin embargo, en el mundo hay alguien capaz de perdonarme. Piensa uno en ancianos, en abuelos llenos de indulgencia, convencidos de antemano de que cuanto hagáis está bien hecho. Seguro que los comensales de ese salón fueron escogidos entre aquella buena gente. Los otros, eran adolescentes y niños. . ."

Mientras tanto, junto a Meaulnes, las dos viejas charlaban:

—En el mejor de los casos —decía la más anciana, con una voz ridícula y estridente que procuraba en vano suavizar—: ni mañana a las tres estarán aquí los novios.

—¡Calla, que me voy a enfadar!—contestaba la otra en el más apacible de los tonos.

Esta llevaba sobre la frente una capelina de punto.
—¡Contentos!—repuso la primera sin afectarse—. Una hora y media de ferrocarril de Bourges a Vierzon y siete leguas en coche de Vierzon hasta aquí. . .

La discusión continuó. Meaulnes no perdía palabra. Gracias a esa plácida pelea, la situación se iba aclarando un poco: Frantz de Galais, el hijo de la casa —que no se sabía exactamente si era estudiante, o marino, o aspirante de marina. . .— había ido a Bourges a buscar a una muchacha para casarse con ella. Lo raro del caso era que aquél, que debía ser muy joven y muy original, lo disponía todo a su antojo en esos contornos. Había querido que la casa que iba a acoger a su prometida pareciese un palacio en fiesta. Y para celebrar su llegada, él mismo había invitado a esos niños y a esos bondadosos ancianos. Tales eran los puntos que la discusión de las dos mujeres había aclarado. Todo lo demás, seguía envuelto en misterio, y las viejas volvían, dale que dale, al asunto del regreso de los novios. Sostenía una que tendría lugar la mañana siguiente; según la otra, no llegarían hasta la tarde.

—¡Pobre Moinelle, estás tan loca como siempre!—le decía, calmosa, la más joven.

—Y tú, pobre Adela, tan testaruda como de costumbre. Cuatro años hacía que no te había visto, y no has cambiado—contestó la otra, encogiéndose de hombros, pero con la más tranquila de sus voces.

Y seguían disputando, en esa forma, sin la menor acritud.

Meaulnes intervino, con la esperanza de averiguar más cosas:

—¿Es tan bonita como dicen, la novia de Frantz?

Las dos viejas, sorprendidas, le miraron. Salvo Frantz, nadie la había visto nunca. Este la encontró una tarde, al regresar de Toulon, desolada, en uno de esos jardines que en Bourges llaman "las Huertas". El padre de la joven, que era tejedor, la había echado de casa. Era muy hermosa y Frantz, sin pérdida de tiempo, decidió casarse con ella. La historia no dejaba de ser extraña, pero el señor de Galais, e Ivonne, la hermana del muchacho, ¿no se lo habían consentido todo, siempre?

Meaulnes, con tiento, iba a hacer otras preguntas, cuando se presentó a la puerta de la sala una pareja encantadora: una niña de diez y seis años, con un corpiño de terciopelo y falda de grandes volantes; un muchacho en traje de alto cuello y pantalón con elásticos. Cruzaron la sala bosquejando un paso de danza; otros los imitaron; otros pasaron corriendo, después. Iban dando gritos. Los perseguía un pierrot alto y paliducho, de mangas anchísimas, que llevaba un bonete negro y reía con una boca desdentada. Corría torpemente, a grandes zancadas, como si a cada paso tuviera que saltar algo, y meneaba sus largas y vacías mangas. Las chicas le tenían un poco de miedo, los muchachos le estrechaban la mano, y los pequeñuelos, cuyas delicias, al parecer, hacía, iban en pos de él, dando chillidos. Al pasar, miró a Meaulnes con sus ojos vidriosos, y al colegial le pareció reconocer en él, completamente afeitado, al compañero del señor Molayau, aquel andrajoso que hacía un rato había estado prendiendo los farolillos.

La cena había terminado. Todos los invitados se levantaron.

En los pasillos armábanse rondas y farándulas. En algún sitio tocaba una música un paso de minuet. . . Meaulnes, con la cabeza medio oculta en la gorguera de su capa, como en un cuello alechugado, sentíase otro. También él, arrastrado por el placer, se puso a perseguir al largo pierrot a través de los pasillos de la casa, como entre los bastidores de un teatro, cuya representación se hubiese extendido del escenario al local entero. Así se vió mezclado, hasta la madrugada, con una gozosa muchedumbre extravagantemente vestida. A veces, abriendo una puerta, se hallaba en medio de una habitación en que estaban haciendo funcionar la linterna mágica. Unos niños aplaudían estrepitosamente. . . Otras veces, en un rincón de la sala de baile, trababa conversación con un *dandy* y se informaba rápidamente acerca de la indumentaria de los días siguientes. . .

Un tanto inquieto, a la larga, por la cantidad de placer que le brindaban; temiendo a cada instante que por entre su capa descubrieran su blusa de colegial, fué a refugiarse un rato en la parte más apacible y oscura de la casa. Allí sólo se oía la música apagada de un piano.

Penetró luego en un salón silencioso, un comedor iluminado por una lámpara colgante. También allí estaban de fiesta, sólo que era la fiesta de los pequeñuelos.

Unos, sentados en almohadones, hojeaban álbumes que tenían abiertos sobre las rodillas; otros, acurrucados en el suelo, frente a una silla, desplegaban gravemente sobre el asiento, toda una colección de cromos; otros más, al amor de la lumbre, permanecían callados, sin hacer nada, pero escuchaban a lo lejos, en el inmenso caserón, el rumor de la fiesta.

Una de las puertas del comedor estaba abierta de par en par. Oíase tocar el piano en la pieza contigua. Meaulnes metió la cabeza por ella, con curiosidad. Era algo así como una salita de recibo. Una mujer, o una señorita, con un amplio abrigo marrón echado sobre los hombros, sentada de espaldas a él, tocaba, con la mayor dulzura, rondas o cancioncillas. En el diván, al lado mismo del piano, seis o siete niños o niñas, alineados como en una lámina, buenos como lo son todos cuando se hace tarde, escuchaban. Sólo de vez en cuando, uno de ellos, apoyándose con las muñecas, se levantaba y, después de deslizarse por el suelo, pasaba al comedor: uno de los que habían terminado de ver los cromos iba entonces a ocupar su sitio. . .

Después de la fiesta, que había resultado deliciosa en sus menores detalles, pero alocada y febril; después de aquella fiesta en que el mismo Meaulnes había perseguido, y con tanto ímpetu, al gran pierrot, sentíase ahora sumido en la más plácida de las dichas.

Sin hacer el menor ruido, mientras la muchacha seguía tocando, pasó a sentarse al comedor y, abriendo uno de los gruesos libros rojos que se encontraban esparcidos sobre la mesa, comenzó a leer distraídamente.

Casi en el mismo instante, uno de los pequeñuelos sentados en el suelo se le colgó del brazo y trepó a sus rodillas para mirar con él; otro hizo lo propio por el otro lado. Empezó entonces un sueño como los de otrora. Pudo imaginar sin esfuerzo que se hallaba en su propio hogar, casado. Hacía una noche magnífica y aquel ser encantador y desconocido que tocaba el piano a su lado, era su mujer. . .

CAPITULO XV

EL ENCUENTRO

A la mañana siguiente, Meaulnes fué uno de los primeros en estar listo. Tal como se lo aconsejaron, se puso un sencillo traje negro, pasado de moda, una bien ajustada chaqueta, cuyas mangas se ahuecaban a la altura de los hombros, un chaleco cruzado, un pantalón lo suficientemente acampanado para ocultar sus finos zapatos y un sombrero de copa.

Cuando bajó, el patio estaba aún desierto. Dió algunos pasos y se sintió como transportado a un día de primavera. Fué, en efecto, la mañana más suave de todo el invierno. Brillaba el sol como en los primeros días de abril. Se deshacía la escarcha y la hierba mojada relucía cual si la humedeciera el rocío. En los árboles cantaban unos pajarillos, y de vez en cuando una brisa tibia acariciaba el rostro del paseante.

Meaulnes hizo como los invitados que despiertan antes que el dueño de casa. Salió al patio, pensando a cada rato que una voz alegre y cordial iba a gritarle por la espalda:

—¿Despierto ya, Agustín? . . .

Pero tuvo que pasearse un buen rato sin compañía alguna, a través del jardín y del patio. En el edificio principal, nada se movía, ni en la torrecilla, ni en las ventanas: Ya habían abierto, sin embargo, las dos hojas de la redonda puerta de madera. Y en una de las ventanas de arriba, daba un rayo de sol, como en verano, a primera hora de la mañana.

Meaulnes, por vez primera, contemplaba en pleno día el interior de la propiedad. Unos vestigios de tapia separaban el jardín abandonado del patio por donde, recientemente, esparcieron arena y pasaron el rastrillo. Al extremo de las dependencias en que habitaba, había caballerizas construídas en un curioso desorden que multiplicaba los rincones llenos de enmarañados arbustos y de enredaderas. Los montes de abetos se prolongaban hasta la misma finca, ocultándola a la vista de la llanura, salvo del lado del Este, donde se divisaban unas colinas azules cubiertas de peñascos y más abetos.

Durante un momento, en el jardín, Meaulnes se asomó por encima de una bamboleante valla de madera que rodeaba el vivero; en los bordes quedaba un poco de hielo, fino y rizado como espuma. Vióse a sí mismo reflejado en el agua, como asomándose al cielo, en su traje de estudiante romántico. Y creyó distinguir otro Meaulnes; no ya el escolar que escapara en el carricoche de un labriego, sino una criatura encantadora y romántica, salida de las páginas de algún bello libro de premio. . .

Caminó apresuradamente en dirección al cuerpo central del edificio. Tenía hambre. En la misma gran sala en

que había cenado la víspera, una campesina ponía los cubiertos. Al sentarse Meaulnes frente a uno de los tazones alineados sobre el mantel, la mujer le sirvió el café, diciendo:

—Es usted el primero, señorito.

Agustín no quiso contestar nada; tenía miedo que lo descubrieran como a un entrometido. Sólo preguntó a qué hora saldría el barco para el anunciado paseo matinal.

—No antes de media hora, señorito: aun no ha bajado nadie —fué la contestación.

Siguió vagando, pues, en busca del embarcadero en torno a la larga casa señorial, de desiguales alas, como una iglesia. Cuando hubo dado la vuelta al ala Sur, vió de repente el cañaveral que, hasta donde llegaba la vista, constituía el único paisaje. El agua de los estanques, por ese lado, bañaba la base de los muros, y frente a varias puertas había galerías de madera para atajar el pequeño oleaje.

El paseante, que no tenía nada que hacer, vagó un buen rato por la orilla, una orilla arenosa como un camino de sirga. Examinaba curiosamente las grandes puertas de polvorientos cristales que daban sobre unos aposentos ruinosos o abandonados, o sobre locales atiborrados de carretillas, tiestos rotos y herramientas llenas de herrumbre, cuando, de repente, al otro extremo de los edificios, oyó el ruido de unos pasos en la arena.

Eran dos mujeres, encorvada y muy vieja la una; joven, rubia, esbelta, la otra. El delicioso vestido de ésta, después de tanto disfraz, le pareció a Meaulnes, de pronto, una cosa rara.

Se detuvieron un instante a contemplar el paisaje, mientras Meaulnes pensaba, con un asombro que más tarde había de parecerle el colmo de la ordinariez:

—He aquí sin duda lo que se llama una muchacha excéntrica. Acaso es una actriz contratada para la fiesta.

Entre tanto, las dos mujeres pasaban a su lado y Meaulnes, inmóvil, contemplaba a la joven. A menudo, más tarde, cuando se dormía, ya después de haber tratado desesperadamente de evocar aquel bello rostro borrado de su memoria, veía desfilar en sueños, retahilas de muchachas que se le parecían. Una, llevaba un sombrero igual que el suyo, y otra tenía sus ademanes un tanto afectados; otra, su mirada purísima; otra, todavía, su fino talle y sus mismos ojos azules: pero ninguna de aquellas mujeres era jamás la graciosa muchacha.

Meaulnes tuvo tiempo de ver, bajo una copiosa cabellera rubia, un semblante de rasgos un tanto breves, pero dibujados con una finura que casi llegaba a ser dolorosa. Y cuando ella hubo pasado, miró su vestido, que era la más sencilla y discreta de las composturas. . .

Se preguntaba, perplejo, si las acompañaría, cuando la joven, volviéndose imperceptiblemente hacia él, dijo a su compañera:

—El barco no ha de tardar ahora, me parece. . .

Y Meaulnes las siguió. La anciana enfermiza y temblorosa no cesaba de reír y charlar alegremente. La muchacha le respondía con dulzura. Y cuando bajaron al embarcadero, tuvo para Meaulnes aquella misma mirada inocente y grave que parecía decirle:

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? No le conozco. Y sin embargo diría que le conozco. . .

Otros invitados estaban aguardando ahora, dispersos entre la arboleda. Y tres embarcaciones de recreo atracaban, dispuestas a recibir a los paseantes. Uno por uno, al pasar aquellas dos señoras que parecían ser, respectivamente, la dueña de casa y su hija, los jóvenes hacían un profundo saludo, y las muchachas se inclinaban. ¡Extraordinaria mañana! ¡Extraña partida de placer! Hacía frío, a pesar del sol de invierno, y las mujeres se envolvían el cuello con esas boas de pluma que estaban entonces de moda. . . La señora anciana se quedó a la orilla y Meaulnes, sin saber cómo, se encontró en el mismo *yacht* que la muchacha.

Acodóse en el puente, sujetando con una mano el sombrero, azotado por el vendaval y pudo, a sus anchas, contemplarla, sentada al reparo. También ella le miraba. Contestaba a sus compañeras, sonreía, y posaba después en Meaulnes, suavemente, sus azules ojos, mordiéndose un poco los labios.

Un gran silencio reinaba en las cercanas riberas. El barco avanzaba con un plácido ruido de máquinas y agua. Uno habría podido creerse a mediados del estío. Parecía que se iba a abordar en el bello jardín de una casa de campo. Pasearíase allí la muchacha bajo una blanca sombrilla. Se oiría hasta el anochecer el arrullo de las tórtolas. . . Pero, de pronto, una ráfaga helada recordaba a los invitados de aquella extraña fiesta, que estaban en diciembre.

Abordaron frente a un bosque de abetos. En el desembarcadero, los invitados tuvieron que esperar un rato, apiñados los unos contra los otros, a que un barquero le quitara el candado a la barrera. . . ¡Con qué emoción

Meaulnes recordaba después aquel minuto en que, a la orilla del agua, había tenido tan cerca del suyo el rostro ahora perdido de la muchacha! Había contemplado aquel perfil puro, abriendo los ojos cuanto pudo, hasta que estuvieron a punto de llenársele de lágrimas. Y recordaba haber visto, como un delicado secreto que ella le confiara, un poco de polvo sobre su mejilla. . .

En tierra, todo se arregló como en un sueño. Mientras los niños corrían dando gritos alegres y se formaban grupos que iban a dispersarse por el bosque, Meaulnes tomó por la alameda donde, a diez pasos de distancia antes que él, iba aquella muchacha. Se encontró junto a ella sin haber tenido tiempo de pensar nada:

—¡Qué hermosa es usted!—le dijo sencillamente.

Pero ella apuró el paso y, sin contestarle, tomó por una alameda transversal. Otros excursionistas corrían, jugaban a través de las avenidas. Cada cual holgaba a su gusto, obedeciendo únicamente a su libre fantasía. Meaulnes se reprochó con viveza lo que él denominaba su sandez, su grosería, su imbecilidad. Vagaba al azar, convencido de que nunca volvería a encontrar a aquella graciosa criatura, cuando de pronto la vió venir en su dirección. Forzosamente tenía que pasar junto a él, dado lo estrecho del sendero. Ella apartaba con sus manos sin guantes los pliegues del amplio abrigo. Llevaba unos zapatos negros muy escotados. Sus tobillos eran tan finos que a veces se doblaban y temía uno verlos quebrarse.

Esta vez el muchacho la saludó diciéndole en voz muy baja:

—¿Me perdona usted?

—Le perdono —dijo ella gravamente—. Pero es menester que me vaya con los niños, porque hoy son ellos los que mandan. Adiós.

Agustín le rogó que se quedara un rato más. Le hablaba con torpeza pero en un tono tal de turbación, tan confuso, que ella aflojó el paso para escucharle.

—Ni siquiera sé quién es usted —acabó por decir.

La muchacha pronunciaba cada palabra en un tono uniforme, subrayándolas a todas de la misma manera, pero reservándose para la última una mayor dulzura. . . En seguida recobraba la inmovilidad de su rostro, y volvía a morderse levemente los labios, mientras sus ojos azules tornaban fijamente la mirada a lo lejos.

—Tampoco yo sé su nombre —contestó Meaulnes.

Ahora seguían un camino descubierto. Veíase a los invitados, a cierta distancia, apiñándose en pleno campo, alrededor de una casa aislada.

—Esta es la “casa de Frantz” —dijo la muchacha—. Voy a tener que dejarle. . .

Vaciló luego, le miró, sonriente, un momento y agregó:

—¿Mi nombre?... Soy la señorita Ivonne de Galais... Y echó a correr.

La “casa de Frantz” estaba entonces deshabitada. Pero Meaulnes la encontró atestada, hasta los graneros, de una muchedumbre de invitados. Apenas tuvo ocasión, por otra parte, de examinar el sitio en que se hallaba: Comieron en un momento las cosas frías que habían traído a bordo de las embarcaciones, lo cual estaba muy

poco de acuerdo con la estación, pero los niños lo habrían decidido así: y se marcharon luego. Meaulnes se acercó a la señorita de Galais tan pronto como la vió salir y, contestando a lo que antes le dijera, exclamó:

—El nombre que yo le daba era más bonito.

—¿Cómo? ¿Qué nombre era?—preguntó ella, siempre con la misma gravedad.

Pero Meaulnes tuvo miedo de haber dicho una tontería y no contestó a esa pregunta, sino:

—El mío es Agustín Meaulnes, y soy estudiante.

—¡Ah! ¿estudia usted?—dijo ella. Y estuvieron hablando un rato más. Hablaron sin prisa, contentos, con amistad. Luego, la actitud de la muchacha fué diferente. Menos altiva y menos grave y, parecía también, más inquieta. Se hubiera dicho que temía lo que Meaulnes iba a decirle y que se asustaba de antemano. Permanecía a su lado, toda agitada, como una golondrina que se ha posado un instante en el suelo y ya tiembla del deseo de remontar el vuelo.

—¿Para qué? ¿Para qué?—iba contestando dulcemente a los proyectos de Meaulnes.

Pero cuando, al último, se atrevió a pedirle permiso para volver un día a esa bella mansión, la muchacha le contestó con sencillez:

—Le esperaré a usted.

Llegaban a la vista del embarcadero. Ella, parándose de repente, le dijo, pensativa:

—Somos un par de niños; hemos cometido una locura. Es preciso que no subamos ahora a la misma embarcación. Adiós. No me siga.

Meaulnes se quedó un instante desconcertado viéndola partir. Luego se puso a caminar de nuevo. Y entonces, la muchacha, a lo lejos, en el momento de perderse entre la multitud de los invitados, se detuvo y, volviéndose hacia él por vez primera, lo miró largamente. ¿Era ese un postrer gesto de despedida? ¿O una prohibición de acompañarla? O acaso tenía aún algo que decirle? . . .

En cuanto hubieron regresado a la finca, empezó detrás de la granja, en un gran prado en forma de cuesta, la carrera de poneys. Era ésta la última parte de la fiesta. Según todas las previsiones, los novios llegarían a tiempo para asistir a ella y Frantz sería quien lo dirigiera todo.

No obstante, hubo que empezar sin él. Los chicos en traje de jockey, y las niñas vestidas de amazona, montaban, los primeros en fogosos y enjaezados caballos y las segundas en viejos y dóciles animales, en medio del griterío, las risas infantiles, las apuestas y los prolongados toques de campana. Se hubiera creído uno transportado al verde y liso césped de un campo de carreras en miniatura.

Meaulnes reconoció a Daniel y a las niñas del sombrero de plumas a quienes había oído la víspera en la alameda del bosque. . . El resto del espectáculo lo perdió, tanta era el ansia que sentía por descubrir entre la muchedumbre el gracioso sombrero de rosas y el amplio abrigo marrón. Pero la señorita de Galais no apareció. La buscaba aún cuando las campanas al vuelo y los

gritos de júbilo anunciaron el final de las carreras. Una niña montada en una vieja jaca blanca, había obtenido la victoria. Pasaba triunfalmente en su cabalgadura, y el penacho de su sombrero se ondulaba con el viento.

Después, todo calló de repente. Los juegos habían concluido y Frantz no había llegado aún. Dudaron un instante; concertáronse, con desasosiego. Finalmente, por grupos, volvieron todos a los aposentos, a esperar, silenciosos e inquietos, el regreso de los novios.

CAPITULO XVI

FRANTZ DE GALAIS

La carrera había terminado demasiado temprano. Eran las cuatro y media, de día aún, cuando Meaulnes se encontró de nuevo en su cuarto, llena la cabeza con los acontecimientos de la extraordinaria jornada. Sentóse frente a la mesa, con una mano sobre la otra, esperando la cena y la fiesta que tendría lugar a continuación.

Volvía a soplar la ventolera de la primera noche. Rugía como un torrente o pasaba con el silbido prolongado de una cascada. El cierre de la chimenea golpeaba de tanto en tanto.

Por primera vez experimentó Meaulnes aquella leve angustia que os sobrecoge al final de una jornada demasiado buena. Por un momento se le ocurrió encender fuego, pero en balde intentó levantar el herrumbroso cierre de la chimenea. Entonces se puso a arreglar las cosas del cuarto; colgó de las perchas sus preciosos trajes y arrimó a lo largo de las paredes las revueltas sillas, como si se preparara para una larga estada.

Sin embargo, pensando que tenía que estar siempre listo para partir, dobló con cuidado sobre el espaldar de una silla, cual si fuera el traje de las solemnidades, la blusa y toda su vestimenta de colegial; y bajo la silla puso los zapatos claveteados, llenos de tierra.

Después, fué a sentarse otra vez y contempló, en derredor, ya más tranquilo, el ordenado cuarto.

De cuando en cuando, una gota de lluvia rayaba el cristal que daba al patio cochero y al monte de abetos. Con el sosiego que el arreglo del cuarto le produjo, sentíase ahora completamente feliz. Allí estaba él, misterioso y forastero, en medio de aquel mundo desconocido, en el aposento que se le había adjudicado. Los resultados conseguidos rebasaban todas sus esperanzas. Y para su gozo le bastaba ahora recordar aquel rostro de muchacha vuelto hacia él en medio del viento. . .

Durante su ensueño había caído la noche sin habersele ocurrido siquiera encender los velones. Una ráfaga hizo golpear la puerta de la antecámara que comunicaba con la suya y la ventana de la cual daba asimismo al patio de los coches. Meaulnes iba a cerrarla cuando vió en aquella una claridad semejante a la de un velador encendido en la mesa. Metió la cabeza por la rendija. Alguien había entrado, sin duda, por la ventana, y se paseaba de largo a largo, sin hacer ruido. Por lo que de él podía verse, se trataba de un muchacho muy joven. Desnuda la cabeza, con una manta de viaje echada sobre los hombros, caminaba sin cesar, cual si un dolor insoportable le hubiera enloquecido. El viento que entraba

por la ventana, abierta de par en par, hacía flotar su manta, y cada vez que pasaba junto a la luz, brillaban los botones dorados de su fina levita.

Silbaba algo entre dientes. Parecía una de aquellas canciones de a bordo que, para alegrarse el corazón, cantan, en las tabernas de los puertos, las mujerzuelas y los marineros. . .

Un instante, en medio de su agitado paseo, se detuvo e, inclinándose sobre la mesa, revolvió en una caja; sacó unas hojas de papel. . . Meaulnes vió, de perfil, a la luz de la vela, un rostro fino y aguileño, sin bigote, bajo una abundante cabellera que peinaba con una raya a un lado. Ya no silbaba. Palidísimo, entreabiertos los labios, parecía extenuado, cual si le hubieran dado un golpe al corazón.

Meaulnes no sabía si retirarse, por discreción, o si adelantarse, ponerle la mano en el hombro y hablarle. Pero el otro levantó la cabeza y le vió. Consideróle por espacio de un segundo y luego, sin mostrar extrañeza alguna, se le acercó y dijo, dando firmeza a su voz:

—Caballero, no sé quién es usted, pero tengo mucho gusto en verle. Puesto que está usted aquí, a usted se lo voy a explicar. . . ¡Verá!

Parecía completamente desamparado. Al decir: ¡Verá!, tomó a Meaulnes por la solapa, como para fijar su atención. Luego, volvió la cabeza hacia la ventana, como para pensar bien lo que iba a decir; guiñó los ojos, y Meaulnes comprendió que tenía muchas ganas de llorar.

Tragó de golpe todo ese dolor de niño y luego, sin dejar de mirar fijamente por la ventana, prosiguió con voz un tanto alterada:

—Pues bien, esto es: se acabó. Se acabó la fiesta. Puede usted bajar y decírselo a todos. . . Yo, vuelvo solo. Mi novia ya no viene. Por escrúpulo, por temor, por falta de fe. . . Además, caballero, voy a explicarle. . .

No pudo continuar. Se le contrajo todo el rostro. No explicó nada. Apartóse de repente; se quedó a la sombra, abriendo y cerrando unos cajones llenos de trajes y de libros.

—Voy a prepararme para partir de nuevo. Que nadie me estorbe.

Puso encima de la mesa diversos objetos, un juego de tocador, una pistola. . .

Y Meaulnes, turbado, salió sin atreverse a decirle una palabra, ni a estrecharle la mano.

Abajo, parecía como si todos hubiesen presentado algo. Casi todas las muchachas habían cambiado de vestido. En el edificio principal había empezado la cena, pero con prisa y desorden, como en el momento de una partida.

Entre la gran cocina-comedor y las habitaciones de arriba y las caballerizas, se producía un constante vaivén. Los que habían terminado ya formaban corros en los que se cruzaban palabras de despedida.

—¿Qué ocurre?—preguntó Meaulnes a un peón de campo que se apresuraba a despachar su comida, sin quitarse el sombrero de fieltro, y con la servilleta metida en el chaleco.

—Nos vamos —contestó—. La cosa se ha decidido de repente. A las cinco, todos los invitados a la vez, nos hemos sentido solos. Habíamos esperado hasta el último momento. Ya no era posible que los novios llegaran.

Alguien propuso, entonces: “¿y si nos fuéramos?...” Y todos nos hemos dispuesto para la marcha.

Meaulnes no contestó. Ya lo mismo le daba irse como quedarse. ¿No había acaso apurado su aventura?... ¿No había obtenido esta vez cuanto deseaba? Apenas le había quedado tiempo para repasar despacito y con calma, en su memoria, la bella conversación de la mañana. Por el momento, sólo de partir se trataba. Pero no tardaría en volver, y sin engaños, la próxima vez.

—Si quiere usted venirse con nosotros —continuó el otro, que era un chico de su misma edad—, no pierda tiempo en arreglarse. Engancharemos en seguida.

Salió corriendo, sin acabar de cenar y sin preocuparse de decir a los invitados lo que él sabía. El parque, el patio, el jardín, estaban sumidos en una profunda oscuridad. No había, esta noche, farolillos en las ventanas. Pero como, al fin y al cabo, aquella cena se parecía a las que coronan los finales de boda, los invitados de menos calidad que quizá bebieron más de la cuenta se habían puesto a cantar. Conforme se iba alejando, oía Meaulnes sus cantos de taberna elevándose en aquel parque, emporio de dos días de gracia y maravillas... Y esto representaba el principio de la confusión y de la ruina. Meaulnes pasó junto al vivero en que se contemplara aquella mañana. ¡Cuán cambiado parecía ya todo!... con aquella canción, repetida en coro, que le llegaba deshilachada:

¿De donde vienes, tunantuela?
Rompiéronte la cofia,
desgreñadita vas.

Y esta otra:

Llevo zapatos rojos.
Ay, amor mío, adiós.
Llevo zapatos rojos.
No volverás, amor.

Al llegar al pie de la escalera de su aposento, alguien que bajaba de la misma se topó con él en la sombra y le dijo:

—Adiós, caballero —y embozándose en su manta cual si tuviese mucho frío, desapareció. Era Frantz de Galais.

La vela que Frantz dejara en su cuarto, ardía aún. Meaulnes encontró todas las cosas en su sitio. Sólo había estas palabras, escritas en una hoja de papel de carta, que se destacaba a la vista:

Mi novia ha desaparecido, haciéndome decir que no puede ser mi mujer; que ella es una costurera y no una princesa. No sé lo que va a ser de mí. Me voy. Se me han quitado las ganas de vivir. Que Ivonne me perdone si no le digo adiós, pero ya nada podría hacer por mí. . .

La vela acababa de consumirse. Su llama vacilante arrastróse un segundo y se apagó. Meaulnes entró al cuarto y cerró la puerta. A pesar de la oscuridad, reconoció todas las cosas que había arreglado en pleno día, en plena dicha, unas horas antes. Prenda por prenda, fielmente, halló toda su vieja y misera vestimenta, desde los borceguíes hasta el tosco cinturón con hebilla de

cobre. Cambió de ropa, distraída y rápidamente, y dejó en una silla su traje prestado, equivocándose de chaleco.

Bajo las ventanas, en el patio cochero, un gran ajetreo había comenzado. Tiraban, llamaban, empujaban, pues todos a un tiempo querían sacar sus coches de la inextricable maraña en que estaban metidos. De vez en cuando, un hombre subía al pescante de una carreta o a la capota de un gran carricoche y hacía girar el farol. Su resplandor daba contra la ventana; por un instante, en torno a Meaulnes, el aposento, familiar ya, cuyos objetos habían sido, todos, tan amistosos para con él, palpitaba, cobrando vida nueva. . . Y de ese modo abandonó, cerrando cuidadosamente la puerta, aquel misterioso lugar que sin duda no volvería a ver jamás.

CAPITULO XVII

LA EXTRAÑA FIESTA

(Fin)

Ya en medio de la noche, una hilera de coches rodaba lentamente hacia la verja del bosque. A su cabeza, un hombre revestido con una piel de cabra, farol en mano, llevaba de las riendas el caballo del primer atalaje.

Meaulnes tenía prisa por encontrar a alguien que quisiera llevarle. Tenía unas ansias locas de irse. En el fondo de su corazón le daba miedo saberse, de pronto, solo en la mansión y ver descubierta su superchería.

Cuando llegó frente al edificio principal, los conductores repartían la carga de los últimos coches. Hacían que se levantasen todos los pasajeros para juntar o separar los asientos, y las muchachas, arrebujadas en sus pañoletas, se levantaban desazonadas, se les caían las mantas a los pies y se veían los rostros inquietos de las que agachaban la cabeza por el lado de los faroles.

En uno de aquellos cocheros, reconoció Meaulnes al joven campesino que hacía un momento se había ofrecido a llevarle.

—¿Puedo subir?—le gritó.

—¿A dónde vas, chico?—preguntó el otro, que ya se había olvidado de él.

—Por el lado de Santa Águeda.

—Entonces pídele sitio a Maritain.

Y ya tenéis al gran colegial, buscando entre los viajeros rezagados, a aquel Maritain desconocido. Se lo enseñaron entre unos bebedores que cantaban en la cocina.

—A éste le gusta la broma —le dijeron—. A las tres de la madrugada todavía estará aquí.

Meaulnes pensó un momento en la muchachita inquieta, llena de fiebre y de pesar, que estaría oyendo cantar en la finca, hasta altas horas de la noche, a esos campesinos borrachos. ¿En qué cuarto estaba? ¿Cuál era su ventana, en aquellos misteriosos edificios? Pero de nada le serviría al colegial entretenerse. Tenía que partir. Una vez de regreso en Santa Águeda, todo iba a aclararse; dejaría de ser el colegial que se ha fugado; podría pensar otra vez en ella.

Uno a uno se iban los coches; chirriaban las ruedas sobre la arena de la alameda principal. Y en la noche, se les veía dar la vuelta y desaparecer, cargados de mujeres bien arropadas y de niños con pañoletas, durmiéndose ya.

Otro gran carricoche; un carro de banqueta, en que las mujeres iban apiñadas, espalda contra espalda, pasó, dejando turbado a Meaulnes, en el umbral de su casa. Pronto no quedaría más que una vieja berlina, conducida por un aldeano en blusa.

—Puede usted subir —contestó a las explicaciones de Agustín—. Nosotros vamos en esa dirección.

Meaulnes abrió con dificultad la portezuela de la vieja galera, cuyo vidrio tembló y cuyos goznes chillaron. En la banqueta, al fondo del coche, dos pequeñuelos, niño y niña, dormían. El ruido y el frío les despertaron. Estiráronse, miraron vagamente, y luego, estremecidos de frío, volvieron a hundirse en su rincón para dormirse de nuevo. . .

El viejo coche partía ya. Meaulnes cerró la portezuela con más suavidad y se instaló cuidadosamente en el rincón libre; después, ávido, y esforzándose en distinguir a través de los vidrios los lugares que iba a abandonar y el camino por donde había venido, adivinó, a pesar de la oscuridad, que el coche atravesaba el patio y el jardín, pasaba frente a la escalera de su aposento, cruzaba la verja y salía de la finca para adentrarse en los bosques. Huyendo a lo largo de los vidrios, veíanse vagamente los troncos de los viejos abetos.

—Acaso encontraremos a Frantz de Galais —pensaba Meaulnes, y le latía con fuerza el corazón.

Bruscamente, por el estrecho camino, el coche dió un barquinazo por no chocar con un obstáculo. Se trataba —a juzgar por la forma maciza que entre la oscuridad podía adivinarse— de un furgón parado casi en mitad del camino. Lo habrían dejado allí, en las cercanías de la fiesta, durante los últimos días.

Salvado el obstáculo y habiendo vuelto al trote los caballos, Meaulnes empezaba a cansarse de mirar por la ventanilla, esforzándose inútilmente en penetrar las sombras que le rodeaban cuando, de pronto, en la espesura del bosque, brilló un relámpago, seguido de una detonación. Los caballos se lanzaron al galope y Meaulnes no

supo, al principio, si el cochero de blusa se esforzaba en retenerlos o si, por el contrario, los excitaba a correr. Quiso abrir la portezuela. Como la empuñadura se hallaba en la parte de fuera, intentó en vano bajar el vidrio, lo sacudió. . . Los niños, despertándose llenos de miedo y en silencio se apretaban uno contra el otro. Y en tanto que Meaulnes, con la cara pegada al vidrio iba sacudiéndolo, vió gracias a un recodo que hacía el camino, una forma blanca que corría. Era, huraño y fuera de sí, el gran pierrot de la fiesta, el andrajoso titiritero, con su indumentaria carnavalesca, que llevaba en brazos un cuerpo humano y lo apretaba contra su pecho. Después, todo desapareció. . .

En el coche que huía a galope tendido, a través de la noche, los dos niños habían vuelto a dormirse. Nadie con quien hablar de los misteriosos acontecimientos de aquellos dos días. Después de haber repasado en su espíritu, por espacio de un buen rato, todo cuanto había visto y oído, rendido de cansancio y de congoja, se abandonó al sueño, cual un niño triste.

. . .No había rayado aún el día cuando, habiéndose parado el coche por el camino, unos golpes en el vidrio de la ventanilla despertaron a Meaulnes. El conductor abrió, con dificultad, la portezuela y gritó, mientras el viento frío de la noche helaba al colegial hasta los tuétanos:

—Tendrá que bajar aquí. Ya despunta el día. Vamos a tomar por el atajo. Está usted muy cerca de Santa Águeda.

Medio replegado, Meaulnes obedeció, buscó vagamente, con inconsciente ademán, la gorra que había rodado a los pies de los niños dormidos, en el rincón más oscuro del coche, y salió agachándose.

—Vaya, hasta la vista—dijo el hombre, volviendo a subir al pescante—. Sólo tendrá que hacer seis kilómetros. Mire, aquí está el mojón, al borde del camino.

Meaulnes, que todavía no se había sacudido el sueño, caminó encorvándose hacia adelante, pesado el paso, hasta llegar al mojón. Y se sentó allí, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada, como si quisiera dormirse otra vez.

—¡Ah! ¡eso no! —le gritó el cochero—. No hay que dormirse aquí. Hace demasiado frío. Vamos, levántese usted un poco. . .

Tambaleándose como un borracho, con las manos en los bolsillos y encogido de hombros, se fué lentamente el muchacho por el camino de Santa Águeda, mientras que, último vestigio de la misteriosa fiesta, la vieja berlina dejaba el camino afirmado y se alejaba, bamboleándose en silencio sobre la hierba del atajo. No se veía más que el sombrero del conductor, bailando por encima de los cercos. . .

SEGUNDA PARTE

CAPITULO I

EL ABORDAJE

El vendaval y el frío, la lluvia o la nieve, la imposibilidad en que nos encontrábamos de efectuar pesquisas de larga duración, hicieron que Meaulnes y yo no volviéramos a hablar del País Perdido en todo el resto del invierno. Nada serio podíamos acometer durante el transcurso de aquellas breves jornadas de febrero; durante esos jueves sembrados de borrascas que se terminaban por lo regular a eso de las cinco con una lluvia lóbrega y glacial.

Nada nos recordaba la aventura de Meaulnes, salvo el hecho extraño de que a partir de la tarde de su regreso ya no tuviéramos amigos. En los recreos, se organizaban los mismos juegos que antes, pero Jazmín no dirigía nunca la palabra al gran Meaulnes. Por la tarde, en cuanto habían barrido el aula, el patio quedaba desierto, como cuando yo estaba solo y veía a mi compañero pasear errabundo del jardín al galpón y del patio al comedor.

Los jueves por la mañana, instalado cada cual en la mesa de una de las dos clases, leíamos a Rousseau y a

Paul- Louis Courier, que habíamos descubierto en las alacenas, entre unos métodos de inglés y unos cuadernos de música finamente copiados. Por la tarde, siempre había alguna visita que nos ahuyentaba de aquel sitio. Volvíamos a la escuela. . . Sentíamos a veces los grupos de los mayores, parándose un momento, como sin querer, frente al portalón, dar con sus cuerpos contra él, jugando a incomprensibles juegos militares, y marcharse luego. . . Esa triste vida continuó hasta fin de febrero. Yo empezaba a creer que Meaulnes lo había dado todo al olvido, cuando una aventura, aun más extraña que las otras, vino a probarme que andaba equivocado y que una crisis violenta se preparaba bajo la monótona superficie de aquella vida invernal.

Fué precisamente un jueves por la noche, a fines de mes, cuando nos llegó la primera noticia de la mansión misteriosa, la primera ola de aquella aventura de la que no habíamos vuelto a hablar. Nos encontrábamos en plena velada. Ya se habían marchado mis abuelos. Sólo estaban con nosotros Millie y mi padre, quienes en modo alguno sospechaban la sorda desavenencia que traía dividida en dos bandos a la clase entera.

A las ocho, Millie, que había abierto la puerta para tirar las migajas de la cena, soltó una exclamación de asombro, con una voz tan clara que nos acercamos para ver lo que ocurría. Cubría el umbral una capa de nieve. . . Como estaba muy oscuro, me adentré un poco en el patio para ver si la capa era profunda. Sentí resbalar por mi rostro unos copos ligeros que se deshacían en seguida. Me llamaron, tuve que meterme dentro corriendo y Millie, friolenta, cerró la puerta.

A las nueve nos disponíamos a subir para acostarnos; mi madre llevaba ya la lámpara, cuando percibimos claramente dos recios golpes contra el portón, al otro extremo del patio. Millie dejó la lámpara otra vez sobre la mesa y nos quedamos de pie, al acecho, y con el oído atento.

No había que pensar en salir para ver lo que ocurría. Antes de que llegáramos a la mitad del patio, se nos apagaría la lámpara en la mano, o se nos rompería la pantalla. Hubo un breve silencio, y mi padre empezaba a insinuar que "se trataba sin duda de..." cuando bajo la ventana del comedor que daba, como ya he dicho, frente a la carretera de La Gare, brotó un silbido prolongado y estridente, que debió sentirse hasta en la calle de la Iglesia. E inmediatamente, detrás de la ventana, apagados apenas por los cristales y lanzados por gente que debía haberse subido al antepecho a fuerza de muñeca, estallaron unos gritos penetrantes:

—¡Que lo traigan! ¡Que lo traigan!

Al otro extremo del edificio, contestaron idénticos gritos. Los que los proferían habrían pasado por el campo del tío Martín y trepado a la tapia baja que lo separaba del patio del colegio.

Luego, lanzados en cada sitio, por ocho o diez individuos que disimulaban la voz, los gritos de "¡Que lo traigan! ¡Que lo traigan!" estallaron sucesivamente: en la techumbre de la bodega, a la que habrían llegado escalando un montón de haces de leña adosados a la pared, por fuera; sobre un pequeño muro que unía el galpón al pórtico y cuyo redondeado borde permitía que lo montara uno cómodamente a caballo; sobre la pared

con verja de la carretera de La Gare, a la que se podía subir con facilidad. . . Finalmente, por detrás, llegó al jardín un grupo de rezagados que armó la misma zarambanga, gritando esta vez:

—¡Al abordaje!

Nosotros oíamos resonar el eco de sus gritos en las aulas vacías, cuyas ventanas habían abierto.

Meaulnes y yo conocíamos de un modo tan perfecto los pasos y las vueltas del gran caserón, que veíamos con toda claridad, como en un plano, los diversos puntos por donde aquellos desconocidos lo estaban atacando.

A fuer de sinceros, hay que decir que nuestro sobresalto no duró más allá de unos segundos. El silbido nos hizo pensar a los cuatro en un ataque de vagabundos o bohemios. Precisamente hacía una quincena que habían aparecido en la plaza, detrás de la iglesia, un malandrín de elevada estatura y un muchacho con la cabeza vendada. En las herrerías y en las carreterías también había trabajadores forasteros.

Pero así que oímos los gritos de los asaltantes, nos convencimos de que los que teníamos en frente eran gente —y de seguro joven— del lugar. Incluso muchachuelos figuraban probablemente —sus voces chillonas los delataban— en la banda que se lanzaba al asalto de nuestra casa como al abordaje de un navío.

—Esta sí que es buena. . .—exclamó mi padre.

Y Millie preguntó a media voz:

—Pero, ¿qué significa esto?

Entonces, de pronto, las voces del portón y las de la pared —y luego las de la ventana— se callaron. Dos

silbidos partieron detrás de la ventana. Los gritos de los que se habían encaramado al granero, así como la de los asaltantes del jardín, menguaron lentamente, para cesar al cabo; y a lo largo de la pared del comedor, se oyó el ruido de toda la pandilla, el roce que hacían retirándose apresuradamente, y sus pasos amortiguados por la nieve.

No había duda que algo les fastidiaba. Habrían pensado que a estas horas, en que todo dormía, podrían librar tranquilamente su asalto contra esa casa aislada a la salida del pueblo. Pero he aquí desbaratado su plan de campaña.

Ápenas habíamos tenido tiempo de recobrarlos —ya que el ataque fué repentino como un abordaje bien llevado— y nos disponíamos a salir, cuando oímos una voz conocida que llamaba desde la cancela:

—¡Señor Seurel! ¡Señor Seurel!

Era el señor Pasquier, el regordete carnicero. Se restregó los zuecos en el umbral, se sacudió la corta blusa salpicada de nieve y entró. Tenía el aspecto ladino y asustado de quien ha sorprendido todo el secreto de un asunto misterioso:

—Estaba en mi patio, que da a la plaza de los Cuatro Caminos. Iba a cerrar el corral de los cabritos cuando de pronto, de pie sobre la nieve, ¿qué es lo que veo?: dos muchachotes que parecían estar de centinela o atisbando algo. Andaban cerca de la cruz. Yo me adelanto: doy dos pasos. ¡Zas! ya los tenéis huyendo a galope tendido por el lado de vuestra casa. Ah, pero yo sin vacilar he cogido el farol diciendo: voy a contárselo al señor Seurel. . .

Y hélo aquí empezando de nuevo la historia: “Estaba en casa, en el patio trasero. . .” Y al llegar a este punto le ofrecen una copita, que acepta y le piden unos pormenores que es incapaz de dar.

Nada había visto al llegar a la casa. Los grupos, puestos sobre aviso por los dos alarmados centinelas, se eclipsaron en seguida. En cuanto a si esos postillones pudieran ser. . .

—Podría muy bien ser cosa de los titiriteros. Pronto hará un mes que están en la plaza, esperando el buen tiempo para dar sus representaciones y no habrán dejado entre tanto de organizar alguna trastada.

Maldito lo que adelantábamos con eso. Seguíamos de pie, llenos de perplejidad, mientras el hombre paladeaba el licor y volvía a representar, gesticulando, su historia, cuando Meaulnes, que hasta entonces había escuchado con suma atención, cogió del suelo el farol del carnicero y exclamó, decidido:

—¡Hay que ir a ver!

Abrió la puerta y le seguimos, el señor Seurel, el señor Pasquier y yo.

Millie, tranquila ya, puesto que los asaltantes se habían marchado y siendo de natural muy poco curiosa, como toda la gente minuciosa y ordenada, declaró:

—Id, si queréis. Pero cerrad la puerta y tomad la llave. Yo me voy a la cama. Dejaré encendida la lámpara.

CAPITULO II

CAEMOS EN UNA EMBOSCADA

Caminamos sobre la nieve, en un silencio absoluto. Meaulnes iba delante proyectando la luz en abanico con su alambrado farol. . . En el mismo momento en que cruzábamos el pórtico, salieron por detrás de la báscula municipal, adosada a la pared de nuestra sala de recreo, como un par de perdices sorprendidas, dos individuos encapuchados. Ya fuere en son de burla, ya por el gusto que les daba el extraño juego en que andaban metidos, ya fuere la excitación nerviosa y el miedo de ser alcanzados, lo cierto es que mientras corrían, dijeron dos o tres frases, entreverándolas de risas.

Meaulnes soltó el farol sobre la nieve y me gritó:

—¡Sígueme, Francisco! . .

Y dejando a los dos hombres de edad, incapaces de aguantar semejante carrera, nos lanzamos en persecución de ambas sombras, las cuales, después de bordear, por espacio de un rato, la parte baja del pueblo, siguiendo el camino de la Pasarela Vieja, volvieron a subir, resuelta-

mente, hacia la iglesia. Corrían de una manera regular, sin demasiada prisa. Podíamos seguirlos sin esfuerzo. Atravesaron la calle de la iglesia, toda dormida y en silencio, y se metieron, por detrás del cementerio, en un dédalo de callejas estrechas y callejones sin salida.

Era ese un barrio de jornaleros, costureras y tejedores, conocido por "las Esquinillas". Lo conocíamos bastante mal y nunca habíamos estado de noche. De día era un paraje desierto: los jornaleros ausentes, los tejedores encerrados; y en medio del profundo silencio de la noche parecía más abandonado, más dormido aún que los otros barrios del pueblo. No existía, pues, ninguna probabilidad de que surgiese alguien y nos prestase auxilio.

Sólo un camino conocía, por entre aquellas casitas diseminadas a la buena de Dios, como cajas de cartón. Era el camino que iba a la casa de una costurera apodada "la Muda". Primero había que bajar una cuesta bastante empinada, empedrada a trechos, y después de torcer dos o tres veces, entre patios de tejedores y cabaillerizas vacías, se llegaba a un ancho callejón sin salida cerrado por el patio de una granja, abandonada desde hacía tiempo. En casa de la Muda, mientras ella entablaba con mi madre una silenciosa conversación, meneando los dedos, conversación entrecortada tan sólo por sus gritos de enferma, miraba yo por la ventana el paredón de la granja, que por ese lado era la última casa del pueblo, y la barrera, eternamente cerrada, del corral seco, sin paja, donde ya no ocurría nunca nada.

Este fué el camino que siguieron, punto por punto, los dos desconocidos. A cada esquina temíamos perderlos, pero, con sorpresa mía, llegábamos siempre a la vuel-

ta de la calleja siguiente antes de que ellos la hubiesen abandonado. Digo "con sorpresa mía" porque ello no habría sido posible si no hubiesen aflojado el paso cada vez, al perderlos nosotros de vista.

Por último, sin vacilar, penetraron por la calle que conducía a casa de la Muda. Entonces le grité a Meaulnes:

—¡Ya son nuestros! ¡Están en un callejón sin salida!

En rigor, éramos nosotros quienes estábamos en su poder. . . Nos habían llevado donde habían querido. Al llegar a la pared, volviéronse resueltamente hacia nosotros y uno de ellos lanzó el mismo silbido que ya habíamos oído dos veces aquella noche.

En seguida, unos diez muchachos surgieron del patio de la granja abandonada, donde parecían haberse apostado, esperándonos. Todos iban encapuchados, con la cara metida en sus bufandas. . .

De antemano sabíamos de quienes se trataba, pero estábamos decididamente resueltos a no decir nada al señor Seurel; ¿qué le importaban a él nuestros asuntos? Allí estaban Delouche, Denis, Giraudat y toda la banda. En medio de la lucha, reconocimos su manera de pelear y sus voces entrecortadas. Pero quedaba un punto inquietante y que parecía asustar casi a Meaulnes: había un desconocido. Y al parecer se trataba del jefe. . .

El desconocido no tocaba a Meaulnes: seguía las maniobras de sus soldados, que bastante trabajo tenían. Arrastrándose por la nieve, hechos un harapo, se encarnizaban contra el extenuado muchacho. Dos de ellos se ocupaban de mí; aunque con penas y trabajos, porque me debatía como un demonio, habían logrado inmovili-

zarme. Estaba en el suelo, dobladas las rodillas, sentado sobre los talones; me sujetaban los brazos por detrás, y en ese estado contemplaba la escena con una mezcla de curiosidad y de espanto.

Meaulnes se había librado de cuatro chicos del Curso, a quienes había desabrochado la blusa, dando una vuelta rápida sobre sí mismo y proyectándolos, con toda fuerza, sobre la nieve. . . Bien erguido sobre ambas piernas, el desconocido personaje seguía con interés, pero muy tranquilo, el desarrollo de la lucha, repitiendo de cuando en cuando, en voz clara:

—Va. . . Animo. . . Otra vez. . . *Go on, my boys.* . .

El que mandaba era, evidentemente, él. . . ¿De dónde venía? ¿Dónde y cómo los había preparado para la batalla? He aquí lo que seguía constituyendo un misterio para nosotros. Llevaba, como los demás, la cara envuelta en una bufanda, pero cuando Meaulnes, libre de sus adversarios, se le adelantó, amenazador, el movimiento que hizo para ver bien y hacer frente a la situación, descubrió un pedazo de tela blanca que le envolvía la cabeza a modo de venda.

En ese momento fué cuando le grité a Meaulnes:

—¡Ten cuidado por detrás! Está otro ahí.

Antes de que tuviera tiempo de volverse, un muchachote surgió de la barrera que tenía a su espalda y echando hábilmente la bufanda en torno del cuello de mi amigo, lo derribó hacia atrás. En seguida, los cuatro adversarios de Meaulnes, que habían dado de narices en la nieve, volvieron a la carga para inmovilizarle los brazos y las piernas, le ataron los primeros con una soga y las segundas con una bufanda, mientras el perso-

najillo de la cabeza vendada le escudriñaba los bolsillos. . . El recién llegado, el hombre del lazo, había encendido un cabo de vela que protegía con la mano y cada vez que descubría un papel se acercaba el jefe a la luz para examinar su contenido. Desplegó al fin aquel especie de mapa cubierto de inscripciones en que Meaulnes estaba trabajando desde su regreso y exclamó con alegría:

—Esta vez lo tenemos. ¡Aquí está el plano! ¡Aquí está el itinerario! Vamos a ver si este señor estuvo efectivamente donde yo me figuro. . .

Su acólito apagó la vela. Cada cual recogió su gorra o su cinturón. Y todos desaparecieron silenciosamente, como habían venido, dejándome la libertad de desatar, como lo hice sin pérdida de tiempo, a mi compañero.

—No irá muy lejos con ese plano —dijo Meaulnes al levantarse.

Y nos volvimos lentamente, porque mi amigo cojeaba un poco. Por el camino de la iglesia nos topamos con el señor Seurel y con el tío Pasquier:

—¿No visteis nada?—nos dijeron—. ¡Nosotros tampoco!

Gracias a la oscuridad de la noche no se habían dado cuenta de nada. Despidióse el carnicero y el señor Seurel se fué corriendo a la cama.

Pero nosotros dos, arriba, en nuestro cuarto, a la luz de la lámpara que Millie nos había dejado, permanecemos buen rato componiendo las blusas descosidas, discutiendo en voz baja lo que nos había sucedido, como dos compañeros de armas la noche de una batalla perdida. . .

CAPITULO III

EL TITIRITERO EN LA ESCUELA

El despertar del día siguiente fué penoso. A las ocho y media, en el preciso instante en que el señor Seurel iba a dar la señal para entrar, llegamos, cansadísimos, y nos metimos en la fila. Como llevábamos retraso nos deslizamos a un sitio cualquiera, aunque por lo común el gran Meaulnes era el primero en la larga hilera de alumnos que, tocándose con los codos, cargados de libros, cuadernos y mangos, eran pasados en revista por el señor Seurel.

Me sorprendió la silenciosa diligencia con que nos hicieron sitio en medio de la fila; y mientras el señor Seurel, retrasando por unos segundos la entrada en clase, inspeccionaba al gran Meaulnes, yo asomé curiosamente la cabeza, mirando a derecha e izquierda para verles las caras a nuestros enemigos de la víspera.

El primero que distinguí, fué aquel en quien no había dejado de pensar ni un momento, pero a quien menos podía esperar encontrarme en semejante sitio. Estaba

en el lugar habitual de Meaulnes, el primero de todos, con un pie en el peldaño de piedra. Descansaba un hombro y la punta de la cartera que llevaba a la espalda en el dintel de la puerta. Su rostro fino, palidísimo, ligeramente pecoso, aparecía inclinado y vuelto hacia nosotros con una especie de curiosidad hilarante y despectiva. Llevaba la cabeza y todo un lado de cara vendados con un trapo blanco. Yo reconocí en él al jefe de la banda, al joven titiritero que nos había robado la noche anterior.

Pero ya entrábamos en clase y cada cual se sentaba en su sitio. El nuevo alumno se situó junto a la columna, a la izquierda del largo banco en que Meaulnes ocupaba el primer lugar de la derecha. Giraudat, Delouche y los otros tres del primer banco se habían apretado unos contra otros para dejarle espacio, como si se lo hubieran dicho de antemano. . .

A menudo, en invierno, nos caían aves de paso como ésa: marineros aprisionados por los hielos en el canal, aprendices, viajeros bloqueados por la nieve. Permanecían en la escuela dos días, un mes, raramente más tiempo. . . Objeto de curiosidad cuando nos los encontrábamos, en seguida dejábamos de hacerles caso y no tardaban en confundirse con la masa de alumnos ordinarios.

Pero a ése no íbamos a olvidarlo así no más. Todavía me acuerdo de aquella singular persona y de los extraños tesoros que traía en la cartera, colgada a su espalda. Primero fueron las lapiceras "con vistas", que sacó para escribir su dictado. Por un agujerito del mango, cerrando un ojo, se veía aparecer, turbia y con aumento, la basílica de Lourdes o algún monumento desconocido.

Se quedó él con uno y los demás pasaron en seguida de mano en mano. Luego fué una cajita china para guardar plumas, llena de compases y de divertidos instrumentos que fueron a parar al banco de la izquierda, deslizándose silenciosa y disimuladamente, de unos a otros, bajo los cuadernos, para que el señor Seurel no se diera cuenta de nada.

También circularon unos libros nuevos, cuyos títulos había leído yo, anhelosamente, en la cubierta posterior de los escasos volúmenes de nuestra biblioteca: *La toma de los mirlos*, *La roca de las gaviotas*, *Mi amigo Benoist*. . . Hojeaban unos, con una mano, sobre las rodillas, esos libros cuya procedencia ignorábamos. Podían ser robados acaso. Con la otra mano, iban escribiendo su dictado. Los había que hacían girar los compases en el fondo de sus pupitres. Y otros, bruscamente, mientras el señor Seurel seguía dictando, paseándose entre la mesa y la ventana, cerraban un ojo y pegaban el otro a la vista glauca y acribillada de Nuestra Señora de París. En tanto que el alumno forastero, con la pluma en la mano, con su fino perfil adosado a la columna gris, guiñaba los ojos, satisfecho de todo aquel juego furtivo que se armaba a su alrededor.

Poco a poco, sin embargo, la clase entera se fué poniendo inquieta: los objetos, después de circular, llegaban, uno tras otro, a las manos del gran Meaulnes, quien, al descuido, y sin mirarlos, los dejaba a su lado. Pronto formaron un montón, matemático y policromo, cual aquellos que en las composiciones alegóricas se ponen a los pies de la mujer que simboliza la Ciencia. Fatalmente, el señor Seurel descubriría esa insólita parada

y se daría cuenta de la maniobra. Además, debía de estar proyectando abrir una información sobre los acontecimientos de la pasada noche. La presencia del titiritero le facilitaría la tarea. . .

No tardó, en efecto, en pararse, sorprendido, delante del gran Meaulnes.

—¿De quién es todo esto?—preguntó, designando “todo esto” con el lomo de un libro que llevaba en la mano, cerrado sobre su índice.

—No lo sé —contestó Meaulnes, desabrido, sin levantar la cabeza.

Pero el alumno desconocido intervino:

—Es mío —dijo.

Y añadió en seguida con un gesto amplio y elegante de joven señor, que desarmó al anciano maestro:

—Pero lo pongo a la disposición de usted, si desea usted verlo.

Entonces, en unos segundos, sin ruido, como para no turbar el nuevo estado de cosas que acababa de producirse, la clase entera se deslizó curiosamente en derredor del maestro, que inclinaba sobre aquel tesoro su cabeza medio calva, medio rizada, y en torno del pálido personaje que iba dando, con apacible aire de triunfo, las explicaciones necesarias. Entre tanto, en su banco, silencioso y abandonado de todos, el gran Meaulnes abría su cuaderno borrador y frunciendo el entrecejo se enfrascaba en un problema difícil.

En esas ocupaciones estábamos cuando nos sorprendió el “cuarto de hora”. El dictado no había concluido aún y el desorden reinaba en clase. . . A decir verdad, el recreo había empezado al empezar la mañana.

A las diez y media, pues, cuando el sombrío y enlodado patio volvió a llenarse de alumnos, se vió en seguida que había otro amo en los juegos. De todas las diversiones nuevas que el titiritero introdujo en la escuela a partir de aquella mañana, sólo me acuerdo de la más cruel: una especie de torneo en que los caballos eran los muchachos mayores, quienes cargaban con los más chicos, encaramados a sus hombros.

Divididos en dos grupos que arrancaban de los dos extremos del patio, caían unos sobre otros, procurando cada cual derribar al adversario por la violencia del choque, y los jinetes, sirviéndose de sus bufandas como si fueran lazos y de sus brazos estirados convertidos en lanzas, esforzábanse en desarzonar a sus rivales. Algunos, cuando les esquivaban la embestida, perdían el equilibrio, rodando jinete y cabalgadura por el barrizal. Hubo colegiales medio desarzonados a quienes el caballo agarraba de nuevo por las piernas y que, en el encarnizamiento de la lucha, volvían a trepar hasta sus hombros. Montado sobre el gran Delage, de miembros desmesurados, pelo rojo y despegadas orejas, el fino jinete de la cabeza vendada excitaba a los dos bandos rivales y dirigía malignamente su cabalgadura, riéndose a carcajadas.

Agustín, de pie en el umbral del aula, veía con malhumor, en un principio, cómo se organizaban esos juegos. Y yo permanecía a su lado, indeciso.

—¡Qué listo es!—dijo entre dientes, con las manos en los bolsillos—. Venir aquí esta mañana misma, era el único medio de no infundir sospechas. ¡Y el señor Seurel ha caído en la trampa!

Estuvo un largo rato, con la rapada cabeza al viento, maldiciendo de aquel comiquillo, por quien iban a molerse a porrazos los mismos a quienes él había capitaneado el día antes. Y yo, como era un niño pacífico, no podía menos de aprobarlo.

Por todas partes, en todos los rincones, en ausencia del maestro, continuaba la lucha: los más chicos habían acabado por subirse unos encima de otros; corrían, daban la voltereta, incluso antes de recibir el choque del adversario. . . Pronto no quedó en pie, en mitad del patio, sino un grupo encarnizado y remolinante del que surgía, a ratos, la venda blanca del nuevo caudillo.

Entonces, el gran Meaulnes ya no pudo contenerse. Agachó la cabeza, se puso en jarras y me gritó:

—¡Vamos allá, Francisco!

Aunque sorprendido por tan repentina decisión, salté sin vacilar a sus hombros y en un segundo estábamos en medio de la pelea, mientras la mayoría de los combatientes, aterrados, escapaban gritando:

—¡Que viene Meaulnes! ¡Que viene el gran Meaulnes!

En medio de los que se quedaron, Agustín se puso a girar sobre sí mismo, diciéndome:

—Estira los brazos: agárrales, como yo hice anoche.

Y yo, embriagado por la lucha, seguro del triunfo, así, al pasar, a los chiquillos, que forcejeaban, y después de tambalearse un momento sobre los hombros de los mayores acababan rodando por el fango. En un santiamén, sólo quedó en pie el recién llegado, caballero de Delage; pero éste, que tenía bien pocas ganas de habérselas con Agustín, se incorporó con un salto de carnero e hizo apearse a su blanco jinete.

Con la mano en el hombro de su cabalgadura, como un capitán que le aguanta el bocado a su caballo, el muchacho, de pie en tierra, miró al gran Meaulnes con cierta emoción, mezclada con una admiración inmensa y le dijo:

—¡Mi enhorabuena!

Pero en seguida sonó la campana, dispersando a los alumnos que hacían corro a nuestro alrededor, prometiéndose una escena curiosa. Y Meaulnes, con el despecho de no haber podido derribar a su enemigo, le tornó las espaldas diciendo, malhumorado:

—¡Otra vez será!

La clase continuó hasta mediodía, salpicada, porque estábamos en vísperas de vacaciones, de intermedios divertidos y de conversaciones acerca de nuestro cómico de la legua.

Contaba éste cómo, clavados en la plaza por el frío, sin pasarles siquiera por las mentes organizar unas representaciones nocturnas a las que nadie iría, habían decidido que él asistiera a clase para pasar el rato, en tanto que su compañero se cuidaba de los pájaros de las Islas y de la cabrita sabia. Relataba luego sus viajes por la comarca, cuando descarga el aguacero sobre el pobre techo de zinc del furgón y hay que bajar en las cuestas para empujar la rueda. Los alumnos del fondo dejaban la mesa para llegarse a escuchar más cerca. Los menos sentimentales aprovechaban la ocasión para calentarse en torno de la estufa. Pero la curiosidad no tardaba en apoderarse también de ellos y se acercaban al grupo de los parlanchines, aplicando el oído, aunque sin quitar la mano de la tapera de la estufa para no perder el sitio.

—¿Y de qué vivís?—aventuró el señor Seurel, que lo seguía todo con su curiosidad un poco pueril de maestro de escuela y siempre hacía muchas preguntas.

Vaciló un momento el muchacho, como si aquel detalle nunca le hubiera preocupado.

—Pues de lo que hemos ganado en otoño, me parece. Ganache es el que lleva las cuentas —dijo.

Nadie le preguntó quién era Ganache. Pero yo pensaba en aquel muchacho grandote que, traídoramente, la noche anterior, atacó a Meaulnes por la espalda y lo echó al suelo. . .

CAPITULO IV

QUE TRATA DE LA MANSION MISTERIOSA

La tarde nos trajo las mismas satisfacciones y, a lo largo de la clase, el mismo desorden y el mismo engaño. El titiritero había comparecido con otros objetos preciosos, caracoles, juegos, canciones e incluso un pequeño mono que arañaba sordamente el interior de su zurrón. . . A cada momento el señor Seurel tenía que interrumpir la clase para contemplar lo que el travieso muchacho acababa de sacar de la bolsa. . . Dieron las cuatro y Meaulnes era el único que había terminado sus problemas.

Nadie se dió prisa a la salida. Ya no existía, al parecer, entre las horas de clase y las de recreo aquella dura línea divisoria que simplificaba y ordenaba la vida escolar como la sucesión del día y de la noche. Hasta nos olvidamos de indicar al señor Seurel, como solíamos, a eso de las cuatro menos diez, los nombres de los dos alumnos que se quedarían a barrer el aula. Y eso que nunca dejábamos de hacerlo, porque era un modo de anunciar y apresurar la salida de clase.

Quiso la suerte que aquel día le tocase barrer al gran Meaulnes; y ya por la mañana, hablando con el titiritero, yo le había advertido que a los nuevos alumnos les correspondía, de oficio, el día de su llegada, hacer de segundos en la limpieza.

Meaulnes volvió a la clase después de ir por el pan de su merienda. En cuanto al titiritero, se hizo esperar un buen rato y llegó el último, corriendo, cuando empezaba a anochecer. . .

—Quédate en el aula —me había dicho mi compañero—, y mientras yo lo sujeto, tú le vuelves a quitar el plano que me robó.

Yo estaba, pues, sentado en una mesita, junto a la ventana, leyendo a la postrera claridad del día, y los veía a ambos, apartando en silencio los bancos de la escuela —el gran Meaulnes, taciturno y adusto, con la blusa negra abrochada a la espalda con tres botones, y ajustada la cintura; el otro, delicado, nervioso, con la cabeza vendada como un herido. Vestía un abrigo precario, con desgarrones, que yo no había reparado durante el día. Lleno de un ardor casi salvaje, levantaba y empujaba las mesas con una precipitación loca, sonriéndose un poco. Dijérase que estaba desplegando un juego extraordinario cuyo secreto desconocíamos.

Así llegaron al rincón más oscuro de la sala, para cambiar de sitio la última mesa.

Allí, en un santiamén, Meaulnes podía derribar a su adversario, sin probabilidades de que nadie pudiera verles u oírles, desde fuera, por las ventanas. No se me ocurría cómo Meaulnes dejara escapar semejante ocasión. El otro, que había vuelto junto a la puerta, so pretexto de que

la tarea estaba lista, se escaparía de un momento a otro y no lo veríamos más. Tendríamos que decir adiós al plano y demás indicaciones que Meaulnes se había procurado, y cuyo sentido había llegado a descifrar, después de tan largos esfuerzos. . .

A cada segundo, esperaba de mi camarada una señal, un movimiento anunciador del comienzo de la batalla, pero el muchacho seguía imperturbable. Sólo de cuando en cuando miraba con extraña fijeza, con un aire de pregunta, la venda del titiritero que en la penumbra del anochecer parecía llena de negros manchones.

Apartaron la última mesa, y nada.

Pero en el momento en que volviendo los dos al otro extremo de la clase se disponían a dar la última escobada al umbral, Meaulnes, bajando la frente y sin mirar a nuestro enemigo le dijo:

—Lleva usted la venda manchada de sangre y desgarrado el traje.

El otro le miró un instante, no porque le sorprendiera lo que Meaulnes acababa de decirle, pero profundamente conmovido de oírsele decir.

—Hace un rato —contestó— en la plaza, han querido arrebatarme su plano. Cuando se han enterado de que quería volver para barrer el aula, se han dado cuenta de que iba a hacer las paces con usted, y se me han sublevado. Mas, a pesar de todo, he podido salvarlo —añadió con orgullo, tendiendo a Meaulnes el precioso papel doblado.

Meaulnes se volvió lentamente hacia mí:

—¿Estás oyendo?—dijo—. ¡Acaba de pelearse y hacerse herir por causa nuestra, mientras nosotros le tendíamos un lazo!

Después, dejando de usar aquel "usted" insólito entre los alumnos de la escuela, le dijo:

—Eres un compañero de verdad.

Y le alargó la mano.

El cómico se la tomó y se quedó sin palabra por espacio de un segundo, turbadísimo, cortada la voz. . . Pero no tardó en proseguir, con ardiente curiosidad:

—¿De modo que me tendían un lazo? ¡Esto sí que me gusta! Ya me lo figuraba y pensaba entre mí: lo que van a asombrarse cuando al recobrar el plano vean que lo he completado. . .

—¿Completado?

—¡Oh, aguarden! ¡No del todo!

Abandonando ese tono jovial, añadió, lenta y gravemente, acercándonos:

—Meaulnes, ya es hora de que se lo confiese: también yo estuve donde usted. Asistí a aquella fiesta extraordinaria. Ya pensé, cuando los chicos de la escuela me hablaron de su aventura misteriosa, que se trataba de la vieja mansión perdida. Para asegurarme, le robé a usted el mapa. . . Pero a mí me ocurre lo que a usted: ignoro el nombre de aquel castillo; no sabría cómo volver a él; no conozco bien el camino que lleva de Santa Águeda hasta allí.

¡Con qué entusiasmo, con qué intensa curiosidad, con qué amistad nos apretamos contra él! Meaulnes, ávidamente, le iba haciendo preguntas. . . Nos parecía a nosotros que si insistíamos ardientemente cerca de nuestro nuevo amigo, le haríamos decir hasta lo que pretendía ignorar.

—Ya lo verán, ya lo verán—respondía el muchachuelo

con cierto fastidio y turbación—; he puesto en el plano algunas indicaciones que faltaban. . . Es cuanto podía hacer.

Luego, viéndonos llenos de admiración y entusiasmo, nos dijo con tristeza y orgullo:

—Oh, prefiero advertirselo: yo no soy un chico como los demás. Hace tres meses quise pegarme un tiro a la cabeza y esto les explicará por qué llevo la frente vendada, igual que un miliciano del Sena, en 1870. . .

—Y esta tarde, con la pelea, se le abrió otra vez la herida —dijo Meaulnes amistosamente.

Pero el otro, sin hacerle caso, prosiguió en un tono ligeramente enfático:

—Quería morirme. Y ya que no salí con la mía, cuanto me quede de vida será para divertirme, como un niño, como un titiritero. Todo lo abandoné. Ya no tengo padre, ni hermana, ni casa, ni amor. . . Tengo, no más, compañeros de juegos.

—Unos compañeros que ya le han traicionado —le dije.

—Sí —contestó con animación—. Tuvo la culpa un tal Delouche. Adivinó que los tres haríamos causa común. Desmoralizó a mi gente, que estaba tan bien entrenada. ¿Vieron aquel abordaje, anoche, lo bien llevado que fué y lo bien que iba? Desde mi infancia no había organizado nada tan perfecto. . .

Permaneció pensativo un instante y para quitarnos toda ilusión por lo que a él se refería, añadió:

—Sí esta tarde he procurado acercarme a ustedes es porque, esta mañana me di cuenta, se divierte uno más con ustedes que con los otros. Delouche, en especial, ¡qué

poco me gusta! ¡Valiente idea, hacerse el hombrecito a los diecisiete años! Nada me carga tanto como eso. . . ¡Les parece a ustedes que podremos echarle mano?

—Claro que sí —dijo Meaulnes—. Pero, ¿va a estar usted mucho tiempo con nosotros?

—No sé. Yo bien quisiera. Estoy terriblemente solo. No tengo más que a Ganache. . .

Toda su fiebre, toda su jovialidad, se le había caído de repente. Sumióse por un momento en aquella misma desesperación en que sin duda le asaltara un día la idea de matarse.

—Sean ustedes mis amigos —dijo de pronto—. Ya lo ven: conozco vuestro secreto y lo he defendido contra todos. Puedo volver a ponerles sobre la pista perdida. . .

Y añadió, solemnemente casi:

—Sean mis amigos para el día en que vuelva a encontrarme, como estuve una vez, a dos dedos del infierno. . . Júrenme que me contestarán cuando les llame —cuando les llame así. . . (y dió una especie de grito extraño: ¡Ju-u). ¡Usted, Meaulnes, jure usted primero!

Y nosotros juramos, pues siendo como éramos unos niños, todo lo que parecía más serio y solemne que la realidad nos seducía.

—A cambio de eso —dijo— he aquí lo único que puedo decirles ahora: yo les indicaré la casa de París donde la muchacha del castillo pasaba de ordinario las fiestas: la Pascua de Resurrección, la de Pentecostés, el mes de junio y a veces parte del invierno.

En aquel instante, una voz desconocida llamó desde el pórtico, repetidamente, en la noche. Adivinamos que era Ganache, el titiritero que no se atrevía a cruzar el

patio o no sabía cómo hacerlo. En tono apremiante y ansioso, llamaba, ora muy alto, ora casi en voz queda:

—Ju-u, ju-u. . .

—¡Diga! ¡Diga pronto!—le gritó Meaulnes al joven titiritero, que, todo estremecido, se arreglaba la ropa para partir.

El muchacho nos dió, rápidamente, una dirección de París, que nosotros repetimos a media voz. Después corrió, en la sombra, hasta la cancela, para reunirse con su compañero, dejándonos en un estado de indecible postración.

CAPITULO V

EL HOMBRE DE LAS ALPARGATAS

Serían las tres de la madrugada de aquella misma noche cuando la viuda Delouche, la posadera, que vivía en mitad del pueblo, se levantó para encender el fuego. Dumas, su cuñado, a quien tenía en casa, había de ponerse en camino a las cuatro y la triste mujer, con la diestra retorcida por una antigua quemadura, se daba prisa preparando el café en la oscura cocina. Hacía frío. Echóse encima de la bata una vieja pañoleta y luego con la vela encendida en una mano y protegiendo la llama con la otra —la de la herida— que levantaba la punta del delantal, cruzó el patio sembrado de botellas vacías y de cajas de jabón y abrió, para coger unas astillas, la puerta de la carbonera que servía de choza a las gallinas. . . Pero acababa apenas de abrir la puerta cuando un individuo, surgiendo de las tinieblas, con un golpe de gorra tan violento que hizo zumbear el aire, apagó la vela, derribó al mismo tiempo a la buena mujer y huyó a todo correr, mientras gallos y gallinas armaban, alocados, un alboroto infernal.

El hombre se llevaba en una bolsa —la viuda Delouche pudo advertirlo un instante después, al levantarse— una docena de sus mejores pollos.

Dumas acudió a los gritos de la cuñada. Constató que el granuja, para entrar, debió abrir con una ganzúa la puerta del pequeño patio y que había escapado por el mismo camino, dejándola abierta. En seguida, con su experiencia en materia de cazadores furtivos y de vagabundos, encendió el farol de su coche, lo cogió con una mano y llevando en la otra su escopeta cargada esforzóse en seguir el rastro del ladrón, rastro muy impreciso —el individuo debía calzar alpargatas— que le condujo a la carretera de La Gare, para perderse luego frente a la valla de un prado. Obligado a terminar allí su pesquisa, levantó la cabeza, se detuvo. . . y oyó a lo lejos, por la misma carretera, el ruido de un coche lanzado al galope, que huía. . .

Jazmín Delouche, el hijo de la viuda, también se había levantado y echándose a toda prisa un capuchón sobre los hombros, había salido en zapatillas a dar un vistazo por el pueblo. Todo dormía, todo estaba sumido en la oscuridad y en el profundo silencio que preceden los primeros destellos del alba. Al llegar a los Cuatro Caminos oyó no más —como su tío— muy lejos, por el monte de los Riaudes, el ruido de un coche cuyo caballo debía galopar con los cuatro cascos en el aire. Malicioso y fanfarrón como él solo, díjose entonces, y nos lo repitió más tarde con aquel insoportable carraspeo de las gentes de las afueras de Montluçon:

—Estos se nos han marchado hacia La Gare, pero ¿quién me dice que no habrá quien se lleve su zurra, al otro lado del pueblo?

Y de regreso tomó la dirección de la iglesia, en medio del mismo silencio nocturno.

En la plaza, en el furgón de los titiriteros, brillaba una luz. Un enfermo, sin duda. Iba a acercarse, para preguntar lo que había ocurrido, cuando una sombra silenciosa, una sombra que calzaba alpargatas, desembocó por las Esquinillas y llegó corriendo y sin ver nada, hacia el estribo del coche. . .

Jazmín que había reconocido la andadura de Gana-che, metióse de pronto en la zona de luz y preguntó a media voz:

—Bueno, ¿qué es lo que pasa?

Huraño, desgreñado, sin dientes, detúvose el otro, y mirándole con una triste mueca de espanto y de sofocación, le contestó con entrecortado aliento:

—El compañero, que está enfermo. . . Ayer por la tarde se peleó con unos y ha vuelto a abrirsele la herida. . . Acabo de ir por una Hermana.

En efecto, cuando Jazmín Delouche, intrigadísimo, volvía a casa para meterse en cama otra vez, cruzóse, a mitad del pueblo, con una monja que apretaba el paso.

Por la mañana, varios habitantes de Santa Águeda aparecieron al umbral de sus puertas, con unas ojeras y unos párpados hinchados que atestiguaban una noche de vela. Todos lanzaron un grito de indignación, que se propagó por el pueblo como reguero de pólvora.

En casa de los Giraudat, alrededor de las dos de la madrugada, habían oído pararse un carricoche, al que iban cargando precipitadamente unos bultos que caían con blando rumor. Sólo había dos mujeres en la casa,

las que no se atrevieron a moverse siquiera. Al rayar el alba y abrir el corral, se dieron cuenta de que los bultos en cuestión eran aves y conejos. . . Millie, durante el primer recreo, halló frente a la puerta del lavadero unos fósforos medio consumidos. De lo que dedujimos que estarían mal informados acerca de nuestra casa y por eso no pudieron entrar. . . Los Perreux, los Boujardon y los Clément, creyeron al principio que también les habían robado los cerdos, pero los encontraron en el transcurso de la mañana, arrancando hortalizas, desperdigados por los huertos. La piara entera había aprovechado la ocasión y la puerta abierta para darse un paseíto nocturno. . . Casi en todas partes habían robado las aves de corral; pero los ladrones no se habían conformado con eso. La señora Pignot, la panadera, que no criaba nada, estuvo explicando todo el día a los que la querían escuchar, que a ella le habían robado la pala y media libra de añil. Pero el hecho es que ni llegó a probarse, ni se hizo constar siquiera en el sumario. . .

El trastorno, el temor y las habladurías duraron toda la mañana. En clase, Jazmín contó su aventura de la noche:

—¡Ah, son muy listos!—decía—. Pero si mi tío hubiera dado con uno, ya lo ha dicho: ¡lo fusilaba como un conejo!

Y añadía, mirándonos:

—Fué una suerte que no se topara con Ganache, pues habría sido capaz de tirar contra él. Todos son de la misma ralea, como dice mi tío. También Dessaigue lo decía.

Nadie, sin embargo, pensaba molestar a nuestros nuevos amigos. Fué sólo por la tarde del día siguiente

cuando Jazmín hizo notar a su tío que Ganache, lo mismo que el ladrón, calzaba alpargatas. Ambos estuvieron de acuerdo en que valía la pena de contarles la cosa a los gendarmes. Decidieron, pues, en el mayor secreto, que en cuanto pudieran marcharían a la capital del partido para avisar al jefe de la gendarmería.

Durante los días que siguieron, el joven titiritero, enfermo a causa de la herida que se le había vuelto a abrir, no apareció por parte alguna.

Por la tarde, rondábamos por la plaza de la iglesia, sólo para ver su lámpara, tras los visillos encarnados del coche. Llenos de angustia y de fiebre permanecíamos allí, sin osar acercarnos a la humilde casucha, que se nos antojaba el paso misterioso y la antecámara del país cuyo camino habíamos perdido.

CAPITULO VI

UNA DISPUTA ENTRE BASTIDORES

Tantas angustias y trastornos de todo género, durante los anteriores días, hicieron que no nos diéramos cuenta de que marzo había llegado y de que aflojaba el viento. Pero a los tres días de aquella aventura, al bajar, por la mañana, al patio, comprendí bruscamente que estábamos en primavera. Una brisa deliciosa como un agua tibia se deslizaba por encima de la tapia; una lluvia silenciosa había mojado por la noche las hojas de las peonías; sentíase, en el jardín, un fuerte olor a tierra removida y en el árbol, junto a la ventana, un pájaro trataba de aprender las notas. . .

Meaulnes, en el primer recreo, habló de probar en seguida el itinerario determinado por el colegial-titiritero. A duras penas logré convencerle de que era menester esperar. Esperaríamos a volver a ver a nuestro amigo, a que el tiempo fuese francamente bueno. . . y floridos todos los ciruelos de Santa Águeda. Adosados a la tapia de la callejuela, con las manos en los bolsillos y la cabeza

descubierta, íbamos hablando y tan pronto el viento nos hacía estremecer de frío como, con tibias bocanadas, despertaba en nosotros no sé qué viejo y hondo entusiasmo. ¡Ah, hermano, compañero, viajero, cuán persuadidos estábamos los dos de que la felicidad andaba cerca y que con sólo echar a andar la alcanzaríamos! . . .

A las doce y media, mientras comíamos, oímos un redoble de tambor en la plaza de los Cuatro Caminos. En un abrir y cerrar de ojos, nos plantamos en el umbral de la cancela, con la servilleta en la mano. . . Era Ganche, que “en vista del buen tiempo”, anunciaba para las ocho una gran representación en la plaza de la Iglesia. A todo evento, “para precaverse de la lluvia”, tenderían una carpa. Seguía un largo programa de atracciones que se perdió en el viento, pero pudimos distinguir vagamente “pantomimas. . . canciones. . . fantasías ecuestres”, y cortaban simétricamente la perorata nuevos redobles de tambor.

Durante la cena, el bombo, para anunciar la función, retumbó bajo nuestras ventanas. Temblaron los cristales. Al cabo de un rato pasó, con un murmullo de conversaciones, la gente de los caseríos, por grupitos, encaminándose a la plaza de la Iglesia. ¡Y nosotros allí, los dos, sin poder irnos de la mesa, pateando de impaciencia!

A eso de las nueve, por fin, oímos ruido de pisadas y un rumor apagado de risas, en la cancela. Eran las maestras, que venían a buscarnos. Partimos en tropel, en medio de las tinieblas, hacia el lugar de la representación. De lejos, veíamos la pared de la iglesia, iluminada como por una gran lumbre. Dos quinqués ardían

frente a la puerta de la barraca, y sus llamas ondulaban al viento. . .

Dentro, habían combinado unas gradas, como en el circo. El señor Seurel, las maestras, Meaulnes y yo nos instalamos en los bancos de más abajo. Aquel lugar, que sería exiguo, lo estoy viendo ahora como si fuera un circo de verdad, con grandes zonas de sombra donde tomaban asiento la señora Pignot, la panadera, y Fernanda, la tendera, las muchachas del pueblo, los peones de las herrerías, chiquillos, labriegos y más gente aún.

Andaba la representación bastante adelantada cuando nosotros llegamos. Veíase en la pista una cabrita sabia que, con suma docilidad, ponía los pies sobre cuatro vasos, luego sobre dos, sobre uno después. Ganache la dirigía dulcemente, dándole golpecillos con una varita, mirando hacia nosotros con aire inquieto, abierta la boca, muertos los ojos.

Sentados en un taburete, junto a otros dos quinqués, en el sitio en que la pista comunicaba con el furgón, reconocimos, vistiendo fina malla negra, vendada la frente, al director de esa representación, nuestro amigo.

Acabábamos apenas de sentarnos, cuando saltó a la pista un poney enjaezado a quien el herido personaje hizo dar unas vueltas, y detener siempre delante de uno de nosotros cada vez que se trataba de señalar a la persona más amable o más bondadosa de la concurrencia. Pero indefectiblemente lo hacía frente a la señora Pignot cuando procedía descubrir a la más mentirosa, o avara, o "enamorada". . . Y en torno a ella se desataban las risas, los gritos y los graznidos, como cuando un podenco persigue una bandada de gansos. . .

Durante el entreacto, el director vino a charlar un rato con el señor Seurel, que no habría estado más orgulloso de hacerlo con Talma o Leotard; y nosotros escuchábamos con apasionado interés cuanto él decía: acerca de su herida, que ya se le había vuelto a cerrar; o de aquel espectáculo, preparado durante las largas jornadas de invierno; o sobre su partida, que no tendría lugar antes de fin de mes, pues proyectaban ir dando, hasta aquella fecha, nuevas y variadas funciones.

El espectáculo había de finalizar con una gran pantomima.

Cuando ya estaba terminado el entreacto, nuestro amigo se fué y para volver a la entrada del furgón tuvo que atravesar un grupo que había invadido la pista, en medio del cual vimos aparecer de pronto a Jazmín Delouche. Las mujeres y las chicas se apartaron. Aquel traje negro, aquel aire dolorido, extraño y bondadoso, las había seducido. En cuanto a Jazmín, que en aquellos momentos parecía regresar de un viaje, y que conversaba en voz baja, pero animadamente, con la señora Pignot, saltaba a la vista que se habría dejado conquistar más fácilmente por una corbata de cordón, un cuello bajo y unos pantalones acampanados. . . Permanecía con los pulgares metidos en las solapas, en una actitud a la vez muy fatua y muy cohibida. Al pasar el titiritero, y en un arranque de despecho, Jazmín le dijo a la señora Pignot, en voz alta, algo que yo no pude oír, pero que sería ciertamente un insulto, una frase provocativa dirigida a nuestro amigo. Sería una grave e inesperada amenaza, porque el joven no pudo menos de volverse y mirar al otro, el cual, para di-

simular, reía burlonamente y daba con el codo a los que estaban a su lado, como incitándoles a que le secundasen. Yo fui, sin duda, el único de mi banco que se dió cuenta de lo ocurrido.

El director de pista se juntó con su compañero detrás de la cortina que disimulaba la entrada del furgón. Cada espectador volvió a tomar su sitio en las gradas, creyendo que la segunda parte de la función comenzaría en seguida. Hízose un gran silencio. Entonces, tras la cortina, mientras se desvanecían las últimas conversaciones en voz baja, brotó el rumor de una disputa. No oíamos lo que hablaban, pero reconocimos las dos voces, la del muchachote y la del joven: la primera explicando, justificándose; la otra, riñéndole, con indignación y tristeza a la vez:

—Pero, desdichado —decía la segunda voz—, ¿por qué no habérmelo dicho?

Y no distinguíamos lo que seguía, por mucho que aplicásemos el oído. Después todo calló de repente. El altercado prosiguió en voz baja; y los chiquillos de las gradas superiores empezaron a gritar:

—¡Las candilejas! ¡El telón!—y a golpear el suelo con los pies.

CAPITULO VII

EL TITIRITERO SE QUITA LA VENDA

Deslizóse, por último, lentamente, entre las cortinas, el rostro —surcado de arrugas y cubierto de obleas, dilatado tan pronto por la alegría como por la angustia— de un largo pierrot vestido con tres prendas que no pegaban, retorciéndose cual si le asaltaran unos dolores de vientre. Andaba de puntillas, como por un exceso de temor y prudencia y se le trababan las manos en unas mangas demasiado largas que barrían la pista.

Yo no podría ya reconstruir hoy el argumento de su pantomima. Sólo recuerdo que apenas llegó al circo, se cayó, no sin haber intentado, vana y desesperadamente, aguantarse en pie. Por más que se levantase, la cosa era más fuerte que él, y volvía a caer. Caía sin cesar. Se aprisionaba entre cuatro sillas. Arrastraba en su caída una mesa enorme que habían traído a la pista. Acabó cayendo por encima de la valla, a los pies de los espectadores. Dos ayudantes reclutados a duras penas entre el público, tiraban de él por las piernas y tras

inconcebibles esfuerzos conseguían volverlo a poner en pie. Y cada vez que caía, daba un gritito, distinto cada vez, un gritito insoportable en el que entraban por partes iguales la angustia y el placer. En el momento del desenlace, encaramado en una montaña de sillas, dió una caída inmensa, lentísima, y su chillido de triunfo, estridente y mísero, duraba lo que su caída y lo coreaban los gritos de espanto de las mujeres.

Durante la segunda parte de la pantomima, estoy volviendo a ver, sin que acierte a recordar el motivo, al "pobre pierrot de las caídas" sacando de una de sus mangas una muñequita rellena de afrecho con la que representaba toda una escena trágica. En resumidas cuentas acababa haciéndole salir por la boca todo el afrecho que le llenaba la barriga. Después, con unos grititos lamentables, la atiborraba de golpes y en el momento de la máxima atención, cuando todos los espectadores, boquiabiertos, tenían clavados los ojos en la pegajosa y despanzurrada hija del pobre pierrot, éste la cogió de repente por un brazo y la arrojó, con toda su fuerza, a través de los espectadores, a la cara de Jazmín Delouche, una de cuyas orejas se limitó a rozar, para ir a aplastarse luego contra el pecho de la señora Pignot, debajo mismo de su barbilla. Dió la panadera tal grito, cayó de espaldas con tanto ímpetu y todas sus vecinas la imitaron tan bien, que el banco se rompió y la panadera, con Fernanda, y la pobre viuda Delouche y otras veinte más se hundieron, piernas al aire, entre risas, gritos y aplausos, en tanto que el gran *clown*, de brucees en el suelo, se incorporaba para saludar y decir:

—Tenemos el honor, señoras y caballeros, de darles a ustedes las más expresivas gracias.

Pero en aquel preciso momento y en medio del más fantástico barullo, el gran Meaulnes, que había permanecido silencioso desde el principio de la pantomima y que parecía cada vez más absorto, se levantó bruscamente, me cogió del brazo, como si no pudiera contenerse, y me gritó:

—¡Mira el titiritero! ¡Míralo! ¡Al fin lo he reconocido!

No tuve que mirar: ya antes lo había adivinado, cual si desde hacía mucho tiempo, inconscientemente, aquella idea hubiese germinado en mi interior, esperando no más el momento de abrirse. En pie, junto a un quinqué, a la entrada del furgón, el joven personaje desconocido se había quitado la venda, echándose una esclavina a los hombros. Veíase, dentro de la humosa claridad, como otrora a la luz de la bujía, en su aposento del castillo, un rostro aguileño y finísimo, sin bigote. Pálido, entreabierta la boca, hojeaba rápidamente una especie de álbum, pequeño y rojo, que debía de ser un atlas de bolsillo. Con la añadidura de una cicatriz que le cruzaba la sien y desaparecía bajo el pelo, yo tenía frente a mis ojos, tal como me lo describiera minuciosamente el gran Meaulnes, al novio de la mansión desconocida.

Es evidente que si se había quitado la venda era para que nosotros lo reconociéramos. Pero apenas el gran Meaulnes hizo aquel movimiento y dió aquel grito, el muchacho se metió de nuevo en el furgón, después de dirigirnos una mirada de inteligencia y de sonreírnos, como solía hacerlo, con una vaga tristeza.

—¡Y el otro! —decía Meaulnes febrilmente—. ¿Cómo no lo reconocí en seguida? Es el que hacía de pierrot en la fiesta. . .

Y bajó las gradas para encaminarse hacia él. Pero Ganache ya había cortado todas las comunicaciones con la pista; uno a uno, apagaba los cuatro quinqués del circo y nosotros nos veíamos obligados a seguir a la muchedumbre que se retiraba con una extrema lentitud, canalizada por los bancos paralelos, en la oscuridad donde pataleábamos de impaciencia.

Cuando, al fin, se halló en el exterior, precipitóse el gran Meaulnes hacia el furgón, subió al estribo, llamó a la puerta, pero todo estaba cerrado ya. Sin duda, lo mismo en el coche de los visillos, que en el del poney, la cabra y los pájaros sabios, todo el mundo se había acostado y empezaba ya a dormirse.

CAPITULO VIII

¡LOS GENDARMES!

Fué menester que nos juntáramos con el grupo de damas y caballeros que regresaban hacia el Curso Superior, por las calles a oscuras. Ahora lo entendíamos todo. Aquella alta silueta blanca que Meaulnes vió correr entre los árboles, la última noche de la fiesta, era Ganache, que recogía al novio desesperado y huía con él. El otro había aceptado esa existencia salvaje, llena de riesgos, juegos y aventuras. Le había parecido que iba a revivir su infancia. . .

Frantz de Galais nos había ocultado hasta entonces su nombre y había fingido ignorar el camino del castillo, por miedo sin duda a que le obligaran a volver con sus padres; pero, ¿por qué esta noche, de repente, había querido dársenos a conocer y dejarnos vislumbrar, entera, la verdad?. . .

¡Qué de proyectos hizo el gran Meaulnes, mientras la muchedumbre de los espectadores se esparcía lentamente a través del pueblo! Decidió que, sin falta, el día si-

guiente por la mañana, un jueves, iría a encontrar a Frantz, para partir con él hacia aquella mansión. ¡Qué viaje por el camino mojado! Frantz se lo contaría todo; todo se arreglaría y la maravillosa aventura iba a continuar en el mismo punto en que se interrumpiera. . .

En cuanto a mí, caminaba en la oscuridad con el corazón rebosante de una alegría indefinible. Todo, concertándose, contribuía a mi dicha: el relativo placer que la espera del jueves me proporcionaba, el trascendental descubrimiento que acabábamos de hacer, la grandísima suerte que habíamos tenido. Y recuerdo que, en la repentina generosidad de mi corazón, me acerqué a la más fea de las hijas del notario, a la que, para mi tormento, más de una vez me habían obligado a ofrecerle el brazo, y le di la mano, con la mayor espontaneidad.

¡Amargos recuerdos! ¡Vanas esperanzas desmoronadas!

Cuando, al día siguiente, al dar las ocho, desembocamos los dos en la plaza de la Iglesia, con los zapatos tan lustrosos, la chapa del cinturón tan brillante y la gorra nueva, Meaulnes, que hasta aquel momento se había estado aguantando la sonrisa al mirarme, dió un grito y se precipitó hacia la plaza vacía. . . En el emplazamiento del barracón y de los coches, sólo había un jarro roto y unos trapos. Los titiriteros se habían marchado. . .

Soplaba un vientecillo que nos pareció glacial. Diríase que a cada paso íbamos a tropezar con el duro y pedregoso suelo de la plaza, para caer. Meaulnes, fuera de sí, hizo ademán, por dos veces, de echar a correr, primero por el camino del Vieux-Nançay, después por el de Saint-Loup-des-Bois. Se puso la mano encima de los

ojos, con la esperanza, pronto desvanecida, de que nuestra gente acabase apenas de partir. Pero, ¿qué íbamos a hacer? Las huellas de diez carruajes se enmarañaban en la plaza, para borrarse después en la dura carretera. Nos quedamos, inertes, clavados en el mismo lugar.

Y mientras regresábamos a través del pueblo, donde estaba empezando la mañana del jueves, cuatro gendarmes a caballo, a quienes Delouche había avisado la tarde de la víspera, desembocaron en la plaza, al galope, y se desparramaron a través de las calles para guardar las salidas, como los dragones cuando reconocen una aldea. . . Pero era demasiado tarde. Ganache, ladrón de corrales, había huído con su compañero. Los gendarmes no hallaron a nadie, ni a él, ni a los que cargaban en los carros los capones por él estrangulados. Prevenido a tiempo por la frase imprudente de Jazmín, Frantz comprendería de súbito de qué trabajo vivían él y su compañero, cuando estaba vacía la caja del furgón; lleno de vergüenza y de furor, establecería en seguida un itinerario y decidiría poner tierra de por medio antes de que llegaran los gendarmes. Pero, ya sin el temor de que intentaran devolverle a la mansión de su padre, el muchacho, antes de desaparecer, había querido mostrársenos sin vendas.

Un solo punto quedó siempre oscuro: ¿cómo había podido Ganache, al mismo tiempo, desvalijar los corrales e ir a buscar a la Hermana para que velase la fiebre de su amigo? Pero, ¿acaso no era aquella toda la historia del pobre diablo? Ladrón y trotacamino por un lado, y por el otro buena criatura.

CAPITULO IX

EN BUSCA DEL SENDERO PERDIDO

Cuando entramos en casa, el sol disipaba la leve neblina matinal: las mujeres, al umbral de sus viviendas, sacudían las alfombras o charlaban; y por campos y bosques, a las puertas del pueblo, se iniciaba la más radiante mañana de primavera de que me haya quedado recuerdo.

Todos los alumnos mayores tenían que llegar a eso de las ocho, aquel jueves, para preparar, por la mañana, unos el Certificado de Estudios Superiores, otros el Concurso de la Escuela Normal. Al llegar nosotros, Meaulnes, con una pena y una agitación que no le dejaban estar quieto, abatidísimo yo, la escuela se encontraba vacía. . . Un frío rayo de sol se deslizaba sobre el polvo de un banco carcomido y sobre el escamoso barniz de un planisferio.

Cómo permanecer allí, frente a un libro, dando vueltas a nuestra decepción cuando todo nos llamaba fuera: los saltos de los pájaros persiguiéndose de rama en rama,

junto a las ventanas; la huída de los otros alumnos a los prados y a los bosques, y sobre todo el febril deseo de ensayar cuanto antes el itinerario incompleto comprobado por el titiritero —última moneda de nuestro bolso casi exhausto, última llave por probar. . . ¡Aquello era superior a nuestras fuerzas! Meaulnes se paseaba de largo a largo, se aproximaba a las ventanas, miraba al jardín, luego volvía y miraba al pueblo, como aguardando a alguien que ciertamente no vendría.

—Se me ocurre —dijo, por fin—, se me ocurre que quizá aquello no esté tan lejos como nos figuramos. . .

Frantz suprimió en mi plano todo un trozo del camino marcado por mí.

Esto significa, tal vez, que la yegua, mientras yo dormía, dió un largo e inútil rodeo. . .

Yo estaba cabizbajo, medio sentado en el canto de una gran mesa, con un pie a tierra y el otro bailando, en una actitud de desaliento y de pereza.

—Sin embargo —dije—, tu viaje de regreso, en la berlina, duró toda la noche.

—Habíamos salido a medianoche —contestó con viveza—. Me dejaron a las cuatro de la mañana, a más o menos seis kilómetros de Santa Águeda. En cambio, al ir, tomé por el Este, por la carretera de La Gare. Por lo tanto es preciso descontar esos seis kilómetros entre Santa Águeda y el lugar perdido.

En realidad, me parece que cuando se sale del bosque del Concejo, lo que andamos buscando no estará a más de dos leguas.

—Precisamente, esas dos leguas son las que faltan en tu mapa.

—Es cierto. Y la salida del bosque se halla a legua y media de aquí, pero con buenas piernas la cosa puede hacerse en una mañana. . .

En aquel momento llegó Moucheboeuf. Tenía una irritante tendencia a hacerse pasar por buen alumno, no trabajando mejor que los demás, sino destacándose en circunstancias como éstas.

—Ya sabía —dijo en tono de triunfo—, que sólo os encontraría a vosotros dos. Todos los demás se fueron al bosque del Concejo. Con Jazmín Delouche a la cabeza, que conoce los nidos.

Y dándoselas de santito, se puso a contarnos todo lo que habían dicho para reírse del Colegio, del señor Seurel y de nosotros, al decidir la excursión.

—Sí han ido al bosque, los veré al pasar —dijo Meaulnes—. También yo me voy. Estaré de vuelta a eso de las doce y media.

Moucheboeuf se quedó pasmado.

—¿Vienes, tú?—me preguntó Agustín, parándose un segundo en el umbral de la puerta entreabierta. Por ella entró en el cuarto gris, con una bocanada de aire soleado, una maraña de voces, y gritos, y píos, el ruido de un balde en el brocal de un pozo y el restallar de un látigo a lo lejos.

—No —contesté, y eso que la tentación era muy fuerte—. No puedo, por el señor Seurel. Pero, date prisa. Te esperaré con impaciencia.

Hizo un gesto vago y se fué, rápido el paso, lleno de esperanza.

Cuando llegó el señor Seurel, a eso de las diez, se había quitado la chaqueta de alpaca negra y vestía un

abrigo de pescador, de grandes bolsillos con botones, un sombrero de paja y unas polainas cortas y acharoladas que le sujetaban las puntas del pantalón. Pareció no quedar muy sorprendido de no encontrar a nadie. No quiso escuchar a Moucheboeuf, el cual, por tres veces, repitió lo que dijeron los muchachos:

—Si nos necesita, ¡que venga a buscarnos!

El señor Seurel ordenó:

—Daos prisa, tomad las gorras, y ahora seremos nosotros los que iremos a sacarles del nido... ¿Podrás seguir hasta allí, Francisco?

Contesté que sí y nos fuímos.

Quedó bien entendido que Moucheboeuf guiaría al señor Seurel y le serviría de reclamo... Es decir que, conocedor de las espesuras en que se habían metido los buscadores de nidos, los llamaría a grito pelado, de cuando en cuando:

—¡Ep! ¡Hola! ¡Giraudat! ¡Delouche! ¿Dónde estáis? ¿Hay nidos? ¿Habéis encontrado?

Por lo que a mí hace, fuí encargado, con gran satisfacción, de ir siguiendo la linde oriental del bosque, por si los colegiales fugitivos intentaban escapar por aquel lado.

Ahora bien, en el plano rectificado por el titiritero, que con Meaulnes tantas veces habíamos estudiado, parecía que un camino de hacienda, un camino de campo, arrancaba de ese lindero del bosque en dirección al castillo. ¡Ah, si esta mañana lo descubriese!... Empezaba a estar persuadido de que antes de mediodía habría hallado el camino de la perdida mansión solariega...

¡Qué maravilloso paseo! En cuanto hubimos pasado el Glacis y dado la vuelta al Molino, dejé a mis dos compañeros: el señor Seurel, del cual se hubiera dicho que marchaba a la guerra —hasta creo que se había metido en el bolsillo una vieja pistola—, y aquel traidor de Moucheboeuf.

Tomando por un atajo, no tardé en llegar al lindero del bosque —solo, a través del campo, la primera vez en mi vida, como una patrulla que se le ha perdido al cabo.

Heme aquí, se me figura, a la vera de esa misteriosa felicidad que Meaulnes había vislumbrado un día. Toda la mañana me pertenece, para explorar el lindero del bosque, el sitio más fresco y oculto del pueblo, mientras mi hermano mayor está también en la búsqueda. Parece este lugar el lecho antiguo de un torrente. Paso tocando las ramas bajas de unos árboles cuyo nombre desconozco, pero que deben de ser abedules. He saltado, hace un momento, un seto vivo, al final del sendero, y me he encontrado en esta gran avenida de hierba verde que corre bajo la fronda, y voy hollando a trechos las ortigas, y rompo las altas valerianas.

A veces doy unos pasos por un banco de arena fina. Y en medio del silencio se oye un pájaro —me imagino que es un ruiseñor, pero sin duda me equivoco, porque los ruiseñores sólo cantan por las tardes. Es un pájaro que repite obstinadamente la misma frase: voz de la mañana, palabra pronunciada bajo la enramada, invitación deliciosa al viaje entre los abedules. Invisible y tozudo parece acompañarme bajo la fronda.

Por primera vez, heme aquí, también yo, por el camino de la aventura. Ya no son conchas abandonadas por las aguas, lo que busco, bajo la dirección del señor Seurel, ni orquídeas desconocidas para el maestro de escuela, ni siquiera, como nos ocurría a menudo en el campo del tío Martín, aquella fuente honda y seca, cubierta por una verja, sepultada bajo tanto yuyo que cada vez era menester más tiempo para encontrarla. . . Busco algo más misterioso aún. Es el paso de que hablan los libros, el viejo camino obstruido, aquel con cuya entrada no pudo acertar el príncipe rendido de cansancio. Es un camino que se descubre en la hora más incierta de la mañana, cuando se os ha olvidado, hace mucho rato, que deben ser las once, o mediodía. . . Y de pronto, al apartar las ramas, en medio de la espesa hojarasca, con aquel gesto de las manos a la altura del rostro y a desigual distancia, nos aparece como una larga avenida sombría, a cuyo extremo hay un menudito círculo de luz.

Pero mientras espero y me embriago de esta forma, he aquí que bruscamente desemboco en una especie de claro que resulta ser, sencillamente, un prado. He llegado, sin pensarlo, a la punta del bosque del Concejo, que siempre me había imaginado infinitamente lejos. Y he aquí a mi derecha, entre unas pilas de troncos, vibrante en la sombra, la casa del guarda. Dos pares de medias se están secando en el antepecho de la ventana. Los otros años, cuando llegábamos a la entrada del bosque, nunca dejábamos de decir, señalando un punto reful-

gente, allá en el fondo de la inmensa alameda negra: "Aquella es la casa del guarda; la casa de Baladier". Pero nunca habíamos alargado hasta ella nuestro paseo. A veces oíamos decir, como si se tratase de una expedición extraordinaria: "¡Ha llegado hasta la casa del guarda! . . ."

Esta vez he ido hasta la casa de Baladier y no he encontrado nada.

La pierna cansada y el calor que hasta entonces no había sentido, empezaban a atormentarme; me daba miedo tener que emprender solo el camino de regreso, cuando oí de cerca el llamado del señor Seurel, la voz de Moucheboeuf, y luego otras voces que me llamaban. . .

Había allí un grupo de seis muchachuelos. . . Sólo Moucheboeuf exhibía entre ellos un aire de triunfo. Eran Giraudat, Auberger, Delage, y otros. . . El llamado había permitido pillar a los unos subidos a un cerezo silvestre, solitario, en medio de un claro, y a los otros mientras estaban cogiendo nidos de picosverdes. Giraudat, el bobo de los ojos hinchados y la blusa mugrienta, se había metido la cría entre la piel y la camisa. Dos de sus compañeros huyeron al acercarse el señor Seurel: serían Delouche y el pequeño Coffin. Primero habían contestado con bromas dedicadas a "Mouchevache", que repetían los ecos de los bosques, y Moucheboeuf, torpemente, creyendo segura la cosa, había exclamado, herido en su amor propio:

—¡Vamos, ya no os queda más que bajar, que aquí viene el señor Seurel! . . .

Entonces todo se calló de repente; fué una fuga silenciosa a través del bosque. Y como el bosque no tenía secretos para ellos, no había que pensar en alcanzarlos. Tampoco se sabía por dónde andaba el gran Meaulnes. No habían oído su voz; y hubo que renunciar a proseguir la búsqueda.

Eran ya pasadas las once cuando tomamos otra vez el camino de Santa Águeda, lentamente, cabizbajos, cansados y llenos de tierra. Al salir del bosque, cuando hubimos rascado y sacudido el fango de nuestras botas en la seca carretera, empezó el sol a dar de firme. Ya no era aquella mañana de primavera tan fresca y reluciente. Habían principado los ruidos de la tarde. De vez en cuando un gallo cantaba, ¡desolado canto!, en las granjas desiertas, a ambos lados del camino. Al bajar el Glacis, nos detuvimos un instante con unos jornaleros que habían vuelto a sus campos después de comer. Estaban acodados en la barrera y el señor Seurel les decía:

—¡Valientes pillos están hechos! Aquí tenéis a Giraudat, miradlo. Se ha metido los pajarillos en la camisa. Han hecho lo que han querido.

Me parecía que la risa de los jornaleros iba también por mí derrota. Se reían, meneando la cabeza, pero no podían ser del todo severos con aquellos muchachuelos a quienes conocían tanto. Hasta nos confiaron, cuando el señor Seurel hubo vuelto a la cabeza de la columna:

—Pasó otro, uno alto, ya sabéis quién. . . Debió de encontrar, de regreso, el coche de las granjas, y lo hicieron subir. Se apeó aquí, a la entrada del camino de las granjas, iba lleno de desgarrones y de tierra. Le

dijimos que os habíamos visto pasar esta mañana, pero que todavía no habíais vuelto. Y ha seguido, pasito a paso, camino de Santa Águeda.

En efecto, sentado en un pilar del puente de los Glacis, nos encontramos al gran Meaulnes, que nos estaba aguardando. Parecía rendido de cansancio. A las preguntas del señor Seurel, contestó que, también él, había partido en busca de los raboneros. Y a la que yo le hice, en voz muy baja, sólo me dijo, meneando con desaliento la cabeza:

—¡No! Nada. Nada que se le parezca.

Después de comer, en la clase cerrada, vacía y a oscuras, en medio de una región luminosa, sentóse Meaulnes a una de las mesas grandes y con la cabeza en los brazos durmió por espacio de un buen rato su sueño pesado y triste. Al atardecer, tras larga reflexión, cual si acabara de tomar una decisión importante, escribió una carta a su madre. Y eso es cuanto recuerdo del triste final de aquel gran día nuestro de vencidos.

CAPITULO X

L A C O L A D A *

Nos habíamos precipitado, al proclamar la llegada de la primavera.

El lunes por la tarde quisimos hacer nuestros “deberes” inmediatamente después de las cuatro, como en pleno verano y, para ver mejor, sacamos dos grandes mesas al patio. Pero el tiempo se ensombreció en seguida; unas gotas de lluvia cayeron sobre un cuaderno; volvimos a entrar apresuradamente. Y desde la gran sala a oscuras, por las anchas ventanas, contemplábamos silenciosamente, en el cielo gris, la hecatombe de las nubes.

Entonces, Meaulnes, que estaba mirando como nosotros, con la mano en la manija de una ventana, no pudo aguantarse y dijo, como si se sintiera enojado por tanta pena:

* Lejía en que se cuele la ropa; disolución alcalina que sirve para blanquearla y que se prepara haciendo colar agua hirviendo por una capa de ceniza o sosa. (N. del T.)

—¡Ah, no corrían así las nubes cuando yo iba por la carretera en el coche de "La Buena Estrella"!

—¿Por qué carretera?—preguntó Jazmín.

Pero Meaulnes no contestó.

Y yo, en son de broma, agregé:

—A mí lo que me gustaría es viajar en coche, en medio de una lluvia deshecha y metido debajo de un gran paraguas.

—Y leer a lo largo del camino, como si estuvieras en una casa. . .—añadió otro.

—Ni llovía, ni tenía ganas de leer—repuso Meaulnes—. Sólo pensaba en mirar el paisaje.

Pero como Giraudat, a su vez, preguntase de qué paisaje se trataba, Meaulnes enmudeció de nuevo. Y Jazmín entonces dijo:

—Yo lo sé. . . ¡Es aquella famosa aventura! . . .

Había pronunciado estas palabras en un tono conciliador y dándose importancia, como si él estuviese un poco en el secreto. Fué trabajo perdido; tuvo que tragarse sus insinuaciones; y al caer la noche, cada cual se fué a escape, tapándose la cabeza con la blusa, bajo el frío aguacero.

Hasta el otro jueves, el tiempo continuó lluvioso. Y ese otro jueves fué más triste aún que el anterior. Todo el campo se bañaba en una especie de bruma glacial, como en los peores días de invierno.

Millie, engañada por el hermoso sol de la otra semana, había preparado la leña, pero no había que pensar en poner a secar la ropa en los setos del jardín, ni siquiera en tenderla en unas cuerdas en el granero, tan frío y húmedo era el aire.

Discutiendo con el señor Seurel se le ocurrió a mi madre que, puesto que era jueves, podría tender la ropa colada en las aulas, calentando la estufa al rojo vivo. Para ahorrarnos los fuegos de la cocina y del comedor, se cocerían las comidas en la estufa y nosotros permaneceríamos todo el día en la sala grande de la escuela.

En el primer momento —¡yo era tan joven aún!— consideré esa novedad como una fiesta.

¡Triste fiesta! . . . Todo el calor de la estufa lo absorbía la lejía. Hacía mucho frío. En el patio caía, blanda e interminablemente, una llovizna invernal. Allí fué, sin embargo, donde desde las nueve de la mañana, muerto de aburrimiento, volví a toparme con el gran Meaulnes. Por los barrotes del pórtico en que apoyábamos silenciosamente la cabeza, veíamos llegar a la parte alta del pueblo, por los Cuatro Caminos, desde el fondo del campo, el acompañamiento de un entierro. Descargaban el ataúd, que venía en una carreta de bueyes, y lo ponían sobre una losa, al pie de la gran cruz donde el carnicero viera no hacía mucho los centinelas del titiritero. ¿Dónde estaba ahora el joven capitán que con tanta pericia dirigía el abordaje? . . . El cura y los cantores se situaron, como de costumbre, frente al ataúd, y los fúnebres cantos llegaron hasta nosotros. Iba a ser aquel, ya lo sabíamos, el único espectáculo del día. Un día que se escurriría hasta la última gota, como el agua amarillenta que va cayendo sobre la canaleta.

—Y ahora —dijo Meaulnes de pronto—, voy a hacer las maletas. Tienes que saberlo, Seurel: el otro jueves escribí a mi madre, para pedirle que me deje terminar mis estudios en París. Y me marchó hoy.

Seguía mirando hacia el pueblo, con las manos pegadas a los barrotes, a la altura de la cabeza. Era inútil preguntarle si su madre, rica y consentidora de todos sus deseos, le había consentido aquel. ¡Inútil, asimismo, preguntarle por qué quería, de repente, irse a París! . . .

Pero él experimentaba, estoy seguro, sentimiento y temor al prepararse a abandonar aquel amado pueblo de Santa Águeda, de donde partiera para su aventura. En cuanto a mí, sentía brotar en mi interior una desolación violenta que no había experimentado antes.

—¡Se acerca Pascua!—dijo, a modo de explicación, dando un suspiro.

—En cuanto la encuentres, allí, ¿vas a escribirme, no?—le pregunté.

—Prometido, desde luego. ¿No eres tú mi compañero y mi hermano? . . .

Y me puso la mano en el hombro.

Poco a poco iba comprendiendo que todo había terminado, puesto que Meaulnes quería acabar sus estudios en París; ya no tendría nunca más a mi lado al gran camarada.

No había esperanza alguna de que nos reuniéramos, salvo en aquella casa de París, en que iba a dar con el rastro de la perdida aventura. . . Pero al verle a él tan triste, ¡qué menguada esperanza era la mía!

Mis padres fueron avisados: el señor Seurel mostró mucha extrañeza, pero no tardó en inclinarse frente a las razones de Agustín; Millie, mujer de su casa, se sintió desolada, sobre todo al pensar que la madre de Meaulnes vería nuestra vivienda en un desorden desacostumbrado. . . La maleta ¡ay! pronto estuvo hecha.

Buscamos bajo la escalera, en el armario, sus zapatos de las fiestas y un poco de ropa blanca; luego sus papeles y libros escolares —cuanto un chico de dieciocho años posee en el mundo.

A mediodía, la señora Meaulnes llegaba en coche. Comió en el Café Daniel, en compañía de Agustín, y se lo llevó casi sin explicación alguna, en cuanto hubimos ensillado y dado de comer al caballo. Desde el umbral, les dijimos adiós; y el coche desapareció por el recodo de los Cuatro Caminos.

Millie se restregó los zapatos frente a la puerta y entróse al frío comedor, para poner en orden lo desarreglado. En cuanto a mí, por vez primera después de largos meses, me encontré solo ante una larga tarde de jueves —con la impresión de que en aquel viejo coche se iba mi adolescencia para siempre.

CAPITULO XI

HAGO TRAICION. . .

¿Qué hacer?

Clareaba un poco. Dijérase que iba a asomar el sol.

En el caserón, oíase un portazo. Luego, reinaba otra vez el silencio. De cuando en cuando, mi padre cruzaba el patio, para llenar un cubo de carbón con que atiborrar la estufa. Y yo al ver la ropa blanca colgando de las cuerdas, perdía las ganas de volver al triste lugar convertido en secadero, para encontrarme allí mano a mano con el examen de fin de año; con aquel concurso de la Normal que en adelante tenía que constituir mi única preocupación.

Cosa extraña: al desasosiego que me consumía, mezclábase ahora como una sensación de libertad. Habiendo partido Meaulnes, y malograda su aventura, me parecía por lo menos haberme librado de aquella extraña inquietud, de aquella misteriosa preocupación que me impedía hacer lo que todos. Habiendo partido Meaulnes, ya no era yo su compañero de aventuras, el hermano de aquel

explorador de huellas; tornaba a ser un chico de pueblo, como todos. Y la cosa era fácil: me bastaba con seguir mis inclinaciones más naturales.

El más chico de los Roy pasó por la calle encenagada, haciendo girar en la punta de un piolín, que luego soltaba al aire, tres castañas atadas que cayeron al patio. ¡Si estaría yo ocioso, que me entretuve en devolverle las castañas, dos o tres veces, por encima de la tapia!

De pronto, le vi que abandonaba ese juego pueril para correr hacia un carrito que venía por el camino de la pasarela vieja. En un santiamén trepó a la zaga del carro, sin que éste se parase siquiera. Era el carrito de Delouche, con su caballo. Jazmín iba guiando; el gordo Boujardon, de pie. Volvían del prado.

—¡Vente con nosotros, Francisco!—me gritó Jazmín, el cual estaría ya enterado de la partida de Meaulnes.

¡Al fin y al cabo! . . Sin decir nada a nadie me subí al traqueteante vehículo y me quedé en pie, como los demás, echado a uno de los montantes del carro, que nos llevó a casa de la viuda Delouche. . .

Estamos ahora en la trastienda, en casa de la buena mujer, tendera y fondista al mismo tiempo. Un blanco rayo de sol se desliza por la baja ventana, sobre latas y toneles de vinagre. El rollizo Boujardon se sienta en el antepecho de aquélla y vuelto hacia nosotros, con una risotada de hombre empalagoso, va comiendo bizcochos. Al alcance de la mano, encima de un tonel, está la caja abierta y ya empezada. El chico Roy chilla de gusto. Una

especie de intimidad de mala ley se ha establecido entre nosotros. Jazmín y Boujardon serán ahora, lo estoy viendo, mis amigos. El curso de mi vida ha cambiado de una vez. Me parece como si hiciera mucho tiempo que Meaulnes se ha marchado y que su aventura es una vieja y triste historia, pero una historia acabada.

El pequeño Roy ha descubierto, en un rincón, una botella de licor, empezada. Delouche nos invita a todos a tomar una copita, pero sólo disponemos de un vaso y bebemos todos en el mismo. Me sirven el primero con cierta condescendencia, como si yo no estuviese habituado a esas costumbres de cazadores y labriegos. . . Eso me molesta un poco. Y cuando se ponen a hablar de Meaulnes, me vienen ganas, para desvanecer esa molestia y recobrar mi aplomo, de demostrarles que conozco la historia. Voy a contarles algunos pormenores de la misma. ¿Qué mal podría hacerle, si sus aventuras de aquí han terminado para siempre?

.....

¿Será que cuento mal la cosa? No produce el efecto que esperaba.

Mis compañeros, como buenos aldeanos, a quienes nada asombra, no se admiran por tan poca cosa.

—¿Era una boda, vamos!—dijo Boujardon.

Delouche vió una, en Preveranges, más curiosa aún.

¿El castillo? Ciertamente se encontraría gente de la comarca que habría oído hablar de él.

¿La muchacha? Meaulnes se casará con ella, en cuanto haya acabado el servicio militar.

—Tenía que habérmelo dicho —añadió uno— y enseñarnos el plano, en vez de enredarse con un titiritero.

Desorientado por mi fracaso, quiero aprovechar la ocasión para excitar la curiosidad de los chicos: me decido a explicarles quién era el titiritero; de dónde venía; su extraño destino. . . Boujardon y Delouche no quieren oír más: "Éste es el causante de todo. Él volvió a Meaulnes intratable, ¡a Meaulnes que era un compañero tan bueno! Él fué quien armó todas esas tonterías de abordajes y ataques nocturnos, después de habernos organizado en batallón escolar. . ."

—¿Sabes —dijo Jazmín, mirando a Boujardon y meneando levemente la cabeza—, sabes que hice estupendamente bien denunciándole a los gendarmes? ¡El daño que hizo en el pueblo, y el que habría hecho! . . .

Y me tenéis, a mí, compartiendo casi su parecer. Todo habría ido de otro modo, no hay duda, si no hubiésemos tomado el asunto tan a lo misterioso y a lo trágico. Fué la influencia de ese Frantz la que lo echó todo a perder. . .

Pero, de repente, mientras me hallo sumido en estas reflexiones, se percibe un ruido en la tienda. Jazmín Delouche esconde, rápidamente, la botella de licor detrás de un tonel; el gordo Boujardon salta de lo alto de su ventana, pone el pie encima de una botella vacía y polvorienta, haciéndola rodar, y casi se cae por dos veces. El pequeño Roy lo empuja por detrás, para salir más de prisa, medio ahogado de tanto reír.

Sin acabar de comprender lo que está ocurriendo, escapo con ellos, atravesamos el patio y por una escalera trepamos a un depósito de heno. Oigo una voz de mujer tratándonos de vagos. . .

—¿Cómo iba yo a figurarme que volvería tan pronto?—dijo Jazmín en voz muy baja.

Sólo ahora me doy cuenta de que estábamos allí de puro entrometidos, robando bizcochos y licor. Siento la decepción de aquel náufrago que creía estar hablando con un hombre y vió de repente que se trataba de un mono. Mi único pensamiento es abandonar este granero, de tal modo me disgusta este género de aventuras. Además, cae la noche. . . Me hacen pasar por detrás; atravieso dos huertos, doy la vuelta a una balsa; torno a encontrarme en la calle mojada, en la que se reflejan las luces del Café Daniel.

¡Cuán poco orgulloso estoy de la tarde que he pasado! Ya estoy en los Cuatro Caminos. Sin quererlo, de repente, vuelvo a ver en la esquina la cara adusta y fraternal que me sonreía; la última seña con la mano y el coche que desaparece. . .

Un viento frío hace chasquear mi blusa. Se parece al viento del último invierno, ¡tan trágico y tan hermoso! Ya me parece todo menos fácil. En el aula grande, en que me esperan para cenar, brascas corrientes de aire hienden el débil calor que esparce la chimenea. Yo tiritito, mientras me riñen por la tarde de vagabundo que he pasado. Ni siquiera me queda, para volver a mi vida apacible de antes, el consuelo de sentarme a la mesa en el sitio de costumbre. No hay mesa, esta noche; cada cual cena sobre sus rodillas, donde puede, por el aula oscura. Yo como, en silencio, la torta cocida encima de la estufa. Había de ser el premio de este jueves pasado en la escuela y se quemó sobre las enrojecidas planchas.

Por la noche, solo en mi cuarto, me acuesto corriendo

para ahogar el remordimiento que siento brotar del fondo de mi tristeza. Pero me he despertado dos veces, en medio de la noche, creyendo oír, la primera vez, el crujido de la cama de al lado, en la que Meaulnes solía volverse bruscamente de cuerpo entero, y la otra vez, su paso leve de cazador al acecho, cruzando los graneros del fondo. . .

CAPITULO XII

LAS TRES CARTAS DE MEAULNES

En mi vida, sólo he recibido tres cartas de Meaulnes. Todavía las guardo en casa, en un cajón de la cómoda. Su lectura me produce cada vez la misma tristeza de otrora.

Llegó la primera a mis manos a los dos días de su partida.

“Querido Francisco: Hoy, en cuanto he llegado a París, he ido a situarme frente a la casa en cuestión. Nada he visto. No habrá nunca nadie.

“La casa que decía Frantz es un hotelito de piso y planta baja. El cuarto de la señorita de Galais debe de estar arriba. Las ventanas del piso son las que los árboles ocultan más. Pero pasando por la acera se divisan muy bien. Tiene echados todos los visillos, y sólo un loco puede creer que un día, detrás de uno de esos visillos, va a asomarse el rostro de Ivonne de Galais.

“Está en un bulevar. . . Caía una llovizna sobre los árboles ya verdes. Oíase el claro campanileo de los tranvías, que pasaban sin cesar.

“Por espacio de casi dos horas, me he pasado de largo a largo, al pie de las ventanas. Hay por ahí un despacho de vinos, en el que me paré a beber, para que no me tomaran por un bandido que urde una trastada. Después he vuelto, sin esperanza, al acecho.

“Ha llegado la noche. Un poco por todas partes, se iluminaron las ventanas, pero no en esa casa. Seguro que no hay nadie. Y sin embargo, la Pascua está cerca.

“Cuando iba a marcharme, una muchacha o una mujer joven —no sé— se ha sentado en uno de los bancos mojados de lluvia. Vestía de luto, con un cuellecito blanco. Cuando me he ido, seguía quieta allí, a pesar del frío de la noche, esperando no sé qué, esperando a no sé quién. Ya ves que París está lleno de locos como yo.

Agustín.”

Pasó el tiempo. En vano esperé unas líneas de Agustín el lunes de Pascua y los días siguientes, días en que parece —tal es su sosiego después de los calores de Pascua— que no hay más que esperar el verano. Llegó, con Junio, la época de los exámenes y un calor terrible, cuyo vaho sofocante pasaba sobre el pueblo, sin que un soplo de viento viniera a desvanecerlo. La noche carecía de frescor y no era, por lo mismo, una tregua en aquel suplicio. Fué durante aquel insoportable mes de Junio cuando recibí la segunda carta del gran Meaulnes.

“Junio de 189. . .

“Querido amigo: Esta vez sí que he perdido todas las esperanzas. Lo sé desde anoche. El dolor que, de pron-

to, casi no llegué a experimentar, va creciendo a partir de aquel momento.

“Todas las noches iba a sentarme en aquel banco, acechando, pensando, esperando a pesar de todo.

“Ayer, después de cenar, hacía una noche negra y bochornosa. En la acera, bajo los árboles, había gente hablando. Por encima del negro follaje, que las luces hacían verdear, los segundos y terceros pisos se hallaban iluminados. Aquí y allá una ventana que el verano abrió de par en par. . . Veíase la lámpara encendida encima de la mesa, logrando apenas vencer, en derredor, la cálida oscuridad de junio; veíase casi hasta el fondo de la estancia. . . Ah, si la oscura ventana de Ivonne de Galais se hubiese iluminado también, yo me habría atrevido, estoy seguro, a subir por la escalera, a llamar, a entrar. . .

“La muchacha de que te hablé, estaba allí otra vez, esperando como yo. Pensé que ella conocería la casa, y le hice unas preguntas.

“Sé —me dijo— que en otros tiempos una joven y su hermano venían a esta casa a pasar las vacaciones. Pero luego he sabido que el hermano se había escapado de la mansión de sus padres sin que jamás hayan podido dar con él, y que la muchacha se casó. Esto le explicará a usted por qué está cerrado el piso.

“Me fuí. A los diez pasos, mis pies tropezaron en la acera y estuve a punto de caer. Por la noche —anoche— cuando por fin callaron los niños y las mujeres en los patios, y yo hubiera podido dormirme, empecé a sentir el rodar de los fiacres por la calle. Pasaban sólo de trecho en trecho. Pero en cuanto había pasado uno, espe-

raba, sin quererlo, el siguiente: el cascabel, los pasos del caballo resonando en el asfalto. . . Y todo iba repitiendo: es la ciudad desierta, tu amor perdido, la noche inacabable, el verano, la fiebre. . .

“Seurel, amigo mío, ¡qué afligido estoy!

Agustín.”

Cartas poco confidenciales, aunque otra cosa puedan parecer. Meaulnes no me decía ni por qué había permanecido silencioso tanto tiempo, ni lo que pensaba hacer ahora. Me dió la impresión de que rompía conmigo, como lo hacía con su pasado, ya que había acabado su aventura. Y, en efecto, por más que le escribí, no obtuve contestación alguna. Apenas unas simples líneas de enhorabuena cuando logré mi Certificado de promoción. En setiembre, por un compañero de colegio, supe que Agustín había pasado las vacaciones en casa de su madre, en La Ferté d'Angillon. Pero nosotros, aquel año, tuvimos que pasarlas en el Vieux-Nançay, en casa de tío Florentino, aceptando la invitación que nos hizo. Y Meaulnes se volvió a París sin que pudiéramos vernos.

Al empezar el otro curso, a fines de noviembre, por más señas, cuando con lúgubre entusiasmo me disponía de nuevo a preparar el Certificado superior, con la esperanza de ser nombrado maestro al año siguiente, sin tener que pasar por la Normal de Bourges, recibí la última de las tres únicas cartas de Agustín que han llegado a mi poder:

“Todavía paso bajo aquella ventana —escribía—. Todavía espero, sin la menor esperanza, por locura. Al ter-

minar esos fríos domingos de otoño, en el momento en que va a anochecer, no sé decidirme a volver a casa y a cerrar los postigos de mi cuarto, sin volver allí, a la calle glacial.

“Soy lo mismo que aquella loca de Santa Águeda que salía a cada minuto al umbral de la puerta y miraba, haciendo visera con las manos, por el lado de La Gare, para ver si regresaba su hijo, el hijo que se le había muerto.

“Sentado en el banco, tiritando, mísero, me complazco en imaginar que alguien va a tomarme del brazo, dulcemente. . . Me vuelvo. Es ella. Dice, simplemente: «Me retrasé un poco». Dolor y locura se desvanecen por entero. Entramos a casa. Las pieles que lleva están heladas; su velillo, mojado. Entra con ella el olor a niebla. Y mientras se acerca al fuego, veo su pelo rubio cubierto de escarcha y el suavísimo dibujo de su bello perfil, inclinándose hacia la llama. . .

“Pero ¡ay! que el cristal sigue por detrás emblanquecido por el visillo. Y aunque lo abriera la doncella del castillo perdido, nada sabría decirle ahora.

“Acabó nuestra aventura. Este invierno está muerto como una tumba. Acaso cuando nos muramos, acaso únicamente la muerte nos dará la clave, la continuación y el final de esta malograda aventura.

“Seurel, el otro día te pedía que pensaras en mí. Ahora, al revés, más vale que me olvides. Valdría más que lo olvidaras todo.

.....

A. M.”

Y llegó otro invierno, tan muerto, como vivo y lleno de misteriosa vida, había sido el anterior: la plaza de la Iglesia, sin titiriteros; el patio del Colegio, abandonado por los chicos a las cuatro. . . , el aula en que yo estudiaba desazonado y solo. . . En Febrero, por primera vez en aquel invierno, cayó la nieve sepultando definitivamente nuestra novela de aventuras del año anterior, enredando todas las pistas, borrando las últimas huellas. Y yo hice un esfuerzo para olvidarlo todo, como lo pedía Meaulnes en su carta.

TERCERA PARTE

CAPITULO I

EL BAÑO

Fumar cigarrillos, pasarse agua azucarada en el cabello, para que se rice, abrazar por los caminos a las chicas del Curso Complementario y gritar: "abajo la de la papalina", ocultándose en los setos para burlarse de una monja que pasa, es lo que hacía las delicias de todos los granujas del lugar. Claro que a los veinte años los granujas de esa índole pueden muy bien enmendar y a veces, incluso, convertirse en jóvenes muy sensibles. Más grave es el caso cuando el granuja en cuestión tiene la cara avejentada y mustia, cuando se ocupa de las historias turbias de las mujeres de la aldea, cuando dice mil tonterías de Gilberta Poquelin, para que se rían los demás. Pero, en fin, tampoco es un caso desesperado. . .

Ese era, precisamente, el de Jazmín Delouche, el cual, no sé por qué pero en todo caso sin gana ni deseo de rendir los exámenes, continuaba en el Curso Superior, del que todos hubieran querido verlo fuera. Entre tanto, su tío Dumas le enseñaba el oficio de yesero. Y no tardó

en ser, ese Jazmín Delouche, con Boujardon y otro chico muy sosegado, hijo del teniente de alcalde, que se llamaba Dionisio, uno de los pocos alumnos mayores con quienes me gustaba ir, sólo porque eran "de los tiempos de Meaulnes".

En Delouche había, además, un sincerísimo deseo de ser amigo mío. Para decirlo todo, hay que explicar que al antiguo enemigo del gran Meaulnes le habría gustado convertirse en el gran Meaulnes del colegio; tal vez sintiera, por lo menos, no haber sido su lugarteniente. Menos torpe que Boujardon, creo que Jazmín había llegado a percibir todo lo que Meaulnes trajo de extraordinario a nuestra vida. Y a menudo le oía yo repetir:

"Ya tenía razón, el gran Meaulnes, cuando decía. . ." o bien "Ah, como decía el gran Meaulnes. . ."

Además de ser más hombre que nosotros, el ajado muchachuelo contaba con tesoros de diversiones que consagraban su superioridad sobre nosotros: un perro atravesado, de largo y blanco pelaje, que respondía al irritante nombre de Becalí y volvía con las piedras que lanzábamos lejos, sin aptitud bien definida para otro deporte; una vieja bicicleta, comprada de ocasión, en la que nos hacía subir Jazmín, a veces, por la tarde, al terminar las clases, pero en la cual prefería adiestrar a las chicas del pueblo; y sobre todo, por último, un borrico blanco y ciego, que podía engancharse a toda suerte de vehículos.

El borrico era de Dumas, pero éste se lo prestaba a Jazmín cuando nos íbamos al Cher * a bañarnos, en

(*) Cher: río que pasa por Vierzon, en el departamento del mismo nombre. (N. del T.).

verano. Entonces, la madre del chico nos daba una botella de limonada que metíamos bajo el pescante entre los secos taparrabos. Y éramos ocho o diez alumnos mayores del Curso los que nos íbamos en compañía del señor Seurel, unos a pie, subidos los otros al carrito del que tiraba el asno y que dejábamos en la granja de Grand'Fons, cuando el camino del Cher se convertía en lodazal.

Podría recordar, con todos sus pormenores, una de esas excursiones en que el borrico de Jazmín llevó al Cher nuestros taparrabos, nuestros avíos, la limonada y el señor Saurel, mientras nosotros seguíamos detrás, a pie. Estábamos en agosto. Acabábamos de rendir los exámenes. Libres de ese cuidado, nos parecía que todo el verano nos pertenecía, y cantábamos, por el camino, sin saber qué, ni por qué, a primeras horas de una magnífica tarde de jueves.

Sólo una mancha ensombreció el inocente cuadro. Vimos delante, caminando, a Gilberta Poquelin. Ajustado el talle, la falda medio larga, el zapato alto, tenía el aire suave y descarado de una chiquilla que está haciéndose mujer. Dejó el camino y tomó una vereda. Iba, seguramente, por leche. En seguida, el pequeño Cofin, dirigiéndose a Jazmín, le propuso seguirla.

—No sería este el primer abrazo que le diera. . .—dijo el otro.

Y acerca de la chiquilla y de sus amigos se puso a contar unas historias picarescas, en tanto que la banda entera, por fanfarronería, echaba por la vereda, dejando al señor Seurel, carretera adelante, en el carrito. Una vez allí, sin embargo, empezó el grupo a desperdigarse.

El mismo Delouche parecía poco decidido a acometer delante de nosotros a la muchachita, que huía corriendo. La distancia entre ambos no fué nunca inferior a cincuenta metros. Hubo cantos de gallo y cacareos de gallina y silbidillos galantes, y luego nos volvimos atrás, con cierto desasosiego, abandonando la partida. Por el camino, en pleno sol, tuvimos que correr. Ya no cantábamos.

Nos desnudamos y volvimos a vestirnos en los áridos sauzales que bordean el Cher. Los sauces nos ocultaban a las miradas, pero no al sol. Con los pies metidos en la arena y en el cieno seco, no hacíamos más que pensar en la botella de limonada de la viuda Delouche, que habíamos puesto al fresco en la fuente de Grand'Fons, una fuente excavada en la misma orilla del río. Al fondo, había siempre hierbas glaucas y dos o tres animales que parecían cochinillas; pero era tan clara y transparente el agua, que los pescadores no vacilaban en arrodillarse y beber allí apoyándose en la orilla.

Pero esta vez pasó lo de siempre. . . Cuando, vestidos ya, nos sentamos en corro, con las piernas cruzadas a la turca, para bebernos en dos copas grandes y sin pie la limonada fresca, resultó que apenas si nos tocaba a cada uno, después de darle al señor Seurel su parte, un poco de espuma que nos cosquilleaba el gaznate y sólo contribuía a darnos más sed. Entonces, por turno, nos íbamos a la fuente que despreciamos antes y acercábamos lentamente el rostro a la límpida superficie del agua. Pero no todos estaban hechos a esas costumbres del campo. Muchos, como yo mismo, no conseguían saciar su sed: unos porque no les gustaba el agua, otros porque el miedo de tragarse una cochinilla les obturaba la garganta; otros

porque les engañaba la gran transparencia del agua inmóvil y no sabiendo calcular exactamente su superficie metían en ella media cara y la boca al mismo tiempo, sorbiendo por la nariz un agua que se les antojaba hirviente; otros, en fin, por todas estas razones a la vez. . . ¡Lo mismo daba! Nos parecía, cuando estábamos en esas riberas áridas del Cher, que ese lugar era el emporio de todas las frescuras terrestres. Y aun ahora, la simple pronunciación, donde sea, de la palabra "fuente", me hace pensar, un largo rato, en aquella fuente concreta.

El regreso hízose al oscurecer, sosegadamente al principio, lo mismo que a la ida. El camino de Grand'Fons, que subía a la carretera, era un arroyo en invierno y en verano un barranco intransitable, interrumpido por hoyos y largas raíces, que subían en medio de la sombra entre grandes hileras de árboles. Una parte de los bañistas se metió por allí, bromeando.

Pero nosotros seguimos con el señor Seurel, Jazmín y varios compañeros, un caminito suave y arenoso, paralelo a aquél, que iba costeanado la tierra vecina. Junto a nosotros, pero más abajo, oíamos charlar y reír a los otros, invisibles en la sombra, mientras Delouche contaba sus historias de hombre. . . En la copa de los árboles del gran seto, chirriaban los insectos del anochecer, que veíamos moverse, sobre la claridad del cielo, todo en torno de la randa del follaje. A veces, un insecto bajaba, bruscamente, y su zumbido rechinaba de improviso. ¡Plácida y hermosa tarde de verano! . . . Vuelta, sin esperanza pero sin deseo, de una pobre partida de campo. . . Una vez más, fué Jazmín, sin proponérselo, quien vino a turbar aquel reposo. . .

En el momento en que llegábamos al final del repecho, en el lugar en que se hallaban dos grandes piedras antiguas, vestigios, según dicen, de un castillo fortificado, Jazmín salió a hablar de las residencias palaciegas que había visitado y especialmente de una medio abandonada, en las cercanías del Vieux-Nançay: el castillo de los Arenales. Con ese acento particular de los habitantes del Departamento de Allier, que redondea vanidosamente algunas palabras y abrevia las otras con afectación, explicaba que, años atrás, había visto, en la derruida capilla de aquella vieja propiedad, una piedra sepulcral que tenía grabadas estas palabras:

*Aquí yace el caballero Galois,
fiel a su Dios, a su Rey y a su Dama.*

—¡Ah, vaya! ¡vaya! —decía el señor Seurel, con un leve encogimiento de hombros, un tanto cohibido por el cariz que tomaba la conversación, pero deseoso sin embargo de que habláramos como hombres.

Entonces Jazmín siguió describiéndome el palacio, cual si hubiera pasado allí toda la vida.

Varias veces, volviendo del Vieux-Nançay, les había intrigado, a Dumas y a él, la vieja torrecilla gris que se divisaba por encima de los abetos. Había, en medio de los bosques, todo un dédalo de construcciones en ruinas, que uno podía visitar en ausencia de los dueños. Un día, un guarda del lugar, al que hicieron subir al coche, les había llevado a la extraña posesión. Pero, después, lo destruyeron todo: apenas si quedaba —decían— la granja y una casita de recreo. Los moradores seguían siendo

los mismos: un anciano militar retirado, medio arruinado, y su hija.

Jazmín hablaba. . . hablaba. . . Yo le escuchaba atentamente, sintiendo, sin percatarme de ello, que se trataba de una cosa que yo tenía muy conocida, cuando de repente, de un modo sencillísimo, como acontece con todas las cosas extraordinarias, Jazmín se volvió hacia mí y tocándome el brazo, asaltado por una idea que nunca se le había ocurrido, me dijo:

—Pero, calla, ahora caigo, allí es donde Meaulnes —¿sabes?, el gran Meaulnes— debió de ir.

—Sí, sí —añadió, viendo que yo no le contestaba— y recuerdo que el guarda hablaba del hijo de la casa, un excéntrico, de peregrinas ocurrencias. . .

Yo no le escuchaba ya, pues de buenas a primeras me había percatado de que Jazmín estaba en lo cierto. Ante mí, lejos de Meaulnes, lejos de toda esperanza, acababa de abrirse, claro y fácil como un sendero familiar, el camino de la mansión sin nombre.

CAPITULO II

EN CASA DE FLORENTINO

Lo que fuí, en mi infancia, de infeliz y soñador y ensimismado, me volví de resuelto y, como dicen en mi pueblo, de decidido, al sentir que de mí dependía el desenlace de aquella grave aventura.

A partir de aquella tarde, me parece, fué cuando dejó de dolerme, definitivamente, la rodilla.

En el Vieux-Nançay, a cuyo municipio pertenecía el castillo de los Arenales, vivía toda la familia del señor Seurel y en particular mi tío Florentino, un comerciante en casa del cual pasábamos alguna vez los últimos días de setiembre. Libre de todo examen, ni quise aguardar a mi gente, y conseguí que me dejaran ir inmediatamente a ver al tío. Pero hice el propósito de no decir ni media palabra a Meaulnes, mientras no estuviere seguro de poder darle una buena noticia. ¿Para qué, en efecto, arrancarlo a su desesperación, si tenía que volver a sumirle en ella, quizá más profundamente que antes?

El Vieux-Nançay fué, por espacio de mucho tiempo, el sitio de mi predilección, el pueblo de los finales de

vacaciones, pero al que íbamos muy de tarde en tarde, cuando la suerte nos deparaba un coche de alquiler. Habíamos tenido, en otros tiempos, algún disgusto con aquella rama de la familia, y esta era, sin duda, la causa de que Millie se hiciese rogar tanto, cada vez, para subir al coche. ¡Pero a mí sí que me preocupaban aquellos enfados! . . . Apenas llegaba, sumíame, retozón, entre mis tíos y primos, en una existencia constituida por mil entretenimientos y diversiones que me llenaban de embeleso.

Parábamos en casa de tío Florentino y tía Julia, los cuales tenían un chico de mi edad, el primo Fermín, y ocho hijas; las mayores, María Luisa y Carlota, podían tener diecisiete y quince años respectivamente. Poseían un almacén grandísimo a una de las entradas de ese pueblo de Sologne, frente a la Iglesia —un almacén universal, en el que se aprovisionaban todos los señores cazadores de la comarca, aislados en aquellas tierras perdidas, a treinta kilómetros de la estación de ferrocarril más cercana.

El almacén, con sus mostradores de comestibles y de ropas, daba a la carretera por numerosas ventanas y a la gran plaza de la Iglesia por una puerta vidriera. Mas, cosa rara, si bien hartó ordinaria en aquel pobre lugar, la tierra apisonada hacía las veces de embaldosado en todo el interior del negocio.

En la parte de atrás había seis habitaciones, llena, cada una, de una mercancía diferente: el cuarto de los sombreros, el de los artículos de jardín, el de las lámparas, ¡qué sé yo! Me parecía, cuando era niño y atravesaba aquel dedalo de objetos de bazar, que nunca apuraría con la mirada todas sus maravillas. Y en esa época to-

davía estimaba que las únicas vacaciones dignas de tal nombre eran las pasadas en aquel lugar.

La familia vivía en una espaciosa cocina cuya puerta daba al almacén. En esa cocina ardían, a fines de setiembre, grandes fogatas de chimenea y a ella se entraban de madrugada los cazadores para vender su caza a Florentino, y allí les servían de beber, mientras las niñas, levantadas ya, se pasaban las unas a las otras un poco de "agua de olor" en los alisados cabellos. En las paredes, viejas fotografías, viejos y amarillentos grupos de colegiales, mostraban a mí padre—tardaba uno mucho en reconocerlo, de uniforme— en medio de sus compañeros de la Escuela Normal. . .

Allí transcurrían nuestras mañanas; allí, y en el patio en que Florentino cultivaba sus dalias y criaba sus gallinas de Guinea; donde tostaba el café, sentado encima de unas cajas de jabón; donde desembalábamos nosotros otras cajas, llenas de diversos objetos delicadamente envueltos, cuyo nombre no siempre conocíamos. . .

Durante todo el día, los labriegos y los cocheros de las mansiones cercanas invadían el almacén. Frente a la puerta vidriera se detenían, goteantes, en medio de la niebla de setiembre, las carretas que venían del fondo de la campiña. Y desde la cocina escuchábamos lo que decían las campesinas, con la curiosidad que todas sus historias nos inspiraban. . .

Pero, por la noche, después de las ocho, cuando, farol en mano, llevábamos el heno a los caballos, cuya piel humeaba en la caballeriza, ¡el almacén entero nos pertenecía!

María Luisa, que era la mayor de mis primas, pero una de las más menuditas, acababa de plegar y alinear

las pilas de tela y nos animaba para que la distrajáramos. Entonces, Fermín y yo, con todas las niñas, irrumpíamos en la gran tienda, bajo las campanas de posada, dando vueltas a los molinillos de café, haciendo filigranas sobre los mostradores; y a veces Fermín se subía a los graneros en busca de un viejo trombón lleno de verdín, porque la tierra apisonada nos hacía venir ganas de bailar. . .

Todavía me sonrojo al pensar que los otros años la señorita de Galais hubiera podido llegar en un momento parecido y sorprendernos en medio de aquellas chiquilladas. . . Pero fué un poco antes del anochecer, una tarde de aquel mes de Agosto, mientras estábamos charlando tranquilamente con María Luisa y con Fermín, cuando la vi por vez primera. . .

La misma tarde de mi llegada al Vieux-Nançay, había preguntado a tío Florentino acerca de la mansión de los Arenales.

—Ya no es un castillo —me había dicho—. Todo lo vendieron, y los adquirentes, unos cazadores, han hecho derribar las viejas construcciones para agrandar sus cotos de caza; el patio de honor, ahora, no es más que un erial con brezos y retamas. Los antiguos propietarios sólo se han reservado una casita de un piso y la granja. Ya tendrás ocasión de ver por aquí a la señorita de Galais; ella misma es quien viene a buscar sus provisiones, unas veces a caballo, otras en coche, pero siempre con el mismo animal, el viejo Belisario. . . ¡Curioso conjunto!

Yo estaba tan confuso que ya no sabía qué pregunta hacerle a mi tío para averiguar más cosas.

—¿Pero eran ricos, no, a pesar de todo?

—Sí. El señor de Galais daba fiestas para distraer a su hijo, un muchacho singular, lleno de insólitas ideas. Para divertirle, imaginaba cuanto le era dable. Traía gente joven de París y de otros sitios. . .

Los Arenales estaban cayéndose y la señora de Galais casi a la muerte, y aun se esforzaban en distraer al chico y le consentían todos sus caprichos. Fué durante el último invierno —no, el anterior— cuando dieron la más importante fiesta de disfraz. La mitad de los invitados eran de París; la otra mitad, labriegos. Compraron o alquilaron gran número de maravillosos vestidos, juegos, caballos, barcos. Todo para divertir a Frantz de Galais. Decíase que iba a casarse y que celebraban sus esponsales. Pero era demasiado niño. Y todo se rompió de golpe; él se escapó; nunca más lo volvieron a ver. . . Muerta la señora, la hija se ha quedado sola, de repente, con su padre, el viejo capitán de barco.

—¿No es casada?—pregunté por fin.

—No —dijo—, no lo he oído decir. ¿Acaso la pretenderías tú?

Cortadísimo, le confesé en pocas palabras y todo lo discretamente que supe, que Agustín Meaulnes, el mejor de mis amigos, sería tal vez un pretendiente.

—Ah —dijo Florentino, sonriéndose— si los bienes de fortuna le tienen sin cuidado, bonito partido es. . . Tendré que hablarle al señor de Galais. Algunas veces aun se llega hasta aquí para comprar sus perdigones. Siempre le convidó a beber una copita de aguardiente añejo.

Pero, al punto, le rogué que no hiciera nada. Era preciso aguardar. Yo mismo, poca prisa me di en avisar a Meaulnes. Tal cúmulo de dichas perspectivas llegaba a tenerme un poco intranquilo. Y esa inquietud me ordenaba no decirle nada antes de ver por lo menos a la joven.

Poco tiempo tuve que aguardar. Fué al día siguiente, un poco antes de la cena; empezaba a caer la noche; una bruma fresca, más de setiembre que de agosto, bajaba con la noche. Fermín y yo, presumiendo que el almacén estaría libre de compradores por un rato, habíamos ido a ver a María Luisa y a Carlota. Les había comunicado ya el secreto que me traía al Vieux-Nançay en aquella fecha prematura. Acodados en el mostrador, o sentados en él, con la palma de las manos descansando en la encerada madera, nos contábamos mutuamente cuanto sabíamos acerca de la misteriosa muchacha —y era bien poco— cuando un ruido de ruedas nos hizo volver la cabeza.

—¡Aquí está, ella es! —dijeron todos en voz baja.

Unos segundos más tarde, frente a la puerta vidriera, parábase el extraño conjunto. Un viejo carruaje de granja, de redondeados paneles, con unas molduritas, como nunca las viéramos en aquella comarca; un viejo caballo blanco, que se diría iba tascando siempre alguna hierba por la carretera, de tal modo agachaba la cabeza al andar; y en el pescante —lo digo con toda el alma, pero sabiendo bien lo que me digo— la doncella más hermosa que acaso haya jamás existido en el mundo.

Nunca vi tanta gracia unida a tanta gravedad. El vestido que llevaba le hacía tan fino el talle, que pare-

cía quebradizo. Llevaba echado a los hombros un gran abrigo marrón. Se lo quitó al entrar. Era la más grave de las muchachas, la más delicada de las mujeres. Una abundante cabellera rubia le oprimía la frente y el rostro, delicadamente dibujado, finamente modelado. En su tez, purísima, había puesto el verano dos manchas encarnadas. . . Sólo un defecto hallé a tanta belleza: en los momentos de pesadumbre, de desaliento o siquiera de reflexión profunda, aquel rostro tan puro se jaspeaba levemente de rojo, como les sucede a ciertos enfermos que están graves sin que nadie lo sepa. Entonces, toda la admiración del que la contemplaba, dejaba paso a una especie de lástima, tanto más desgarradora cuanto más os sorprendía.

Eso es, por lo menos, lo que yo descubrí, mientras ella se apeaba lentamente del coche y, más tarde, cuando, María Luisa, presentándomela —por fin— con desembarazo, me obligaba a dirigirle la palabra.

Le ofrecieron una silla reluciente y se sentó en ella, adosándola al mostrador, mientras nosotros permanecíamos de pie. Al parecer, conocía la tienda y le gustaba. Llegó tía Julia, a quien avisaron al instante, y todo el rato que ella estuvo hablando, discreta, con las manos cruzadas sobre el regazo, meneando suavemente aquella su cabeza de campesina y de tendera tocada con una blanca cofia, retrasó el momento —que me asustaba un poco— de trabar conversación con ella. . .

Fué sencillísimo.

—¿De modo que va usted a ser pronto maestro?— dijo la señorita de Galais.

Mi tía, por encima de nuestras cabezas, encendía la lámpara de porcelana que iluminaba débilmente la tienda. Yo veía el dulce rostro infantil de la joven, sus ojos azules, tan ingenuos, y por ello me sorprendía más su voz tan clara, tan formal. Cuando cesaba de hablar, sus ojos miraban a otro lado, inmóviles, en espera de la contestación, y se mordía levemente los labios.

—¡También yo me dedicaría a la enseñanza —dijo— si quisiera el señor de Galais! Enseñaría a los pequeñuelos, como la madre de usted. . .

Y se sonrió, significando con ello que mis primos le habían hablado de mí.

—Es que los aldeanos —prosiguió— son siempre tan corteses conmigo, tan afables y serviciales. . . Yo los quiero mucho. Pero ¿qué mérito tiene el quererlos?

En cambio, con la maestra son avaros y quisquillosos. Continuamente salen con cuentos de lapiceras extraviadas, de cuadernos demasiado caros o de niños que no aprenden. . . Pues bien, aunque me pelease con ellos, me querrían. Sería mucho más difícil. . .

Y, sin sonreír, volvió a su actitud infantil y soñadora, a su mirada azul, inmóvil.

A los tres nos desazonaba aquella su facilidad para hablar de cosas delicadas, de sutilezas y secretos, de los que sólo en los libros se trata como es debido. Hubo un instante de silencio y lentamente se inició una discusión. . .

Pero con una especie de pesar y de animosidad contra no sé qué misterioso elemento de su vida, la señorita prosiguió:

—Y además, yo les enseñaría a los muchachos a ser buenos, con una bondad que yo conozco. Yo no despertaría en ellos ganas de correr mundo, como lo hará usted seguramente, señor Seurel, cuando sea maestro. Yo les enseñaría a encontrar la felicidad que anda tan cerca de ellos, aunque no lo parezca. . .

María Luisa y Fermín estaban tan cohibidos como yo. No decíamos palabra. Ella se dió cuenta de nuestra turbación y se calló, mordiéndose los labios. Inclínó la frente y sonrió después, como burlándose de nosotros:

—De manera —dijo— que tal vez algún muchacho loco me va buscando por el otro extremo de la tierra, mientras yo estoy aquí, en la tienda de la señora de Florentino, bajo esta lámpara, con el caballo que me espera a la puerta. Si aquel joven me viera no querría creerlo, ¿no es verdad? . . .

Viéndola sonreírse, cobré audacia y sentí que era el momento de decirle, sonriendo también:

—¿Y quién sabe si a ese muchacho loco no le conozco yo?

Miróme con viveza.

En aquel momento se oyó el timbre de la puerta; dos mujeres, con sendas cestas, entraron:

—Vénganse ustedes al comedor, allí estarán más tranquilos —nos dijo mi tía, abriendo la puerta de la cocina.

Y como la señorita de Galais rehusara y quisiera irse en seguida, mi tía añadió:

—Tenemos al señor de Galais hablando con Florentino, junto al fuego.

Siempre, hasta en agosto, había en la vasta cocina, crepitando, encendido, un eterno fajo de leña de abeto. También allí brillaba una lámpara de porcelana. Un anciano de suave y afeitada cara, cubierta de arrugas, silencioso casi siempre, como si le abrumara el paso de los años y de los recuerdos, estaba sentado al lado de Florentino, frente a dos copas de aguardiente.

Florentina nos saludó:

—¡Francisco! —gritó con su vozarrón de vendedor de feria, cual si la anchura de un río o varias hectáreas de tierra mediasen entre nosotros—. Acabo de organizar una jira para el próximo jueves por la tarde, a las riberas del Cher. ¡Se podrá cazar y pescar, y los que lo prefieran, bailar o bañarse! . . . Señorita, usted vendrá a caballo; lo hemos convenido con el señor de Galais. Todo está arreglado. . .

Y tú, Francisco —añadía, como si se le hubiera ocurrido a él solo— podrás traerte a tu amigo el señor Meaulnes. . . ¿No se llama Meaulnes?

La señorita de Galais se puso de pie, palidísima, de repente. Y en aquel preciso momento, me acordé de que Meaulnes, otrora, en el castillo singular, junto al estanque, le había revelado su nombre. . .

Cuando ella, al irse, me alargó la mano, existía entre nosotros con más precisión que si nos hubiéramos dicho muchas cosas, una inteligencia secreta que sólo la muerte rompería, y una amistad más patética que un gran amor.

. . . A las cuatro de la madrugada del día siguiente, Fermín llamaba a la puerta del cuartito en que yo dormía, en el patio de las gallinas de Guinea. Todavía era de noche y a duras penas encontré mis chismes en la mesa

atestada de palmatorias de cobre y de santos nuevecitos, escogidos en el almacén para amueblar mi habitación la víspera de mi llegada. Sentía cómo Fermín, en el patio, hinchaba mi bicicleta, y la tía en la cocina, atizaba el fuego. Amanecía apenas cuando salí. Pero la jornada sería larga: primero, iba a comer a Santa Águeda, para explicar mi prolongada ausencia y, continuando mi ruta, llegaría antes del anochecer a La Ferté d'Angillon, a casa de mi amigo Agustín Meaulnes.

CAPITULO III

UNA APARICION

Nunca había efectuado una excursión larga en bicicleta. Aquélla era la primera. Pero hacía tiempo que, a pesar de mi rodilla enferma, a escondidas, Jazmín me había enseñado a montar. Si ya, para un muchacho cualquiera, la bicicleta es un trasto tan divertido, ¿qué no iba a parecerle a un pobre chico como yo, que hacía poco arrastraba aún miserablemente la pierna, bañado de sudor, a partir del cuarto kilómetro? . . . De lo alto de las cuestas, bajar y meterse en las hondonadas del paisaje; descubrir, como a aletazos, las lejanías de la carretera que se abren y florecen cuando os acercáis; atravesar en un abrir y cerrar de ojos un pueblo y llevároslo entero en una mirada. . . Sólo en sueños había conocido hasta entonces tan rápidas y deliciosas carreras. Incluso las cuestas acometía animoso. Porque hay que decir que el camino que así me tragaba era el del pueblo de Meaulnes.

“Un poco antes de llegar a la aldea —me decía antaño Meaulnes, el describírmela— se ve una gran rueda de

molino, que gira con el viento. . .” No sabía para qué servía, o quizá aparentaba no saberlo para intrigarme más. . .

Tenía que llegar aquel atardecer de fines de agosto para que yo viera con mis ojos, dando vueltas al aire en una inmensa pradera, la gran rueda que debía de sacar agua para una granja cercana. Tras los álamos del prado se columbraba ya los primeros caseríos. Conforme iba siguiendo la gran curva que hacía la carretera al bordear el río, el paisaje se abría y despejaba. . . Al llegar al puente, descubrí por fin la calle Mayor.

Unas vacas pacían, ocultas en los cañaverales de la pradera y el son de sus esquilas llegaba a mis oídos, mientras, apeado de la bicicleta, puestas ambas manos en el manubrio, contemplaba el pueblo al que tan grave noticia llevaba. Las casas, a las que se iba por un puentecillo de madera, se alineaban todas al borde de una zanja que bajaba de la calle y eran como barcas, con las velas cargadas, amarradas en el sosiego del atardecer. Era la hora en que se enciende un fuego en cada hogar.

Entonces, el temor, mezclado con no sé qué oscuro remordimiento, de ir a turbar tanta paz, empezó a quitarme el valor. Y para agravar aún mi repentina flaqueza, recordé que tía Moinel vivía en el mismo pueblo, en una plazuela de la Ferté d'Angillon.

Era una de mis tías abuelas. Todos sus hijos se le habían muerto. Yo había conocido a Ernesto, el menor, un mozo que estaba a punto de terminar la carrera de maestro. Mi tío abuelo Moinier, el viejo escribano, le sobrevivió muy poco tiempo. Y mi tía se había quedado sola en su extraña casita, cuyas alfombras estaban

hechas con retazos cosidos y cuyas mesas estaban cubiertas de pollos, gallinas y gatos de papel. Pero cubrían las paredes diplomas antiguos, retratos de difuntos, medallones con rizos de pelo muerto.

Con tanto duelo y añoranza, era mi tía la extravagancia y el buen humor en persona. Cuando hube descubierto la plazuela en que se hallaba su casa, la llamé a voz en cuello por la rendija de la puerta entreabierta y oí, al otro extremo de las tres habitaciones inmediatas, su estridente gritito:

—¡Ya va! ¡Dios mío!

Volcó el café en el fuego —¿cómo hacía café a aquellas horas?— y apareció a mi vista. . . Muy cargada de espaldas, llevaba una cosa que era sombrero, capota y capelina a la vez, en el pináculo de la cabeza, coronando su frente inmensa y abotargada, en la que había algo de la mujer mongol y de la hotentote; y con sus risitas descubría los restos de sus dientes finísimos.

Pero mientras yo le daba un beso, me tomó torpe y apresuradamente la mano que llevaba detrás de la espalda. Con un misterio del todo inútil, puesto que estábamos solos los dos, me deslizó una moneda que no me atreví a mirar: debía ser un franco. . . Después, como intentara pedirle explicaciones o darle las gracias, me dió un empujón exclamando:

—¡Vamos, hombre! ¡Ya sé lo que son estas cosas!

Siempre fué pobre, siempre gastó lo que le prestaban.

—Toda la vida he sido tonta y desgraciada —decía sin pesadumbre, pero con su voz de falsete.

Convencida de que el dinero me traía tan preocupado como a ella, la buena mujer, sin darme tiempo a despe-

gar los labios, me metía en la mano sus míseros ahorros del día. Y por lo demás, siempre me había acogido del mismo modo.

La cena fué tan extraña —rara y triste a la vez— como lo había sido la acogida. Siempre con una vela al alcance de la mano, ya se la llevaba dejándome a oscuras, ya la ponía sobre la mesita cubierta de bandejas y de vasijas desportilladas o hendidas.

—A esta —decía— los prusianos le rompieron las asas, el año setenta, porque no se la podían llevar.

Sólo entonces recordé, viendo aquella gran vasija de trágica historia, que otra vez había cenado y dormido allí. Mi padre me llevaba a ver un especialista del departamento del Yonne, que iba a curar mi rodilla. Teníamos que tomar un expreso que pasaba antes del alba. . . Me acordé de la triste cena de antaño y de todas las historias del viejo escribano, de codos frente a la botella de clarete.

Y también me acordaba de mis terrores. . . Después de cenar, al calor de la lumbre, la anciana tía tomó aparte a mi padre para contarle una historia de aparecidos: “Me vuelvo y, ¡ah!, querido Luis, ¿qué es lo que veo? Una mujercita gris. . .” Decían que mi tía tenía la cabeza atiborrada de esos cuentos terroríficos.

Y he aquí que esa noche, acabada la cena, me había acostado, con el cansancio de la bicicleta, en el cuarto principal, vistiendo un camisón a cuadros del tío Moinel, cuando mi tía vino a sentarse a la cabecera de mi cama y empezó a referirme, con su voz más misteriosa y puntiaguda:

—Querido Francisco, voy a contarte lo que jamás dije a nadie. . .

Pensé:

—¡Buena la hicimos! ¡Voy a pasar la noche entera lleno de miedo, como diez años atrás! . . .

Y la escuché. Tía Moinel movía la cabeza, mirando sin pestañar delante de ella, como si estuviese contando el suceso a sí misma:

—Volví con Moinel de una fiesta. Era la primera boda a que asistíamos después de la muerte de nuestro pobre Ernesto; encontré allí a mi hermana Adela, a la que no había visto hacía cuatro años. Un viejo amigo de Moinel, riquísimo, le había invitado para el casamiento de su hijo, en el Castillo de los Arenales. Alquilamos un coche, que nos costó muy caro. Volvíamos por la carretera, a eso de las siete de la mañana, en pleno invierno. Despuntaba el sol. No había nadie, absolutamente. Y, ¿qué veo, de pronto, delante de nosotros, por el camino? Un hombrecillo, un joven, parado, hermoso como un sol, que nos veía venir, inmóvil. Conforme nos íbamos acercando, distinguíamos su lindo rostro, tan blanco, tan lindo, ¡que daba miedo! . . .

Agarro el brazo de Moinel; yo temblaba como una hoja; ¡creía que era Nuestro Señor! . . . Le digo a mi marido:

—Mira, ¡una aparición!

Él me contesta, furioso, en voz muy baja:

—¡Ya lo veo! Pero, ¡cállate, lengua larga!

Moinel no sabía qué hacer; pero en esas se nos para el caballo. . . De cerca, el aparecido tenía pálida la cara,

sudorosa la frente; llevaba una boina sucia y unos pantalones largos. Oímos su voz dulce que nos decía:

—No soy un hombre, no; soy una muchacha. Me he escapado y no puedo con mi cuerpo. ¿Quieren llevarme ustedes en su coche, señores?

Al punto la hicimos subir. Apenas se hubo sentado, perdió el conocimiento. ¿Y no adivinas de quién se trataba? ¡Era la novia del joven de Los Arenales, la novia de Frantz de Galais, en casa del cual habíamos estado invitados para la boda!

—¡Pero no hubo boda—dijo yo—, si la novia se había escapado!

—Claro que no—dijo, confusa, mirándome—. No hubo boda. Porque resulta que a la pobre loca se le metieron en la cabeza mil locuras que nos estuvo contando. Era hija de un pobre tejedor. Se había empeñado en que no era posible tanta dicha: el novio era demasiado joven para ella; todas las maravillas que le describían eran pura imaginación, y cuando por último fué Frantz a buscarla, a Valentina le dió miedo. Frantz se paseaba con ella y con una hermana suya por el Jardín del Arzobispado, en Bourges, a pesar del frío y del vendaval. El mozo, por delicadeza, claro, y porque amaba a la más chica, llenaba de atenciones a la mayor. Entonces, la loca no sé lo qué debió figurarse; dijo que se iba a casa a buscar una pañoleta; y una vez allí, para asegurarse mejor de que no la iban a seguir, se puso un traje de hombre y huyó a pie por la carretera de París.

Su novio recibió una carta en la que ella le declaraba que iba a unirse con un joven a quien quería. Lo cual no era verdad. . .

“Soy más dichosa con mi sacrificio —me decía— que si fuese su mujer.” Sí, pobre tonta, pero lo cierto es que él ni por asomos había pensado casarse con su hermana, y también es cierto que se pegó un tiro. Vieron sangre en el bosque, pero el cuerpo nunca apareció.

—¿Y qué hicieron ustedes de la infeliz muchacha?

—Primero, bebió una copita. Después le dimos de comer, y cuando volvimos se durmió junto al fuego. Se quedó en casa durante buena parte del invierno. Todo el día, mientras había luz, cortaba y cosía vestidos, componía sombreros y limpiaba con furia la casa. Ella fué la que pegó todas las alfombras que aquí ves. Y desde que estuvo en casa, las golondrinas hacen fuera sus nidos. Pero por la tarde, al caer la noche, terminado su quehacer, siempre hallaba un pretexto para irse al corral, o al huerto, o frente a la puerta, aunque el frío rajase las piedras. Y allí la encontrábamos, de pie, llorando como una Magdalena.

—Vaya, ¿qué es lo que te pasa? ¡Cuéntamelo!

—Nada, señora Moinel.

Y se metía adentro.

Los vecinos me decían:

“—Ha encontrado usted una criadita preciosa, señora Moinel.

A pesar de nuestras súplicas, quiso volverse a París, en marzo; le di unos vestidos que se arregló y Moinel la acompañó a la estación; le tomó billete y le dió, además, un poco de dinero.

No nos ha olvidado; hace de costurera en París, cerca de la iglesia de Nôtre-Dame; aun nos escribe preguntándonos si sabemos algo de Los Arenales. Una vez,

para quitarle esta idea, le contesté que el castillo había sido vendido y derribado, que el mozo había desaparecido para siempre y que la muchacha se había casado. Todo eso debe de ser verdad, me parece. Desde entonces, mi Valentina nos escribe con mucho menos frecuencia. . .

No era una historia de aparecidos lo que me contaba la tía Moinel con su estridente vocecilla, tan a propósito para contarlas. Yo estaba malhumorado a más no poder. Es que habíamos prometido a Frantz, el titiritero, servirle como hermanos, y he aquí que se me presentaba la ocasión. . .

Pero, ¿convenía acaso echar a perder la alegría que iba a darle a Meaulnes la mañana siguiente, contándole todo lo que acababa de averiguar ahora? ¿Para qué lanzarle a una empresa mil veces imposible? Poseíamos, en efecto, las señas de la muchacha. Pero, ¿dónde encontrar al titiritero que trotaba por el mundo?. . . Dejemos a los locos con los locos, pensaba yo. Delouche y Boujardon no estaban equivocados. ¡Cuánto mal nos hizo aquel novelesco Frantz! Y resolví callar, mientras no viera casado a Agustín Meaulnes con la señorita de Galais.

Tomada esta resolución, me quedaba todavía la penosa impresión de un mal augurio —impresión absurda, de la que bien pronto me libré.

La vela se había casi consumido del todo; zumbaba un mosquito; pero tía Moinel, con la cabeza inclinada bajo la capa de terciopelo que sólo se quitaba para

dormir, tornaba, con los codos en las rodillas, a su historia. . . De cuando en cuando, levantaba bruscamente la cabeza y me miraba para conocer mis impresiones, o acaso para ver si me vencía el sueño. Por último, disimuladamente, reclinando la cabeza en la almohada, cerré los ojos, fingiendo adormilarme.

—¡Vaya! Te duermes. . .—exclamó sordamente, algo decepcionada.

Compadecido de ella, protesté:

—No, tía, le aseguro que. . .

—Que sí —dijo—. Ya comprendo que todo esto te interesa muy poco. Claro, te estoy hablando de gente que no conoces. . .

Y esta vez, me callé como un cobarde.

CAPITULO IV

LA GRAN NOTICIA

Cuando, al día siguiente por la mañana, llegué a la calle Mayor, hacía un tiempo de vacaciones tan hermoso, era tan grande el sosiego y atravesaban el pueblo tan apacibles y familiares rumores, que recobré la alegre confianza propia del portador de una buena noticia. . .

Moraban Agustín y su madre en el que había sido edificio de la escuela. Al morir el padre, jubilado hacía rato y enriquecido por una herencia, Meaulnes quiso que compraran la escuela en que el viejo maestro enseñara durante veinte años y donde él mismo aprendiera a leer. No porque la fisonomía de la casa resultara muy agradable: tratábase de un caserón cuadrado como un Ayuntamiento, que es lo que también había sido; las ventanas de los bajos que daban a la calle quedaban tan altas que nadie miraba nunca por ellas; y el patio trasero, sin un solo árbol, y cuyas vistas al campo cerraba una elevada sala de recreo, era sin duda el más árido y desolado de los patios de escuela abandonada que haya visto jamás. . .

Por el complicado pasillo, al que abocaban cuatro puertas, hallé a la madre de Meaulnes. Traía del jardín un gran montón de ropa que debía de haber puesto a secar a primera hora, aquella larga mañana de vacaciones. Iba medio desgrefñada, con su pelo gris; unos mechones le caían sobre la cara. Su rostro, de regulares facciones, tenía, bajo el tocado antiguo, la hinchazón y el cansancio de una noche de vela; y bajaba tristemente la cabeza, con aire soñador.

Pero al verme de pronto, reconocióme y se sonrió:

—Llega usted a tiempo —me dijo—. Ya ve, aquí tengo tendida la ropa de Meaulnes, que se nos marcha. Pasé la noche arreglando sus cuentas y preparando sus chismes. El tren sale a las cinco, pero habrá tiempo para todo. . .

Dijérase, tan grande era la seguridad de que hacía gala, que se trataba de una decisión tomada por ella, cuando a buen seguro ignoraba hasta el nombre del pueblo a donde Meaulnes se dirigía.

—Suba usted —me dijo—. Le encontrará escribiendo, en la Alcaldía.

Subí, rápido, por la escalera; abrí la puerta de la derecha, en la que todavía colgaba el rótulo *Alcaldía*, y me encontré dentro de un salón con cuatro ventanas, de las que daban dos al pueblo y otras dos al campo, y cuyas paredes decoraban los amarillentos retratos de Grévy y de Carnot. En un largo estrado que ocupaba todo el fondo de la sala, se conservaban aún, delante de una mesa de paño verde, las sillas de los concejales. En el centro, sentado en el viejo sillón del alcalde, Meaulnes escribía, mojando la pluma en un anticuado

tintero de loza en forma de corazón. En aquel lugar, que parecía hecho para un rentista de aldea, se refugiaba Meaulnes cuando no estaba de correría por la comarca, durante las largas vacaciones. . .

Levantóse al reconocirme, pero no con la precipitación que yo me figuraba.

—¡Seurel!—dijo, nada más, con aire de profunda extrañeza.

Era el muchacho de siempre: rostro huesudo, cabeza rapada. Un bigote inculto empezaba a cubrirle el labio. La misma mirada leal. . . Pero parecía verse, por encima del ardor de los años anteriores, como un velo de bruma, que su gran pasión de antaño, a trechos, desvanecía. . .

Mi aparición le dejó turbadísimo. De un salto me subí al estrado. Pero, extraño es decirlo, ni siquiera se le ocurrió alargarme la mano. Se había vuelto hacia mí, con las manos a la espalda, apoyado en la mesa, con el cuerpo echado hacia atrás y con aire de profundo embarazo. Mirándome sin verme, estaba ya ensimismado con lo que iba a decirme. Lo mismo que en otros tiempos, y lo mismo que siempre, con aquella lentitud para romper a hablar que caracteriza a los solitarios, a los cazadores, a los aventureros, Meaulnes había tomado una decisión sin preocuparse de las palabras necesarias para explicarla. Y sólo ahora, cuando me tenía delante, empezaba a rumiar trabajosamente las palabras precisas.

Mientras tanto, yo le iba contando alegremente de qué modo había venido, dónde había pasado la noche y cuánta sorpresa me había causado ver a la señora Meaulnes preparando la partida de su hijo. . .

—Ah, ¿te lo ha dicho? . . .—preguntó.

—Sí. ¿Supongo que no se tratará de un largo viaje?

—Sí. De un viaje muy largo.

Desconcertado al momento, pero sintiendo que con una palabra reduciría a la nada, dentro de un rato, aquella incomprensible decisión, no me atrevía a abrir la boca, ni sabía por donde empezar la misión que me había propuesto.

Pero al fin fué él quien habló, como queriendo justificarse.

—Seurel —me dijo—, tú ya sabes lo que para mí significaba la extraña aventura de Santa Águeda. Era la razón de mi vida y de mis esperanzas. Perdidas las esperanzas, ¿qué iba a ser de mí? . . . ¿Vivir como todos?

“Pues bien, intenté vivir en París, al cerciorarme de que todo había terminado y que ya no valía la pena de buscar la mansión perdida. . . Pero cuando un hombre ha vislumbrado el Paraíso, ¿cómo va a conformarse después con la vida de todos? Lo que para los demás constituye la dicha, me ha parecido irrisorio. Y cuando sincera y deliberadamente decidí un día hacer como los demás, coseché remordimiento para rato. . .

Sentado en una de las sillas del estrado, escuchándole sin mirarle, cabizbajo, yo no sabía qué pensar de aquellas confusas explicaciones:

—Acabemos, Meaulnes —le dije—. Expílicate mejor. ¿Para qué este largo viaje? ¿Has de reparar alguna falta? ¿Has de cumplir alguna promesa?

—Pues bien, sí —contestó—. ¿Te acuerdas de la promesa que le hice a Frantz? . . .

—¡Ah!—exclamé con un gran alivio—. ¿Sólo se trata de eso? . . .

—De eso. Y acaso también de una falta que reparar. Las dos cosas al mismo tiempo. . .

Vino luego un instante de silencio, durante el cual me decidí a hablar y preparé mis palabras. . .

—Sólo en una explicación tengo fe —añadió—. Ciertamente que hubiera querido volver a ver a la señorita de Galais, sólo volverla a ver. . . Pero ahora me convenzo: cuando descubrí el castillo sin nombre, me hallaba en una cima, en un grado de perfección y pureza que nunca jamás alcanzaré. Sólo quizá en la muerte, te lo escribía un día, vuelva a encontrar la belleza de aquellos tiempos. . .

Cambió de tono para proseguir con una extraña animación, acercándoseme:

—Pero, ¡mira, Seurel! Esta nueva intriga y este gran viaje, esa falta cometida que hay que reparar, son, en cierto sentido, la continuación de mi antigua aventura. . .

Hubo una pausa, durante la cual trató penosamente de recobrar el hilo de sus pensamientos. Yo, antes, había dejado escapar la ocasión. Por nada del mundo iba a desaprovechar la presente; y esta vez hablé, demasiado de prisa, por cierto. Más tarde sentí amargamente no haber aguardado la confesión de Meaulnes.

Pronuncié, pues, la frase que tenía preparada para el momento anterior, pero que ya no era oportuna. Dije, sin un gesto, sin levantar casi la cabeza:

—¿Y si yo viniese a anunciarte que no todas las esperanzas se han perdido?

Mírome y, apartando después bruscamente los ojos, se puso encarnado como a nadie he visto hacerlo: era una oleada de sangre que debía darle fuertes golpes en las sienes. . .

—¿Qué quieres decir?—preguntó por último, en forma inteligible apenas.

Entonces, de un tirón, le conté cuanto sabía, cuanto había hecho y cómo, habiendo cambiado la faz de las cosas, parecía casi que fuese Ivonne de Galais quien me enviaba a él.

Agustín estaba ahora horriblemente pálido.

Mientras duró mi relato, me escuchó en silencio, con la cabeza algo hundida, en la actitud de aquel que ha sido sorprendido y no sabe cómo defenderse, o esconderse, o huir; recuerdo que no me interrumpió más que una vez. Fué al contarle, accidentalmente, que la mansión Los Arenales había sido objeto de una demolición total y que el castillo de otros tiempos no existía ya:

—Ah, ¿lo ves? —me dijo, cual si hubiera estado atisbando una ocasión para justificar su conducta y la desesperación en que se hallaba sumido—. ¿Lo ves? ¡Ya no queda nada! . . .

Para terminar, seguro de que tanta ventura le quitaría todo resabio de dolor, le conté que mi tío Florentino había organizado una partida de campo, que la señorita de Galais, a caballo, asistiría a ella, y que él estaba invitado también. . . Pero Meaulnes parecía completamente desamparado y seguía sin contestar.

—Hay que anular tu viaje —le dije con impaciencia—. Vamos a decírselo a tu madre. . .

Y mientras bajábamos me preguntó, vacilante:

—¿Entonces, de veras, es preciso que vaya a esa partida de campo?

—Vamos, hombre —repliqué—, esto ni se pregunta.

Parecía como si lo aguantaran, empujándolo, por detrás.

Abajo, Agustín advirtió a la señora Meaulnes que yo comería y cenaría con ellos, que me quedaría a dormir y que, al día siguiente, alquilaría él una bicicleta para acompañarme al Vieux-Nançay.

—Ah, muy bien —dijo la madre moviendo la cabeza, como si todas aquellas noticias no hiciesen más que confirmar sus previsiones.

Me senté en el comedorcito, bajo los calendarios ilustrados, los puñales ornamentados y las cantimploras sudanesas que un hermano del señor Meaulnes, soldado en otros tiempos de infantería de marina, trajera de sus lejanos viajes.

Agustín me dejó un instante allí, solo, antes de comer, y en el cuarto de al lado, donde su madre le había preparado el equipaje, oí cómo le decía, bajando un poco la voz, que no deshiciera la maleta, porque acaso se trataba de un simple aplazamiento. . .

CAPITULO V

LA JIRA

Pasé mis apuros para seguir a Meaulnes por la carretera del Vieux-Nançay. Volaba como un corredor ciclista. En las cuestas, nada de apearse. A su inexplicable vacilación de la víspera, había sucedido una fiebre, un nerviosismo, un ansia de llegar cuanto antes, que no dejaban de asustarme un poco. En casa de mi tío dió muestras de la misma impaciencia. Hubiérasele creído incapaz de interesarse por nada, hasta el momento en que, instalados en el coche, a eso de las diez de la mañana siguiente, nos dispusimos a partir hacia las márgenes del río.

Estábamos a fines de agosto, cuando declina el verano. Ya los zurrones vacíos de los castaños empezaban a alfombrar las pálidas carreteras. No era largo el trayecto; la granja de los Aubiers, cerca del Cher, a donde íbamos, se hallaría a poco más de dos kilómetros, pasados Los Arenales. De trecho en trecho nos topábamos con otros convidados en coche, y hasta con jóvenes a

caballo, a quienes Florentino, osadamente, había invitado en nombre del señor de Galais. . . Como en otros tiempos, se hizo un esfuerzo para juntar pobres y ricos, hidalgos y labriegos. Así fué como vimos llegar en bicicleta a Jazmín Delouche, quien, por medio del guarda Baladier, había trabado, tiempo atrás, conocimiento con mi tío.

—Aquí tenemos —dijo Meaulnes al verle—, al que poseía el secreto de todo, mientras yo me iba a París a buscarla. ¡Es como para desesperarse!

Cada vez que le miraba, crecía su rencor. El otro, que por el contrario se consideraba acreedor a toda nuestra gratitud, dió escolta a nuestro coche, de muy cerca, hasta el fin. Echábase de ver que había invertido no poco dinero en asearse, aunque de poco le valía al pobre, y los vuelos de su raída chaqueta daban contra el guardabarros de su velocípedo. . .

A pesar del esfuerzo que ponía en resultar amable, su cara ajada no acababa de convencernos. A mí me inspiraba más bien una vaga compasión. Pero, ¿de quién no habría tenido yo compasión aquel día? . . .

Cada vez que me acuerdo de aquella jira, lo hago con un oscuro pesar, como con una especie de bochorno. ¡Me las había prometido tan felices! ¡Me parecía todo tan perfectamente combinado para nuestra dicha! ¡Y fuimos tan poco dichosos! . . .

¡Qué preciosas estaban, sin embargo, las orillas del Cher! En la margen en que nos paramos, el ribazo terminaba en suave pendiente y la tierra se dividía en pra-

decillos verdes, en sauzales separados por cercos, cual otros tantos jardincillos minúsculos. Al otro lado del río, formaban la ribera grises colinas, abruptas, peñas-cosas; y en la cima de las más lejanas se vislumbraban, entre los abetos, castillitos románticos, con sendas torre-cillas. Oíase a lo lejos, de cuando en cuando, los ladridos de la jauría del palacio de Preveranges.

Habíamos llegado allí por un dédalo de senderos, tan pronto erizados de guijarros blancos, como llenos de arena—senderos que en las proximidades del río las aguas vivas transformaban en arroyos. Al pasar, las ramas de los groselleros silvestres se nos enganchaban en las mangas. Y ya nos hallábamos sumidos en la fresca umbría de los barrancos hondos; ya, al contrario, interrumpidos los setos, nos inundaba la clara luz del valle entero. A lo lejos, en la otra margen, vimos, al acercarnos, un hombre pegado a las rocas tendiendo parsimoniosamente sus espineles. ¡Y qué tiempo, Dios mío!

Nos instalamos sobre el césped, en el retiro que formaba un talar de abedules. Era un prado grande y liso, propicio, al parecer, para un sin fin de juegos.

Desengancharon los coches y llevaron los caballos a la granja de los Aubiers. En el bosque, empezaron a sacar provisiones y en la pradera dispusieron unas mesitas plegables que había traído mi tío.

Necesitóse entonces gente de buena voluntad para atisbar a la entrada del gran camino la llegada de los rezagados y para indicarles el sitio en que estaban los demás. Me ofrecí al momento; Meaulnes me acompañó; fuimos a apostarnos junto al puente colgante, en el cruce

de varios senderos con el camino que venía de Los Arenales.

Caminando de largo a largo, hablando del pasado, procurando distraernos como fuera, esperábamos allí. Aun llegó un coche del Vieux-Nançay. Eran unos campesinos desconocidos, con una moza llena de lazos. Luego, nada más. Sí, tres niños en un carrito tirado por un asno, los niños del antiguo jardinero de Los Arenales.

—Me parece reconocerlos —dijo Meaulnes—. Diría que son los que me tomaron de la mano, la otra vez, la primera noche de la fiesta, y me llevaron a cenar. . .

Pero en aquel momento, como el asno no quisiera seguir andando, los niños se apearon para pincharle, tirar de él, golpearle cuanto pudieron: Meaulnes, decepcionado, pretendió entonces haber sido víctima de una equivocación.

Yo les pregunté si por la carretera habían encontrado al señor de Galais y a su hija. Uno contestó que no lo sabía; otro: "Me parece que sí, señor". Y no sacamos nada en claro.

Por fin bajaron a la pradera, unos tirando del borriquito por las riendas, otros empujando el carrito por detrás. Volvimos a montar la guardia. Meaulnes no apartaba la vista del recodo del camino de Los Arenales, acechando, con una especie de terror, la aparición de la muchacha a quien tanto buscara otras veces. Una irritación extravagante y casi cómica, que descargaba contra Jazmín, se había apoderado de él. Desde lo alto del pequeño talud a que nos subimos para dominar más trecho de camino, divisábamos, en el césped, a un nivel

inferior, un grupo de invitados en el que Delouche trataba de hacer buen papel:

—Mira este tonto, cómo está perorando —me decía Meaulnes.

Y yo le contestaba:

—Déjale, hombre. El pobre chico hace lo que puede.

Agustín no se daba por vencido. Allá abajo, una liebre o una ardilla debió desembocar por una espesura. Jazmín, haciendo gala de serenidad, hizo ademán de perseguirla.

—¡Vaya, esta sí que es buena! Ahora corre. . .—exclamó Meaulnes cual si verdaderamente se tratase del colmo de la audacia.

Y esta vez no pude contener la risa. Meaulnes tampoco; pero duró lo que un relámpago.

Al cabo de otro cuarto de hora, dijo:

—¿Y si no viniera?

—Cuando lo prometió. . . Has de tener paciencia. . .

Se puso otra vez a acechar. Pero, incapaz de aguantar por más tiempo aquella intolerable espera, acabó diciendo:

—Oye: me vuelvo abajo, con la otra gente. Algo va contra mí, no sé qué, en estos momentos. Si me quedo, seguro que no viene; imposible que pueda verla aparecer ahora por el extremo del camino.

Y se fué en dirección al prado, dejándome solo. Hice cosa de un centenar de metros, por el caminito, para pasar el tiempo. Y a la primera vuelta, vi a Ivonne de Galais, montada en su viejo caballo blanco, tan fogoso, aquella mañana, que se veía obligada a tirar de las riendas para impedirle que trotara. Delante del caballo

caminaba el señor de Galais, penosamente y en silencio. Sin duda, padre e hija debieron de relevarse por el camino, sirviéndose uno después de otro de la vieja cabalgadura.

Al verme solo, sonríome, se apeó ligera y, confiando a su padre las riendas del caballo, se dirigió hacia mí, que corría a su encuentro.

—¡Cuán contenta estoy de hallarle a usted solo!—me dijo—. Porque no quiero que nadie, salvo usted, vea el viejo Belisario, ni quiero dejarlo tampoco junto con los demás caballos. Primero porque es demasiado viejo y demasiado feo; y luego, porque siempre me da miedo que otro caballo me lo lastime. Pero es el único en que me atrevo a montar y cuando se me muera no iré más a caballo.

En la señorita de Galais, lo mismo que en Meaulnes, notaba bajo aquella encantadora animación, bajo aquella gracia tan apacible a primera vista, cierta impaciencia rayana en ansiedad. Hablaba más de prisa que de costumbre. A despecho de las mejillas y los pómulos encarnados, había en torno de sus ojos y de su frente, a trechos, una palidez violenta en la que se leía toda su turbación.

Acordamos atar a Belisario de un árbol, en un bosquecillo no lejos del camino. El anciano señor de Galais, sin decir palabra, como siempre, sacó el cabestro y ató el animal—un poco bajo, a mi juicio. Les prometí traer en seguida de la granja, heno, avena, paja. . .

Y la señorita de Galais llegó al prado, como en otros días debió de bajar a la orilla del lago, cuando Meaulnes la vió por vez primera.

Dándole el brazo a su padre, apartando con la mano izquierda el vuelo de la capa grande y ligera que la envolvía, se iba acercando a los invitados, con aquel aire suyo, tan formal y tan infantil a la vez. Yo caminaba a su lado. Todos los invitados que se habían diseminado, o que estaban jugando, lejos, se incorporaron para recibirla, reunidos. Hubo unos instantes de silencio durante el cual todos la contemplaban, conforme se iba acercando.

Meaulnes se había unido al grupo de los muchachos y nada, salvo su aventajada estatura, podía distinguirse de sus compañeros: y aun había gente casi tan alta como él. Nada hizo para llamar la atención: ni un gesto, ni un paso hacia adelante. Yo le veía, vestido de gris, inmóvil, mirando de hito en hito, como los demás, a aquella doncella tan hermosa que se llegaba a ellos. Luego, sin embargo, con un movimiento inconsciente y cohibido, se pasó la mano por la desnuda cabeza, como si quisiera ocultar, en medio de sus compañeros de bien peinados cabellos, su rapada cabeza de rudo aldeano.

Después, el grupo entero hizo corro en torno de la señorita de Galais. Le fueron presentados los muchachos y muchachas que no conocía. . . Iba a tocarle el turno a mi compañero, y yo, que estaba tan ansioso como él, me disponía a efectuar esa presentación.

Pero sin dejarme despegar los labios, la joven se adelantó hacia él, con una decisión y una gravedad sorprendentes.

—Usted es Agustín Meaulnes —dijo:

Y le alargó la mano.

CAPITULO VI

LA JIRA

(Fin)

Unos recién llegados se acercaron, casi en seguida, para saludar a Ivonne de Galais y eso separó a los dos jóvenes, los cuales por una desgraciada casualidad no pudieron, a la hora de comer, sentarse a la misma mesita. Pero Meaulnes parecía haber recobrado valor y confianza. Varias veces, como me hallase solo entre Delouche y el señor de Galais, vi a mi compañero, de lejos, haciéndome señas amistosas con la mano.

Sólo al declinar la tarde, cuando los juegos, zambullidas, conversaciones y paseos en barco por el estanque vecino fueron organizados, Meaulnes pudo volver a encontrarse en presencia de la muchacha. Estábamos hablando con Delouche, sentados en unas sillas de jardín que habíamos traído, cuando, huyendo de un grupo de jóvenes en medio del cual parecía aburrirse, se nos acercó la señorita de Galais. Recuerdo que nos preguntó por qué no dábamos un paseo en bote, como todos.

—Esta tarde dimos unas vueltas —contesté—. Pero resulta muy monótono y pronto nos cansamos.

—Si es así, ¿por qué no se van por el río?

—La corriente es demasiado fuerte, correríamos el peligro de ser arrastrados por ella.

—Nos convendría —dijo Meaulnes— una canoa a petróleo o un vaporcito como el de la otra vez.

—Ya no lo tenemos —dijo Ivonne, casi en voz baja—. Lo vendimos.

Y se hizo un embarazoso silencio.

Jazmín lo aprovechó para anunciar que se iba en busca del señor de Galais.

—Ya sé dónde encontrarle —dijo.

¡Extravagancias del destino! Aquellos dos seres tan absolutamente distintos habían simpatizado mutuamente y desde la mañana casi no se habían separado un momento. El señor de Galais me llevó aparte, a primeras horas de la tarde, para decirme que tenía un amigo lleno de tacto y deferencia, y adornado con toda suerte de cualidades. ¡Quien sabe si había llegado a confiarle el secreto de la existencia de Belisario y el lugar de su escondite!

También yo quería irme. Pero veía a los dos muchachos tan cohibidos e inquietos, el uno frente al otro, que juzgué prudente no hacerlo. . .

Tanta discreción por parte de Jazmín y tanta precaución por la mía, de bien poco sirvieron. Agustín y la joven se hablaron. Pero invariablemente, con una testarudez de la que en verdad no se daba cuenta, Meaulnes insistía sobre todas las maravillas de antaño. Y la muchacha, sometida a aquel tormento, tenía que repetirle, cada vez, que todo había desaparecido: la vieja mansión, tan complicada y extraña, derribada; el gran

estanque, sin agua, cegado; y desparramados los niños de deliciosos trajes. . .

—¡Ah!—se limitaba a exclamar Meaulnes, con desesperación y como si cada una de aquellas desapariciones abonase su parecer, contra la joven o contra mí. . .

Caminábamos los tres, uno al lado del otro. . . En vano intentaba yo distraerles de la tristeza que a todos nos invadía. Con una pregunta hiriente, cedía Meaulnes, nuevamente, a su obsesión. Pedía pormenores acerca de cuanto había visto la otra vez: las niñas, el conductor de la vieja berlina, los poneyes de la carrera. “¿También vendieron los poneyes? ¿No quedan caballos en el castillo?”

Ella contestó que no. Nada dijo de Belisario.

Entonces, Meaulnes evocó los objetos de su cuarto: los candelabros, el gran espejo, el viejo laúd roto. . . De todo se informaba, con una pasión insólita, como si quisiera convencerse a sí mismo de que nada quedaba de su hermosa aventura. No, ninguna posibilidad existía de que la joven le trajese una astilla del naufragio, para probarle que no habían soñado los dos, como el que se sumerge y saca del fondo del agua una piedrecilla y unas algas. . .

La señorita de Galais y yo no pudimos menos de sonreírnos tristemente. Ella se decidió a explicarle:

—El hermoso castillo que el señor de Galais y yo habíamos arreglado para el pobre Frantz, no volverá usted a verlo.

“Pasábamos la vida entera haciendo lo que él nos pedía. ¡Era una criatura tan original y encantadora! Pero todo desapareció con él el día de sus frustrados desposorios.

“El señor de Galais ya estaba arruinado, sin que lo supiéramos. Frantz había contraído deudas, y sus antiguos compañeros, al enterarse de su desaparición, nos las reclamaron sin tardanza. Nos quedamos pobres. La señora de Galais murió y en unos días perdimos todas las amistades.

“Que vuelva Frantz, si no se ha muerto. Que halle de nuevo a sus amigos y a su prometida; que las interrumpidas bodas se celebren y acaso todo vuelva a ser lo que fué en otros tiempos. Pero, ¿es que puede renacer el pasado?

—Quién sabe —dijo Meaulnes, pensativo—. Y ya no preguntó más.

Por la hierba corta, que ya amarilleaba, caminábamos los tres, sin ruido. Junto a Agustín, a su derecha, iba la muchacha a quien creyera perdida para siempre. Cuando le hacía una de aquellas duras preguntas, ella, para contestarle, volvía hacia él, despacito, su rostro delicioso e inquieto; y una vez, mientras le hablaba, le puso la mano en el brazo, suavemente, con un gesto lleno de confianza y de franqueza. ¿Por qué el gran Meaulnes permanecía allí como un extraño, como quien, al no encontrar lo que buscaba, nada le puede interesar? Esa felicidad, tres años antes, no habría podido soportarla sin terror, sin locura, tal vez. ¿De dónde procedía, pues, ese vacío, ese alejamiento, esa impotencia para ser dichoso, que sentía entonces en su pecho?

Nos acercábamos al bosquecillo en donde el señor de Galais había atado por la mañana a Belisario; el sol, hacia el ocaso, alargaba en la hierba nuestras sombras; del fondo del prado nos llegaba, con la sordina de la

lejanía, un murmullo feliz: las voces de los jugadores y de las niñas. Permanecíamos silenciosos en medio de aquella paz admirable, cuando oímos un canto, al otro lado del bosque, en dirección de los Aubiers, aquella granja que se levanta al borde del agua. Era la voz juvenil y lejana de un hombre llevando sus animales al abrevadero, una tonada llena de ritmo, como una danza, pero que el hombre alargaba y hacía languidecer cual una balada vieja y triste:

Llevo zapatos rojos. . .

¡Ay, amor mío, adiós!

Llevo zapatos rojos. . .

¡No volverás, amor! . . .

Meaulnes, erguida la cabeza, escuchaba. Era una de aquellas canciones que cantaban los campesinos rezagados, en la mansión sin nombre, la última noche de la fiesta, cuando todo se había desmoronado ya. . . Nada más. Un recuerdo tan sólo —el más miserable— de los bellos días sin retorno.

—Pero, ¿lo están oyendo?—dijo Meaulnes a media voz—. ¡Ah, voy a ver lo que es!—. Y dicho y hecho, se metió por el bosquecillo. Casi en seguida calló la voz; oyóse aún por espacio de un segundo al hombre silbando a sus animales, mientras se alejaba; luego, nada más. . .

Miré a la joven. Pensativa y abrumada, no apartaba los ojos del soto en que Meaulnes acababa de desaparecer. ¡Cuántas otras veces, más tarde, miraría así, pensativamente, el paso por donde el gran Meaulnes se iría para siempre!

Volvióse a mí:

—No es feliz —dijo dolorosamente.

Y añadió:

—Y acaso no puedo hacer nada por él. . .

Yo vacilaba, antes de contestarle; pensaba en Meaulnes, que se habría plantado de un brinco en la granja y, de vuelta ahora por el bosque, podría sorprender nuestra conversación. Pero, con todo, iba a darle ánimo; a decirle que no temiese hablarle con brusquedad al muchacho; que algún secreto, sin duda, debía tenerle desesperado y que, si de él dependía, ni a ella ni a nadie le abriría nunca el corazón. . . Pero, de repente, del otro lado del bosque, partió un grito; después oímos como el piafar de un caballo impaciente y el rumor de una disputa, con sus entrecortadas voces. . . En seguida comprendí que le había ocurrido algo al viejo Belisario y me precipité al lugar de donde venía el alboroto. La señorita de Galais me siguió a cierta distancia. Desde el fondo de la pradera debieron darse cuenta de nuestros movimientos, pues al meterme en el soto percibí los gritos de la gente que acudía.

Al viejo Belisario, atado demasiado bajo, se le había enredado el ronzal con una de las patas delanteras; había estado sin moverse hasta que el señor de Galais y Delouche, durante su paseo, se le acercaron; asustado, y excitado por la inesperada avena con que le regalaron, se debatió furiosamente; los dos hombres intentaron ponerlo en libertad, pero con tanta torpeza que aun lo trabaron más, sin dejar de exponerse a recibir sus peligrosas coces. Fué en aquel momento cuando Meaulnes, de regreso de los Aubiers, se topó casualmente con el grupo. Furioso de tanta torpeza, dió un empujón a entrambos hombres a riesgo de mandarlos a rodar por

los matorrales. Con cuidado, pero con suma rapidez, desligó a Belisario. Tardíamente, porque el mal ya estaba hecho; el caballo debía de haberse lastimado un nervio, quizá se había roto algo, porque estaba que daba lástima, con la cabeza gacha, la silla a medio descinchar sobre el lomo y una pata temblorosa bajo el vientre. Meaulnes, inclinado, lo acariciaba, examinándolo, sin decir nada.

Cuando levantó la cabeza, casi toda la gente se había reunido en torno, pero él no veía a nadie. Estaba rojo de cólera.

—¡Quisiera saber —gritaba—, quién ha sido el que lo ha atado así! Y quién le ha dejado puesta la silla todo el santo día. Y quién ha tenido el valor de ensillar este viejo caballo, que sólo sirve, a lo sumo, para un carricoche.

Delouche quiso decir algo, cargar con todo.

—¡Cállate, hombre! Tú tenías que ser. Ya te he visto cómo tirabas tontamente del ronzal, para desenredarlo.

Y agachándose de nuevo, se puso otra vez a darle al caballo unas friegas en el corvejón, con la palma de la mano.

El señor de Galais, que no había despegado la boca, tuvo la mala idea de salir de su reserva. Balbució:

—Los oficiales de marina tienen por costumbre... Mi caballo...

—Ah, ¿es de usted el caballo?—dijo Meaulnes, apaciguándose un poco, pero muy colorado, y volviendo la cabeza, de soslayo, hacia el anciano.

Creí que iba a cambiar de tono y a excusarse. Sopló un instante. Y entonces le vi complacerse, amargo y desesperado, en agravar la situación, en romperlo todo para siempre, diciendo con insolencia:

—Pues no puedo felicitarle a usted.

Alguien apuntó:

—Quizás con agua fresca. . . Un baño en el vado. . .

—Hay que llevarse en seguida a este viejo caballo—dijo Meaulnes sin contestar. Todavía anda; es preciso aprovechar la ocasión. Y que lo metan en la caballeriza y no lo saquen nunca más.

Varios jóvenes se ofrecieron al punto. Pero la señorita de Galais rehusó, dándoles vivamente las gracias. Con el rostro encendido y a punto de deshacerse en llanto, despidióse de todos, incluso de Meaulnes, el cual, desconcertado, ni se atrevió a mirarla. Luego tomó el animal por las riendas, así como se da la mano a alguien, más para acercársele que para llevarlo. . . El viento de aquellas postrimerías de verano era tan tibio, por el camino de Los Arenales, que nos hubiéramos creído en mayo; en los setos temblaban las hojas a la brisa del Sur. . . Así la vimos partir, con el antebrazo fuera de la capa y sosteniendo con la fina mano las gruesas riendas de cuero. A su lado, penosamente, caminaba su padre.

¡Triste fin el de esa tarde! Poco a poco, cada cual recogió sus avíos y cubiertos; plegamos las sillas, desmontamos las mesas; y uno tras otro fuéronse los coches, con su carga de equipajes y de gente que levantaba los sombreros y agitaba los pañuelos. Fuimos los últimos en

abandonar el terreno, con tío Florentino, el cual, lo mismo que nosotros, daba vueltas y más vueltas, sin decir palabra, a su pesar y a su gran decepción.

También nosotros nos fuimos, en nuestro coche de excelente suspensión, del que tiraba con viveza un hermoso alazán. Las ruedas hicieron crujir la arena del recodo y Meaulnes y yo, sentados en la banqueta trasera, vimos pronto desaparecer la entrada del atajo que tomaran el viejo Belisario y sus amos.

Pero entonces mi compañero —el ser más incapaz de llanto que conozca— volvió de súbito hacia mí su cara trastornada por la irresistible acometida de las lágrimas.

—Pare usted, haga el favor —le dijo a Florentino poniéndole una mano en el hombro—. Por mí no pasen pena. Volveré solo, a pie.

Y de un salto, con la mano en el guardabarros del coche, se apeó. Vimos, llenos de estupefacción que, volviendo atrás, se ponía a correr, y que corría hacia el caminito que acabábamos de dejar, el camino de Los Arenales. Debió de llegar al Castillo por la calle de abetos que siguiera antaño, en la que oyera, vagabundo oculto entre la fronda baja, la misteriosa conversación de aquellos niños hermosos y desconocidos. . .

Y fué aquella noche cuando, entre sollozos, pidió Agustín la mano de la señorita de Galais.

CAPITULO VII

EL DIA DE LA BODA

Es un jueves de principios de febrero, una hermosa y fría tarde de jueves. Sopla el vendaval. Son las tres y media, las cuatro. . . En los setos próximos a las aldeas tendieron la colada a mediodía y la borrasca la está secando. En cada casa el fuego del comedor ilumina una tendalera de relucientes juguetes. Cansado de jugar, el niño se ha sentado junto a su madre y le pide que le cuente los recuerdos del día de su boda. . .

Para los que no quieren ser dichosos, ahí está el granero. Con sólo subir a él oirán hasta la noche el silbar y gemir de los naufragios. Ahí está la carretera. Saliendo por ella, el viento les echará a la boca el pañuelo de seda, como un beso ardiente y repentino que les hará llorar. Pero los que anhelan ser felices, tienen, al borde de un camino fangoso, la casa de Los Arenales, a la que ha vuelto mi amigo Meaulnes en compañía de Ivonne de Galais, su mujer desde mediodía.

Cinco meses duró el noviazgo. Fué un noviazgo apacible, tan apacible cuan agitada había sido la primera

entrevista. Meaulnes estuvo a menudo, en bicicleta o en coche, en Los Arenales. Más de dos veces por semana, cosiendo o leyendo junto a la ventana que da al erial y a los abetos, la señorita de Galais vió, de golpe, su alta y rápida silueta cruzar por detrás de los visillos, pues siempre llega por la apartada calle que tomó en otros tiempos. Mas esta es la única alusión —tácita— que Meaulnes se permite hacer al pasado. La felicidad parece haber adormecido su extraño tormento.

Algunos pequeños acontecimientos se han destacado en esos cinco meses de paz. He sido nombrado maestro de un lugar llamado Saint-Benoist-des-Champs. Saint-Benoist no es un pueblo. Se trata de unas granjas diseminadas por el campo. La casa-escuela se halla completamente aislada en una cuesta, al borde del camino. Llevo una vida harto solitaria, pero a campo traviesa, en tres cuartos de hora, puedo presentarme en Los Arenales.

Delouche vive ahora en casa de su tío, constructor en el Vieux-Nançay. No tardará en ser suyo el negocio. Viene a verme con frecuencia. Meaulnes, a ruego de la señorita de Galais, está ahora muy amable con él.

Y eso explica por qué estamos rodando los dos por allí, a eso de las cuatro de la tarde, cuando todos los invitados a la boda ya se han ido.

Se celebró la boda a mediodía, con todo el silencio posible, en la antigua capilla de Los Arenales, que no fué derribada y que los abetos ocultan a medias en la ladera de la cercana cuesta. Tras una rápida comida, la madre de Meaulnes, el señor Seurel y Millie, Florentino y demás, volvieron a subirse a los coches. Sólo nos hemos quedado Jazmín y yo.

Estuvimos vagando por los linderos de los bosques que se encuentran detrás de la casa de Los Arenales, bordeando un gran terreno baldío, antiguo solar del Castillo hoy derribado. Sin querer confesarlo y sin saber por qué, nos sentimos llenos de inquietud. En vano procuramos distraer nuestros pensamientos y engañar nuestra angustia, mostrándonos en el transcurso de nuestro paseo, sin objeto, las madrigueras de las liebres y los surquitos de arena recién labrados por los conejos. . . la huella de un cazador furtivo. . . Pero, sin cesar, volvemos a ese lado del monte desde donde se descubre la casa cerrada y silenciosa. . .

Bajo el ventanal que da frente a los abetos, hay un balcón de madera, invadido por la maleza que doblega el viento. Un resplandor, diríase de hoguera, se refleja en los vidrios. De vez en cuando, pasa una sombra. Todo en torno, en los campos vecinos, en el huerto, en la casa de campo, único resto de lo que fueron dependencias, silencio y soledad. Los colonos se marcharon al pueblo a festejar la dicha de sus amos.

De vez en cuando, el viento, cargado de un vaho que casi llega a ser lluvia, nos moja el rostro y nos trae la frase perdida de un piano. Allí, en la casa cerrada, alguien está tocando. Me detengo un instante para escuchar en silencio. Primero es como una voz trémula que, de muy lejos, ni se atreve casi a cantar su alegría. . . Es como la risa de una niña en su cuarto: ha ido a buscar todos sus juguetes y se los presenta al amigo. . . También pienso en la alegría, temerosa aún, de la mujer que ha ido a ponerse un bello vestido y no sabe si gustará. . . Esta melodía que no conozco, también es una

plegaria, un ruego a la felicidad, para que no se muestre demasiado cruel, es un saludo y como un hincarse ante la felicidad. . .

Pienso: "Por fin son dichosos. . . Ahí está Meaulnes junto a ella. . ."

Y con saberlo, con estar seguro de ello, rebosa de alegría el buen muchacho que soy.

En este momento, cuando más ensimismado me hallo —con el rostro mojado por el viento de la llanura, que se parece al rocío del mar—, siento que me golpean en el hombro:

—¡Escucha!—me dice Jazmín, en voz muy queda.

Le miro. Con una seña me indica que no me mueva. Y él se queda escuchando también, cabizbajo y con las cejas fruncidas. . .

CAPITULO VIII

LA LLAMADA DE FRANTZ

—¡Ju-u! . . .

Ahora lo he oído. Es una seña, una llamada de dos notas, aguda y grave, que he oído otra vez. . . ¡Ah!, ya recuerdo: es el grito que daba el cómico alto, llamando a su joven compañero desde la cancela del colegio. Es la llamada que Frantz nos hizo jurar que atenderíamos, donde fuese y cuando fuese. Pero, ¿qué se le ha perdido a ése aquí, hoy?

—Viene del gran bosque de abetos, de la izquierda— dije a media voz—. Será sin duda un cazador furtivo.

Jazmín mueve la cabeza:

—Bien sabes tú que no —dice.

Luego, más quedo:

—Los dos andan por el pueblo, desde la mañana. A las once, sorprendí a Ganache en un campo, acechando, cerca de la capilla. Echó a correr al verme. Deben venir de lejos en bicicleta, pues iba embarrado hasta media espalda. . .

—Pero, ¿qué es lo que buscan?

—¡Qué sé yo! De lo que estoy convencido es de que hay que echarles. Es menester que dejen de rondar por los alrededores. Si no, volveremos a las andadas. . .

Soy del mismo parecer, aunque no lo confiese.

—Lo mejor —digo— sería dar con ellos, ver lo que quieren y hacerles entrar en razón. . .

Lenta y silenciosamente, agachándonos, nos deslizamos, pues, a través del monte hasta el bosque, de donde parte, a intervalos regulares, ese grito prolongado que sin encerrar en sí mismo una tristeza particular, nos parece a los dos un siniestro augurio.

En esa parte del bosque en que la mirada se pierde entre los troncos plantados a trechos iguales, es difícil sorprender a alguien y adelantar sin ser visto. No lo intentamos siquiera. Yo me sitúo en un ángulo del bosque. Jazmín lo hace en el ángulo opuesto, a fin de poder dominar desde el exterior, como yo, dos de los lados del rectángulo y para que no huya sin ser llamado por nosotros ninguno de los dos titiriteros. Una vez tomadas estas disposiciones, empiezo a representar mi papel de explorador pacífico, y llamo:

—¡Frantz! . . .

“... ¡Frantz! No tenga miedo. Soy yo, soy Seurel; tengo que hablarle. . .”

Un instante de silencio; me dispongo a gritar otra vez, cuando, en el mismo corazón del bosque, al que mi vista no acierta del todo a penetrar, una voz ordena:

—Estése quieto. Frantz viene a su encuentro.

Poco a poco, entre los altos abetos que la distancia nos hace creer espesos, columbro la silueta del joven que se acerca. Parece cubierto de lodo y mal vestido; lleva

unos sujetadores de bicicleta en las puntas de los pantalones, una vieja gorra de marino cubre sus largas guejas; ahora veo su enflaquecido rostro... Parece haber llorado.

Acercándose, resueltamente, me pregunta con aire lleno de insolencia:

—¿Qué quiere usted?

—Y usted, Frantz, ¿qué es lo que hace usted por aquí? ¿Por qué viene a turbar a los que son felices? ¿Quiere usted algo? Dígalo.

Interrogado directamente de este modo, se ruboriza un poco y balbuceando se limita a contestar:

—¡Soy un desgraciado, soy un desgraciado!...

Luego, apoyando la cabeza en los brazos, y descansando éstos en el tronco de un árbol, se pone a sollozar amargamente. Damos unos pasos por el bosque. El paraje es perfectamente silencioso. Ni siquiera se oye la voz del viento: los abetos del lindero la detienen. Entre los troncos simétricos se repite y apaga el rumor de los contenidos sollozos del muchacho. Espero a que se le calme la crisis y poniéndole la mano en el hombro le digo:

—Frantz, véngase usted conmigo. Iremos a verles. Le acogerán a usted como al hijo perdido y recuperado y no se hablará más del asunto.

Mas él nada quería oír. Con una voz ensordecida por las lágrimas, desgraciado, tozudo, colérico, insistía:

—¿De modo que Meaulnes ya no se ocupa de mí? ¿Por qué no contesta cuando le llamo? ¿Por qué no cumple su promesa?

—¡Vamos, Frantz! —contesté—; se acabó el tiempo de las fantasmagorías y de la chiquilladas. No turbe con sus locuras la felicidad de las personas a quienes ama: su hermana y Agustín Meaulnes.

—Pero si sólo él puede salvarme, ya lo sabe usted. Sólo él es capaz de encontrar la pista que yo ando buscando. Pronto va a hacer tres años que Ganache y yo recorremos Francia entera sin resultado alguno. Sólo en su amigo seguía confiando. Y he aquí que deja de contestarme. Él encontró su amor. ¿Por qué no ha de pensar ahora en mí? Es preciso que se ponga en camino. Ivonne le dejará partir. . . Nunca me ha negado nada.

Y me dejaba ver un rostro en el cual, sobre el polvo y el lodo, trazaron las lágrimas unos surcos sucios. Era el rostro de un chico envejecido, extenuado, deshecho. Tenía unas ojeras rojizas; llevaba la barba mal afeitada, y el cabello demasiado largo, le caía sobre el cuello sucio. Tiritaba de frío, con las manos en los bolsillos. Ya no era aquel príncipe harapiento de años atrás. De corazón, sin duda era más niño que nunca: imperioso, fantástico y, al cabo de un momento, desesperado. Pero se le hacía a uno duro soportar tanta chiquillada en ese muchacho un poco ajado ya. . . Antes, poseía tal cantidad de orgullosa juventud que todas las locuras del mundo parecían estarle permitidas. Ahora, se sentía uno inclinado a compadecerlo, a causa del fracaso de su vida; pero al cabo de un rato no había más remedio que echarle en cara ese papel absurdo de joven héroe romántico en que yo le veía encastillarse. . . Y por último, aun sin quererlo, no podía dejar de pensar que el bello Frantz de los bellos amores había tenido que ponerse a robar

para vivir, ni más ni menos que su compañero Gana-
che. . . ¡Tanto orgullo para acabar así!

—¿Y si yo le prometiera —le dije finalmente, des-
pués de pensarlo bien— que dentro de unos días Meaul-
nes se pondrá en campaña para usted, únicamente para
usted? . . .

—Meaulnes saldrá con la suya, ¿no es cierto? ¿Está
usted seguro?—me preguntó castañeteando de frío.

—Así lo creo. Tratándose de él no hay nada im-
posible.

—¿Y cómo voy a saberlo? ¿Quién me lo dirá?

—Vuelva usted a este lugar dentro de un año y a
esta misma hora: aquí encontrará usted a la muchacha
de su corazón.

Y al decir esto no pensaba yo en molestar a los re-
cién casados: con los datos que tía Moirel pudiera dar-
me ya me las arreglaría yo para descubrir a la joven.

El titiritero me miraba de hito en hito, con una vo-
luntad de confianza de veras admirable. ¡Quince años!
¡A pesar de todo, Frantz seguía teniendo quince años!
—la edad que teníamos en Santa Águeda, la tarde del
barrido de las aulas, cuando hicimos los tres aquel te-
rrible juramento infantil.

La desesperación le acometió de nuevo cuando se vió
obligado a decir:

—Está bien, nos marcharemos.

Contempló, con el corazón lleno de congoja, cierta-
mente, todos aquellos bosques que nos rodeaban, y que
otra vez iba a dejar.

—Dentro de tres días —dijo— andaremos por las ca-
rreteras de Alemania. Nuestros coches los hemos dejado

lejos de aquí. Y hace treinta horas que caminamos sin reposo. Pensábamos haber llegado a tiempo para llevarnos a Meaulnes antes de la boda y buscar con él a mi prometida, del mismo modo que él buscó el Castillo de Los Arenales.

Luego, reincidiendo en su terrible puerilidad, me dijo mientras se iba:

—Llame usted a su Delouche, porque si me lo encuentro al paso no respondo de mí.

Poco a poco, vi desaparecer entre los abetos la silueta gris de Frantz. Llamé a Jazmín y volvimos a montar la guardia. Pero casi al instante divisamos, allí lejos, a Agustín cerrando los postigos de la casa y nos impresionó lo extraño de su paso.

CAPITULO IX

LA GENTE FELIZ

Más tarde me enteré, con todo pormenor, de lo ocurrido. . .

En el salón de Los Arenales, al promediar el día, Meaulnes y su mujer, a la que yo sigo llamando la señorita de Galais, se quedaron a solas. Al marcharse los invitados, el anciano señor de Galais abrió la puerta dejando que el viento penetrara un instante en la casa, llenándola con sus plañidos; encaminóse luego al Vieux-Nancy, de donde regresaría a la hora de cenar, para cerrarlo todo con llave y dar instrucciones a los colonos. Ningún ruido del exterior perciben los jóvenes ahora. Apenas la desnuda rama de un rosal golpeando en la ventana por el lado del páramo. Cual dos pasajeros de un buque a la deriva, son, en el frío vendaval, dos amantes que se encerraron con la dicha.

—El fuego va a apagarse —dijo la señorita de Galais, y quiso tomar un tronco de la carbonera.

Pero Meaulnes, adelantándosele, echó, él mismo, la leña en el fuego.

Luego, tomando la mano que la muchacha alargaba, allí se quedaron, de pie, frente a frente, como ahogados por una gran noticia que no se podía decir.

Rodaba el viento con el fragor de un río desbordado. De vez en cuando, una gota de agua, diagonalmente, como en la portezuela de un tren, rayaba el vidrio de la ventana.

Entonces la joven escapó. Abriendo la puerta que daba al pasillo, desapareció con una sonrisa misteriosa. Un instante, en la penumbra, Agustín se quedó solo. . . El tic-tac de un péndulo le recordaba el comedor de Santa Águeda. . . Sin duda, pensaría: "Ya tenemos la casa que tanto busqué; el pasillo que en otros tiempos rebosaba de cuchicheos y de pasos extraños. . ."

En aquel momento debió oír —la señorita de Galais me contó más tarde que ella también lo había oído— el primer grito de Frantz, muy cerca de la casa.

La joven le fué enseñando entonces el montón de cosas maravillosas de que iba cargada: sus juguetes de niña, todas sus fotografías infantiles: ella, de cantine-ra; ella y Frantz en la falda de su madre, tan bonita. . . y luego todo lo que le quedaba de sus finos vestiditos de antaño: "hasta el que llevaba, míralo, poco antes de conocernos, cuando llegaste, me parece, al colegio de Santa Águeda", pero Meaulnes nada veía, nada escuchaba ya. . .

Por un instante, sin embargo, pareció volver en sí al pensar en su extraordinaria, en su fantástica felicidad:

—Estás aquí —dijo sordamente, como si sólo el de-

cirlo le diera vértigo—, pasas junto a la mesa y pones en ella un momento la mano. . .

Y después:

—Mi madre, cuando era joven, también doblaba de este modo el busto sobre la cintura, para hablarme. . . Y cuando se sentaba al piano. . .

Entonces la señorita de Galais le ofreció tocar mientras llegaba la noche. Pero aquel ángulo del salón estaba a oscuras y hubo que encender una bujía. La pantalla rosa aumentaba, en el rostro de la doncella, aquel rubor que le teñía los pómulos y que era el síntoma de una angustia muy grande.

Fué cuando en la linde del bosque empecé a oír aquella trémula canción que nos traía el viento, entrecortada pronto por el segundo grito de aquellos dos locos, que se nos acercaban por entre los abetos.

Meaulnes permaneció un buen rato escuchando a la joven y mirando silenciosamente por la ventana. Volvióse varias veces hacia aquel rostro suave, lleno de angustia y desvalimiento. Se acercó luego a Ivonne y, muy levemente, le puso la mano en el hombro. Ella sintió pesar dulcemente junto a su cuello aquella caricia a la que hubiera querido saber corresponder.

—Cae la tarde —dijo Agustín por último—. Voy a cerrar los postigos. Pero no dejes de tocar. . .

¿Qué ocurrió entonces en el fondo de aquel oscuro y salvaje corazón? A menudo me lo he preguntado y cuando llegué a saberlo era ya demasiado tarde. ¿Remordimientos ignorados? ¿Inexplicables pesares? ¿Miedo de ver desvanecerse pronto, entre sus manos, aquella inaudita felicidad que estrechaba con tanta fuerza? ¿Y,

junto con eso, una terrible tentación de echar por tierra, sin remedio, en seguida, la conquistada maravilla?

Salió en silencio, lentamente, después de mirar una vez más a su joven mujer. Desde el lindero del bosque le vimos primero cerrar, indeciso, un postigo, mirar vagamente luego hacia nosotros, cerrar otro postigo y de súbito escapar a todo correr en nuestra dirección. Se nos echó encima sin darnos tiempo a pensar en escondernos mejor. Nos vió cuando iba a atravesar un seto recién plantado que constituía uno de los límites de un prado. Dió un rodeo. Recuerdo sus aires huraños, su aspecto de animal acosado. . . Hizo como si fuera a retroceder para cruzar el seto por el lado del arroyuelo.

Le llamé:

—¡Meaulnes! ¡Agustín! . . .

Pero ni siquiera volvía la cabeza. Entonces, seguro de que era lo único que podía detenerle, grité:

—¡Aquí está Frantz. . . Párate!

Se paró, al fin. Jadeante y sin darme tiempo a preparar lo que pudiera decirle, preguntó:

—¿Está aquí? ¿Y qué es lo que quiere?

—Se siente desgraciado —contesté—. Venía a pedirte ayuda para encontrar lo que perdió.

—Ah —dijo, bajando la frente—. Ya lo sospechaba. Por más que procurara adormecer esta idea. . . Pero, ¿dónde está? ¡Dímelo pronto!

Le conté que Frantz acababa de irse y que ciertamente ya no daríamos con él. Meaulnes tuvo una gran decepción. Vaciló, dió dos o tres pasos, detúvose. Parecía haber llegado al colmo de la indecisión y de la pena. Le expliqué lo que en su nombre le había prometido al

mozo. Le dije que le había citado para dentro de un año, en el mismo sitio.

Agustín, tan sosegado de ordinario, se encontraba ahora en un estado de nerviosismo y de impaciencia insólitos:

—Ah, ¿por qué lo hiciste?—dijo—. Claro, no hay duda que puedo salvarle. Pero es menester que lo haga en seguida. Es preciso que le vea y le hable, que él me perdone y yo lo repare todo... De otro modo ya no puedo volver a presentarme allí...

Y dirigió una mirada hacia la casa de Los Arenales.

—¿De modo —le dije— que por una promesa infantil que le hiciste estás destruyendo tu felicidad?

—¡Ah, si sólo se tratase de aquella promesa!—dijo.

Y así me enteré de que algo más ataba a los dos muchachos, pero no pude adivinar qué.

—En todo caso —le dije— es inútil que corras. A estas horas se hallan camino de Alemania.

Iba a contestarme, cuando una figura desgredada, desgarrada, huraña, se interpuso entre nosotros. Era la señorita de Galais. Debió de correr, pues tenía el rostro bañado en sudor. Debió de caer, y lastimarse, pues llevaba un rasguño en la frente, por encima del ojo derecho, y se le veían coágulos de sangre en los cabellos.

He tenido ocasión, en los barrios pobres de París, de ver súbitamente, en medio de la calle, separado por los agentes que mediaron en la pelea, un matrimonio al que todos tenían por feliz, honrado y bien avenido. El escándalo había estallado de golpe, en un momento cualquiera, al sentarse a la mesa, el domingo, antes de salir, o al ir a felicitar al niño el día de su santo...—y ahora todo está olvidado y maltrecho. Marido y mujer, en

medio de la baraúnda, no son ya otra cosa que dos lamentables demonios y los hijos, llorando, se les echan encima, les abrazan estrechamente, les piden por favor que se callen, que no se peguen más. . .

La señorita de Galais, cuando llegó junto a Meaulnes, me hizo pensar en uno de aquellos niños, en uno de aquellos pobres y enloquecidos niños. Aunque todos sus amigos, todo un pueblo o el mundo entero la hubiese estado mirando, creo que no por eso habría dejado de correr hacia nosotros, ni de caernos de igual modo, desgredada, sucia, llorosa.

Pero en cuanto hubo comprendido que Meaulnes estaba allí de veras, que esta vez, por lo menos, no iba a abandonarla, entonces pasó su brazo por debajo del de Agustín y no pudo menos de sonreírse, lo mismo que una niñita. Ninguno de los dos habló. Pero como ella sacase un pañuelo, Meaulnes se lo quitó suavemente de las manos y con sumo cuidado le fué limpiando la sangre que salpicaba su cabellera.

—Ahora hay que volver —exclamó.

Y los dejé regresar, en medio del hermoso viento de la tarde invernal que les azotaba el rostro —él ayudándola con la mano en los pasos difíciles; ella, sonriendo y dándose prisa— hacia su casa abandonada unos momentos.

CAPITULO X

LA "CASA DE FRANTZ"

No del todo tranquilo, víctima de una sorda inquietud que el feliz desenlace del escándalo de la víspera no había conseguido disipar, tuve que encerrarme en la escuela durante todo el día siguiente. Apenas terminada la hora de "vela" que sucede a la clase de la tarde, tomé el camino de Los Arenales. Estaba anocheciendo cuando llegué a la calle de abetos que conducía a la casa. Ya habían echado los postigos. Temí pecar de indiscreto, presentándome a aquellas horas, al día siguiente de una boda. Hasta muy tarde me quedé vagando por los fondos del jardín y por los campos cercanos, esperando a cada momento ver salir a alguien de la casa cerrada. . . Pero me quedé con las esperanzas. Incluso en la granja de al lado, nada se movía. Y tuve que volverme a mi casa atormentándome con las más sombrías hipótesis.

Al otro día, sábado, igual incertidumbre. Por la tarde, tomé a toda prisa la bufanda, el bastón y un pedazo

de pan, para comerlo por el camino, y llegué, al anochecer ya, encontrándome con Los Arenales completamente cerrados, lo mismo que la víspera. . . Un poco de luz en el primer piso; pero ni un ruido; ni un movimiento. . . No obstante, desde el patio de la casa de campo, vi esta vez abierta la puerta de la granja y encendido el fuego en la espaciosa cocina, y oí el rumor de voces y de pasos que suele marcar la hora de la cena. Eso me tranquilizó pero no me sacó de dudas. Nada podía decir ni preguntar a aquella gente. Y de nuevo me puse a atisbar y a esperar en vano, siempre pensando en que la puerta iba a abrirse y a surgir finalmente por ella la alta silueta de Agustín.

Hasta el domingo por la tarde no me decidí a llamar a la puerta de Los Arenales. Mientras trepaba por los desnudos ribazos oía, a lo lejos, el toque de vísperas de aquel domingo de invierno. Yo sentía en mi pecho soledad y aridez. Me iba invadiendo no sé qué triste presentimiento. Y por eso no fué excesiva mi sorpresa cuando, después que hube llamado, vi aparecer solo al señor de Galais, diciéndome casi en voz baja que Ivonne de Galais estaba en cama, con mucha fiebre. Meaulnes había tenido que emprender un largo viaje el viernes por la mañana. No sabían cuándo volvería. . .

Y como el anciano, muy confuso, muy triste, no me invitaba a entrar, me despedí de él en seguida. Una vez cerrada la puerta, permanecí un momento en los peldaños, lleno de desazón y de congoja, mirando, sin saber por qué, una rama seca de glicina que el viento hacía balancear tristemente en medio de un rayo de sol.

Así, pues, el secreto remordimiento que Meaulnes sentía desde su estada en París, había acabado por vencerle. Mi compañero tuvo que escapar, finalmente, a su dicha tenaz. . .

Todos los jueves y domingos fui a interesarme por la salud de Ivonne de Galais. Un día, convaleciente al fin, pidió que se me hiciera pasar. La hallé sentada al amor de la lumbre, en el salón cuyo bajo ventanal daba al campo y a los bosques. No estaba pálida, como yo me figuraba, sino toda febril, al contrario, con unas vivas manchas de púrpura bajo los ojos y en un estado de extrema agitación. Aunque me pareció muy débil aún, se había vestido como para salir. Hablaba poco, pero pronunciaba cada frase con una animación extraordinaria, cual si quisiera convencerse a sí misma de que la felicidad no se le había desvanecido aún. . . No recuerdo lo que dijimos. Sólo sé que en el transcurso de nuestra conversación le pregunté, no sin vacilar, cuándo estaría de regreso Meaulnes.

—No sé cuándo volverá —contestó vivamente.

En su mirada se percibía una súplica y me guardé bien de preguntarle nada más.

Fuí a verla a menudo. A menudo charlábamos, junto al fuego, en aquel salón bajo, al que llegaba la noche antes que a sitio alguno. Nunca me hablaba de sí misma ni de su pena oculta. Pero, en cambio, no se cansaba de hacerme contar los pormenores de nuestra vida de colegiales en Santa Águeda.

Escuchaba, tierna y grave, con un interés casi maternal, el relato de nuestras tribulaciones de niños grandes. Nada, al parecer, le producía extrañeza, ni aun nuestras

chiquillerías más audaces y peligrosas. Aquella ternura atenta, que le venía del señor de Galais, seguía intacta en ella, incluso después de las deplorables aventuras de su hermano. La única tristeza que el pasado le inspiraba era, creo yo, el de no haber llegado a ser para su hermano una confidente lo suficientemente íntima, puesto que, en el momento de su gran desastre, tampoco se atrevió Frantz a decirle lo que no dijo a otros, creyéndose irremediablemente perdido. Y cuando yo lo pienso, me doy cuenta de cuán pesada era la tarea de la muchacha: tarea peligrosa, la de secundar a un espíritu locamente quimérico como su hermano; tarea abrumadora, cuando se trataba de entenderse con aquel corazón aventurero que era mi amigo el gran Meaulnes.

De aquella fe que seguía teniendo en los sueños infantiles de su hermano, del cuidado que ponía en conservarlas unas hilachas por lo menos de aquel ensueño en que viviera hasta los veinte años, me dió Ivonne un día la más conmovedora y casi diré la más misteriosa de las pruebas.

Fué una tarde de abril, una tarde desolada como las de fines de otoño. Hacía casi un mes que gozábamos de una primavera suave y prematura y la joven había reanudado en compañía del señor de Galais aquellos largos paseos que tanto le gustaban. Pero como se hallara cansado aquel día el anciano, y libre yo, me rogó Ivonne que la acompañara a pesar de lo amenazador del tiempo. A más de media legua de Los Arenales, al borde del estanque, nos sorprendió un temporal de lluvia y

granizo. Bajo el cobertizo en que nos guarecíamos del interminable aguacero, el viento nos helaba. Permanecíamos juntos, de pie, pensativos, frente al ensombrecido paisaje. La veo aún a ella, con su vestido fino y severo, llena de palidez y de tormento.

—¡Es preciso que volvamos a casa!—decía—. ¡Hace tanto rato que salimos! ¡Quién sabe lo que habrá pasado!

Pero cuando finalmente pudimos abandonar nuestro refugio, vi con asombro que la joven, en vez de dirigirse hacia Los Arenales, proseguía su camino y me rogaba que la siguiera. Después de caminar un buen trecho llegamos a una casa que yo no conocía, aislada al borde de un camino intransitable que debía de ir hacia Preveranges. Era una casita burguesa, con tejado de pizarra, en nada diferente del tipo usual en aquella comarca, salvo en su alejamiento y soledad.

Viendo a Ivonne de Galais hubiérase dicho que aquella era nuestra casa y que la habíamos abandonado a causa de un largo viaje. Abrió, inclinándose, una puerta cancel y se apresuró a inspeccionar, llena de inquietud, el solitario lugar. Un patio grande, donde crecía la hierba y en el que debieron de jugar unos niños durante las tardes largas y lentas de fines de invierno, apareció estropeado por la tormenta. Un aro nadaba en un charco. En los jardincillos, en que los niños sembraron flores y guisantes de olor, el chubasco sólo dejó unos regueros de tosca blanca. Y por último, acurrucada contra el umbral de una de las mojadas puertas, descubrimos una pollada entera, calada de lluvia. Casi todos los po-

lluelos estaban muertos, bajo las alas estiradas y las plumas lacias de la clueca.

Ante aquel lastimoso espectáculo, la joven ahogó un grito. Inclínose y sin pensar en el agua ni en el fango, se dedicó a separar los polluelos vivos de los muertos, protegiendo los primeros entre los pliegues de su abrigo. Luego penetramos en la casa, cuya llave tenía. Cuatro puertas daban a un estrecho pasillo, por el que se coló, silbando, el viento. Ivonne de Galais abrió la primera puerta a la derecha y me hizo entrar en un aposento sombrío en el que distinguí, tras un momento de duda, un gran espejo y una camita recubierta con un edredón de seda colorada, a la moda aldeana. Por su parte, Ivonne, después de buscar un instante por las otras habitaciones, volvió trayendo la pollada enferma en un cesto lleno de plumón que deslizó cual un tesoro bajo el edredón colorado. Y mientras un lánquido rayo de sol, primero y último del día, tornaba más pálidas nuestras caras y más sombrío el anochecer, permanecíamos allí de pie, en la extraña mansión, atormentados y ateridos.

A cada instante, Ivonne iba a dar un vistazo al nido enfermo y sacaba otro polluelo muerto para que éste no hiciera morir a los demás. Y cada vez nos parecía que algo así como un vendaval por los vidrios rotos del granero, o como la pena misteriosa de unos niños desconocidos, se quejaba en medio del silencio.

—Este era —dijo por fin mi compañera— la casa de Frantz cuando niño. Quería una casa para él solo, lejos de todo el mundo, a la que pudiese ir a jugar, a divertirse y a vivir cuando le pluguiera. Tan extraordinario

y tan fantástico halló ese capricho mi padre, que no se lo negó. Y cuando se le ocurría, un jueves o un domingo, en cualquier momento, Frantz se iba a vivir a su casa, cual un hombrecillo. Los niños de las casas de labranza de los alrededores venían a jugar con él, le ayudaban a hacer la limpieza, trabajaban en el jardín. ¡Era un juego maravilloso! Y al llegar la noche, no le daba ningún miedo acostarse solo. Nosotros lo admirábamos de tal modo que ni siquiera se nos ocurría pasar inquietud por él.

—Ahora —prosiguió con un suspiro—, hace ya mucho tiempo que está vacía la casa. El señor de Galais, abatido por el dolor y por los años, nunca ha hecho nada para dar con el paradero de mi hermano, ni para llamarlo. ¿Y qué es lo que podría intentar?

“Yo paso por aquí muy a menudo. Los aldeanitos de los alrededores vienen al patio a jugar, como en otros tiempos. Y me complazco en figurarme que se trata de los antiguos amigos de Frantz; él es todavía un chiquillo y va a volver pronto con la novia elegida.

“Soy muy amiga de ellos. Juego con ellos. La pollada era nuestra. . .

Habían sido precisos aquel aguacero y aquel desastre infantil para que Ivonne me confiase la pena de que nunca me había hablado y el hondo sentimiento del hermano perdido, tan loco, tan delicioso y admirado. Y yo la escuchaba sin contestar, pero con el corazón henchido de sollozos.

Cerradas de nuevo puertas y cancela, y depositados los polluelos en una barraca de madera que había detrás de la casa, la señorita de Galais me tomó triste-

mente del brazo y yo me dispuse a acompañarla en su regreso.

Pasaron las semanas y los meses. ¡Época pretérita! ¡Felicidad perdida! He aquí el hada, la princesa y el misterioso amor de toda nuestra adolescencia: a mí me tocaba darle el brazo y decirle lo necesario para suavizar su pena. En cambio, mi compañero había huído. De esa época, de esas conversaciones, por la tarde, al terminar las clases que yo daba en la cuesta de Saint-Benoist-des-Champs, de esos paseos en que la única cosa de que hubiéramos debido hablar era la única que estábamos decididos a callarnos, ¿qué podría decirnos ahora? No me queda sino el recuerdo, y aun medio borrado ya, de un bello rostro enjuto, de dos ojos cuyos párpados bajan lentamente al mirarme, como si ya sólo un mundo interior quisieran contemplar.

Y seguí siendo su fiel compañero —compañero de un tácito esperar— durante toda una primavera y todo un verano que no se repetirán. Varias veces volvimos, por la tarde, a la casa de Frantz. Ella abría las puertas para airear los cuartos, para que nada estuviese florecido cuando volviese la pareja. Se ocupaba de las aves medio salvajes que yacían en el corral. Y el jueves o el domingo alentábamos en sus juegos a los campesinitos de los alrededores, cuyos gritos y risas, en aquel solitario paraje, hacían aún más desierta y vacía la casita abandonada.

CAPITULO XI

CONVERSACION BAJO LA LLUVIA

El mes de agosto, época de vacaciones, me alejó de Los Arenales y de Ivonne. Tuve que ir a pasar en Santa Águeda mis dos meses de holganza. Vi una vez más el gran patio árido, la sala de recreo, la clase vacía. . . Todo me hablaba del gran Meaulnes. Todo lo llenaban los recuerdos de nuestra desvanecida adolescencia. Durante aquellas largas y descoloridas jornadas, me encerraba, como en otros tiempos solía hacerlo, antes de la llegada de aquél, en el Archivo o en las aulas desiertas. Allí leía, escribía, recordaba. . . Mi padre se iba lejos, a pescar. Millie, en el salón, cosía o tocaba el piano, como antaño. . . Y en el silencio absoluto de la clase en que todo, las desgarradas coronas de papel verde, las envolturas de los libros de premio, las pizarras limpias, proclamaban que el curso había terminado y que las recompensas estaban repartidas, y en que todo aguardaba el otoño y el próximo curso con su nuevo esfuerzo —yo pensaba también que nuestra juventud se acabó y que

la felicidad se nos había escapado. También yo esperaba la vuelta a Los Arenales y el regreso de Meaulnes, pero quién sabe si éste no volvería más. . .

Había, sin embargo, una buena noticia. Se la comuniqué a Millie cuando se decidió a preguntarme por la recién casada. Yo me temía las preguntas de mi madre, su manera tan inocente y tan maliciosa a un tiempo de llenaros de turbación en seguida, poniendo el dedo en vuestro pensamiento más recóndito. Lo atajé todo, anunciándole que la joven esposa de mi amigo Meaulnes sería madre en octubre.

Recordaba, para mí, el día en que Ivonne de Galaïs me insinuó esa gran novedad. Se produjo un silencio; por lo que a mi respecta, un ligero desasosiego de hombre joven. Y le dije al punto, de una manera considerada, para reaccionar contra mi timidez —dándome cuenta, demasiado tarde, del drama que removía en esta forma:

—¡Qué feliz debe sentirse usted!

Pero ella, sin reservas, sin pesar, ni remordimiento, ni rencor, había contestado con una bella sonrisa venturosa:

—Sí, soy muy feliz.

Durante aquella última semana de vacaciones, que es en general la más deliciosa y la más romántica, semana de grandes lluvias, semana en que empiezan a arder las chimeneas, y que los otros años solía pasar cazando por entre los abetos negros y mojados del Vieux-Nançay, hice mis preparativos para volver directamente a Saint-Benoist-des Champs. Fermín, tía Julia y mis primas del Vieux-Nançay me hubiesen hecho demasiado preguntas a las que no quería responder. Por una vez, re-

nuncié a llevar durante ocho días aquella vida embriagadora de campesino cazador y volví a mi casa-escuela cuatro días antes de la reapertura de las clases.

Todavía no había anochecido cuando llegué al patio, que ya estaba alfombrado de amarillentas hojas. El cochero se había marchado y yo desenvolvía tristemente en el comedor sonoro y con olor a moho el paquete de provisiones que mamá me había dado. . . Después de comer un bocado, me puse, lleno de impaciencia y ansiedad, la bufanda y salí para dar un paseo febril que me llevó directamente a las proximidades de Los Arenales.

No quise penetrar como un intruso, la primera tarde de mi llegada. Sin embargo, más atrevido que en febrero, después de dar la vuelta completa alrededor de la casa, en la que sólo la ventana de la joven aparecía iluminada, atravesé, por detrás, el cerco del jardín, y me senté en un banco, arrimado al seto, en medio de la sombra incipiente, contento por el mero hecho de estar allí, tan cerca de lo que más me apasionaba e inquietaba en el mundo.

Llegaba la noche. Una fina llovizna empezaba a caer. Con la frente baja, miraba, sin darme cuenta, brillar el agua y mis zapatos que se mojaban poco a poco. Lentamente, iba rodeándome la oscuridad y el frescor se apoderaba de mí sin turbar mi ensueño. Tierna y tristemente reveía los caminos enlodados de Santa Águeda, en una tarde de fines de setiembre como esta; imaginaba la plaza llena de niebla, el dependiente del carnicero silbando, mientras se encaminaba hacia la bomba, el café iluminado, la alegre reunión de carros con su caparazón

de paraguas abiertos, llegando a casa de tío Florentino antes de terminar las vacaciones. . . Y pensaba, triste: ¿qué me importa toda esa felicidad si Meaulnes, mi compañero, ni su mujer pueden participar en ella? . . .

Entonces fué cuando, al levantar la cabeza, vi a Ivonne a dos pasos. Sus zapatos producían en la arena un leve ruido que yo había confundido con el gotear del agua sobre el seto. Cubría cabeza y hombros con un negro pañolón de lana y la llovizna le salpicaba los cabellos en la frente. Sin duda me había divisado desde su cuarto, por la ventana que daba al jardín. Y venía hacia mí. De esta misma manera mi madre, en otros tiempos, me buscaba inquieta, para decirme: "Tendrás que entrar", pero cuando me acostumbré a aquellos paseos nocturnos bajo la lluvia, se limitaba a decirme con dulzura: "¡Tomarás frío!" y se quedaba a hacerme compañía y charlábamos largamente. . .

Ivonne de Galais me alargó una mano que ardía, y renunciando a hacerme entrar en Los Arenales, se sentó en el banco lleno de musgo y de verdín, por el lado menos mojado, en tanto que yo, de pie, apoyando la rodilla en el mismo banco, me inclinaba hacia ella para oírla.

Primero me riñó amistosamente por haber acortado de aquel modo las vacaciones:

—Bien tenía que venir cuanto antes, para hacerle a usted compañía —le dije.

—Es verdad —exclamó en voz muy baja, dando un suspiro—. Todavía estoy sola. Agustín no ha vuelto. . .

Tomando aquel suspiro por un pesar, por un contenido reproche, empecé a decirle lentamente:

—¡Tantas locuras en una cabeza tan noble! Acaso su afición a las aventuras, más fuerte que todo. . .

Pero la joven me interrumpió. Y en aquel lugar, aquella tarde, fué cuando por primera y última vez me habló de Meaulnes.

—No hable usted así, Francisco Seurel, amigo mío— me dijo suavemente—. Sólo nosotros, sólo yo, tengo la culpa. Piense lo que hemos hecho. . .

“Le dijimos: «He aquí la felicidad, lo que buscaste durante toda tu juventud. He aquí la joven que aparecía al final de todos tus sueños!»

“¿Cómo quiere usted que aquel a quien empujábamos por los hombros no se viese asaltado por la duda primero, por el espanto y el terror después, y no cediese a la tentación de huir?

—Ivonne —le dije en voz baja—, bien sabe usted que era usted aquella felicidad y aquella muchacha.

—¡Ah!—suspiró—. ¿Cómo puede, por un instante, concebir tan orgulloso pensamiento? Este pensamiento fué la causa de todo.

“Yo le decía a usted: “Acaso no pueda hacer nada por él.” Y en el fondo de mí misma pensaba: “Si me ha buscado tanto y si lo amo, será preciso que le haga feliz.” Pero cuando lo vi de cerca, con toda su fiebre, con su inquietud, con su misterioso remordimiento, me di cuenta de que yo era una pobre mujer como todas. . .

“No soy digno de ti, repetía Agustín, al llegar, con la madrugada, el final de nuestra noche de novios.”

“Y traté de consolarle, de tranquilizarle. Nada calmaba su angustia. Entonces le dije:

“Si tienes que partir, si he venido hacia ti en un momento en que no podía hacerte feliz, si es menester que me abandones cierto tiempo para volver, apaciguado, después, soy yo quien te ruego que te vayas. . .”

Ví, en la sombra, como ella elevaba los ojos hacia mí. Lo que me decía venía a ser una confesión y por eso aguardaba ansiosamente que yo la absolviera o la condenara. Pero, ¿qué iba a decirle yo? Ciertamente, en el fondo de mí mismo, volvía a ver al gran Meaulnes de antaño, torpe y salvaje, que siempre prefería ser castigado a tener que excusarse o a pedir un permiso que sin disputa le habrían concedido. No había duda: lo que Ivonne de Galais tenía que haber hecho era dominarle y decirle, tomándole la cabeza con las manos: “¡Qué importa lo que hayas hecho! Te quiero. ¿No son acaso unos pecadores todos los hombres?” No había duda: Ivonne sufrió una gran equivocación, por generosidad, por espíritu de sacrificio, al ponerle otra vez de aquel modo por el camino de las aventuras. Pero, ¿cómo iba yo a desaprobear tanta bondad y tanto amor!

Hubo un largo rato de silencio, durante el cual, conturbados hasta el fondo del alma, oíamos gotear la lluvia fría en los setos y bajo la fronda.

—Partió, pues, por la mañana —prosiguió—. Nada nos separaba ya a partir de aquel momento. Me besó simplemente, como un marido que deja a su mujer, al emprender un largo viaje. . .

Ivonne se levantó. Yo tomé su mano febril en la mía, su brazo después, y volvimos a subir, alameda arriba, en medio de una profunda oscuridad.

—Sin embargo, ¿él no le ha escrito nunca?—pregunté.

—Nunca —dijo.

Y al imaginarnos la vida aventurera que estaría llevando Meaulnes, a aquellas horas, por caminos de Francia o de Alemania, nos pusimos a hablar de él como nunca lo habíamos hecho. Detalles olvidados, antiguas impresiones, tornaban a nuestra memoria, mientras regresábamos lentamente a la casa, haciendo a cada instante largas paradas, para mejor trocar nuestros recuerdos. . . Por espacio de un buen rato —hasta que llegamos a la empalizada del jardín— estuve escuchando, en la sombra, la preciosa y apagada voz de la joven; y yo, ganado otra vez por mi antiguo entusiasmo, no me cansaba de hablarle, con profunda amistad, de aquel que nos había abandonado. . .

CAPITULO XII

LA CARGA

Las clases iban a abrirse el lunes. El sábado por la tarde, a eso de las cinco, una mujer del castillo entró en el patio de la escuela donde yo me encontraba aserrando leña para el invierno. Venía a anunciarme que en Los Arenales había nacido una niña. El parto fué difícil. A las nueve de la noche había sido menester ir por la comadre de Preveranges. A medianoche, ensillaron de nuevo para ir a buscar al médico de Vierzon, el cual tuvo que aplicar los instrumentos. La niña tenía herida la cabeza y chillaba mucho, pero parecía llena de vida. Ivonne de Galais estaba ahora muy abatida, pero lo había aguantado y padecido todo con extraordinaria valentía.

Dejé al punto mi trabajo, corrí a ponerme otro gabán y, contento, en suma, de aquellas noticias, seguí a la buena mujer hasta Los Arenales. Con cautela, por si alguno de los dos heridos estuviese durmiendo, subí por la angosta escalera de madera que conducía al primer

piso. Y allí el señor de Galais, con el rostro cansado pero contento, me hizo entrar en el cuarto en que habían instalado provisionalmente la cuna, rodeada de cortinas.

Nunca había estado en una casa en que acabara de nacer un niño. ¡Cuán extraño, misterioso y bueno me parecía eso! Estaba la tarde tan hermosa —una verdadera tarde de verano—, que el señor de Galais no había temido abrir la ventana que daba al patio. Junto a mí, de codos en el antepecho, me contaba, rendido y feliz, el drama de aquella noche; y yo, escuchándole, sentía de un modo impreciso que ahora teníamos un forastero en el cuarto. . .

Bajo las cortinas, la criatura se puso a chillar con un gritito agrio y prolongado. . . El señor de Galais me dijo entonces a media voz:

—Es la herida de la cabeza lo que la hace llorar. . .

Y maquinalmente —se veía que lo estaba haciendo desde la mañana y que ya se había acostumbrado— se puso a mecer aquel fardillo de cortinas.

—Ha sonreído ya —dijo—, y se prende a los dedos. ¿Pero no la ha visto usted aún?

Corrió las cortinas y vi una carita lívida e hinchada, un cráneo chiquito, alargado y deformado por la acción de los instrumentos.

—No es nada —dijo el señor de Galais—; según el médico la cosa se arreglará por sí misma. . . Déle un dedo, verá como lo aprieta.

Era un mundo ignorado el que yo estaba descubriendo. Me sentía henchido el corazón por una extraña alegría nueva. . .

El señor de Galais entreabrió con cuidado la puerta del aposento de la joven. No dormía.

—Puede usted entrar —me dijo.

Ivonne se hallaba tendida, con el rostro febril, en medio de sus esparcidos cabellos rubios. Me alargó la mano, sonriendo con aire de fatiga. Con voz un tanto ronca y desacostumbrada rudeza —la rudeza de uno que vuelve del combate—, dijo sonriendo:

—Sí, pero me la han lastimado.

Tuve que irme pronto para no cansarla.

El día siguiente, domingo, por la tarde, con una prisa casi gozosa me fuí a Los Arenales. En la puerta, un cartel prendido con alfileres detuvo el movimiento que estaba haciendo ya:

Se ruega no llamar.

No adiviné de qué se trataba. Llamé bastante fuerte. Oí, en el interior, unos pasos apagados que se acercaban. Alguien a quien no conocía —el médico de Vierzon— salió a abrirme.

—¡Bueno! ¿Qué es lo que hay?—pregunté vivamente.

—Pss. . . pss. . . —contestó en voz muy baja, con aire de enojo. La niña ha estado a punto de morir esta noche. Y la madre está muy mal.

Totalmente desconcertado, le seguí, de puntillas, hasta el primer piso. La niña, dormida en su cuna, estaba toda blanca, toda pálida, cual una criatura muerta. El médico tenía esperanzas de salvarla. De la madre, nada decía. . . Dióme largas explicaciones en mi calidad de único amigo de la familia. Me habló de congestión pul-

monar, de embolia. Dudaba, no estaba seguro. . . El señor de Galais entró, tembloroso y huraño. En dos días había envejecido horriblemente.

Me llevó al cuarto sin saber del todo lo que hacía:

—No hay que asustarla —me dijo en voz muy baja—; es preciso darle a entender que todo va bien; el médico lo ha ordenado.

Con toda la sangre agolpada a su rostro, Ivonne de Galais estaba tendida, como la víspera, con la cabeza echada hacia atrás. Teñidas de rojo oscuro las mejillas y la frente, y con los ojos en blanco, como si se ahogara, luchaba con la muerte haciendo gala de un valor y una dulzura indecibles.

Ivonne no podía hablar, pero me alargó su ardiente mano con tanta amistad que estuve a punto de prorrumpir en sollozos.

—Bueno, bueno —dijo el señor de Galais en voz muy alta, queriendo sonreírse, con una mueca horrible, que le daba aires de loco—, ¡ya ve usted que para una enferma no es mala cara la que hace!

Yo no sabía qué contestar, pero conservaba en la mía la mano horriblemente cálida de la moribunda.

Quiso ella hacer un esfuerzo por decirme algo, por preguntarme no sé qué; volvió hacia mí los ojos, dirigiéndolos hacia la ventana después, como para indicarme que saliese a buscar a alguien. . . Pero entonces le acometió una horrorosa crisis de ahogo; extraviáronse sus bellos ojos azules, que por un instante me habían dirigido un llamamiento tan trágico; frente y mejillas se le pusieron negras y toda ella se debatió dulcemente, tratando de contener hasta el final su espanto y su deses-

peración. Precipitáronse —médico y mujeres— con una bolsa de oxígeno, y botellas, y servilletas; en tanto que el anciano, inclinado hacia ella, gritaba —gritaba como si ella anduviese ya lejos— con su voz trémula y ruda:

—¡No tengas miedo, Ivonne! ¡No será nada! ¡Por qué vas a tener miedo?

Después se aplacó la crisis. Pudo respirar un poco, pero seguía medio ahogándose, con los ojos en blanco, echada la cabeza hacia atrás, luchando siempre, pero incapaz, ni por un instante, de mirarme y hablarme, de salir del abismo en que se hallaba sumida.

. . . Y ante la inutilidad de mi presencia, decidí partir. Sin duda, habría podido quedarme un rato más; y me siento, al pensarlo, sobrecogido por un enorme arrepentimiento. Pero ¿qué iba a hacer? Aun tenía esperanzas. No creía que el desenlace estuviese tan próximo.

Al llegar al lindero de los abetos, detrás de la casa, pensando en la mirada de la joven, vuelta hacia la ventana, escruté con la atención de un centinela o de un cazador de hombres, la profundidad de aquel bosque por el que en otros tiempos apareciera Agustín y por donde, el invierno anterior, se había escapado. ¡Ah, nada allí se movió! Ni una sombra sospechosa, ni el menearse de una rama. Pero, a la larga, allí lejos, por la avenida de Preveranges, oí un finísimo campanilleo; y al cabo de un momento, por el recodo del sendero, apareció un niño con bonete colorado y blusa de colegial. Un cura lo seguía. . . Al verlos, huí, devorando mis lágrimas.

Al otro día iba a tener lugar la reapertura del curso. A las siete se hallaban ya en el patio dos o tres chiquillos.

Dudé un rato antes de bajar, de que me vieran. Y cuando, por fin, aparecí abriendo con la llave la puerta del aula enmohecida, cerrada desde hacía dos meses, sucedió lo que más me temía: vi que se me acercaba el mayor de los alumnos, saliendo del corro que estaba jugando en la sala de recreo. Venía a decirme que “la señorita de Los Arenales había muerto ayer al anochecer”.

Todo se mezcla y confunde en mí en aquel dolor. Me parece ahora que nunca volveré a tener valor para reanudar las clases. Sólo atravesar el árido patio de la escuela es un cansancio que me quiebra las rodillas. Todo es penoso y amargo, porque ella ha muerto. El mundo está vacío, ya no habrá vacaciones. Se acabaron ya los largos paseos a la ventura, en coche. Se acabó la misteriosa fiesta. . . Todo vuelve a ser penoso como antes.

He dicho a los niños que esta mañana no habrá clase. Se van, por grupitos, a dar esta noticia a los demás, a campo traviesa. Por mi parte, tomo el sombrero negro, me pongo mi chaqueta ribeteada y me encamino tristemente hacia Los Arenales. . .

¡Heme aquí frente a la casa que tanto buscáramos hace tres años! En ella murió anoche Ivonne de Galais, mujer de Agustín Meaulnes. Un forastero la tomaría por una capilla, tanto silencio se ha hecho desde ayer, en ese lugar desolado.

¡De modo, pues, que es esto lo que nos reservaba aquella hermosa mañana de inauguración de curso, aquel pérfido sol otoñal deslizándose bajo la enramada! ¡Cómo luchar contra esa horrible revuelta, contra esa asfixiante acometida del llanto? Habíamos vuelto a

encontrar a la bella muchacha. La habíamos conquistado. Era la mujer de mi compañero y yo la amaba con aquella amistad honda y secreta que nunca se dice. La miraba y me ponía contento, como una criatura. Y si un día me hubiera casado con otra muchacha, ella habría sido la primera a quien yo diese la grande y secreta noticia. . .

Junto a la campanilla, en el ángulo de la puerta, han dejado el cartel de ayer. Ya está el ataúd abajo, en el zaguán. En la habitación del primer piso, es la nodriza de la niña quien me recibe, me cuenta el desenlace y entreabre suavemente la puerta. . . Aquí está. Ni fiebre, ya, ni luchas. Ni rubicundez, ni espera. . . Silencio, nada más, y, envuelto en algodón, un duro semblante, insensible y blanco, una frente muerta de la que arranca el pelo espeso y duro.

El señor de Galais, acurrucado en un rincón, de espaldas a nosotros, en calcetines, sin zapatos, busca y rebusca con terrible obstinación por los cajones en desorden que sacó de un armario. De cuando en cuando, en medio de una crisis de sollozos, que le sacude los hombros lo mismo que una crisis de risa, saca un retrato antiguo, amarillento ya, de su hija.

A mediodía tendrá lugar el entierro. El médico teme la descomposición rápida que sigue a veces a las embolías. Por eso, la cara, como el resto del cuerpo, por otra parte, está envuelta en algodón empapado en fenol.

La han amortajado; le han puesto su admirable vestido de terciopelo azul oscuro, salpicado, a trechos, de estrellitas de plata, aunque ha sido preciso aplastar y arrugar las hermosas mangas abuchonadas, pasadas de

moda, y al ir a subir el ataúd, se han dado cuenta de que será imposible dar la vuelta en el corredor, demasiado estrecho. Sería menester izarlo desde el exterior, por la ventana, con una cuerda y bajarlo luego del mismo modo. . . Pero el señor de Galais, que sigue revolviendo cosas viejas, entre las cuales busca no sé qué perdidos recuerdos, interviene entonces con terrible vehemencia.

—Antes—dice con una voz cortada por las lágrimas y la cólera—, antes que permitir una cosa tan horrible, yo la tomaré y la bajaré en brazos. . .

¡Y así lo haría, a riesgo de flaquear a medio camino y desplomarse con ella!

Pero entonces me adelanto y tomo la única decisión posible: con la ayuda del médico y de una mujer, pasando un brazo bajo la espalda del rígido cadáver y otro bajo sus piernas, lo cargo contra mi pecho. Recostada en mi brazo izquierdo, con la caída cabeza ladeada bajo mi barba, la muerta me oprime terriblemente el corazón. Bajo despacito, peldaño tras peldaño, la larga y empinada escalera, en tanto que abajo lo preparan todo.

No tardo en sentirme los brazos molidos de cansancio. A cada peldaño, con esa carga contra el pecho, voy perdiendo un poco más el aliento. Aferrado al cuerpo inerte y pesado, bajo mi cabeza sobre la cabeza de la que llevo en brazos, respiro con fuerza y al aspirar entran en mi boca sus cabellos rubios, cabellos muertos que saben a tierra. Ese gusto de tierra y de muerte, esa carga sobre el corazón, es todo cuanto me queda de la gran aventura, y de ti, Ivonne de Galais, muchacha tan buscada —y tan amada. . .

CAPITULO XIII

EL CUADERNO DE "DEBERES" MENSUALES

En la casa llena de tristes recuerdos, en que unas mujeres, todo el santo día, acunaban y consolaban a una criatura enferma, el anciano señor de Galais no tardó en guardar cama. Al llegar los primeros fríos rigurosos del invierno, extinguióse apaciblemente y no pude contener mis lágrimas a la cabecera de la cama de aquel encantador anciano, cuyo indulgente pensamiento y cuya fantasía, aliada a la de su hijo, habían sido causa de toda nuestra aventura. Murió, por suerte suya, en una incomprensión completa de todo lo sucedido, y además, en un casi absoluto silencio. Como quiera que, desde hacía mucho tiempo, no le quedaban parientes ni amigos en aquella región de Francia, me instituyó, mediante el oportuno testamento, heredero universal hasta el regreso de Meaulnes, a quien tenía que dar cuenta de todo, si es que alguna vez volvía... Y desde entonces viví en Los Arenales. Ya no iba a Saint-Benoist sino a las horas de clase, saliendo por la mañana temprano, to-

mando a mediodía la comida que me preparaban en el castillo, que yo ponía a calentar en la estufa, y regresando por la tarde en cuanto terminaban los estudios. Así pude conservar junto a mí a la niña, de quien cuidaban las criadas de la casa de campo. Y sobre todo tenía más probabilidades de encontrar a Agustín, si éste volvía alguna vez a Los Arenales.

No desesperaba, además, de descubrir a la larga, en los muebles, por los cajones de la casa, algún papel o indicio que me permitiera saber en qué forma empleó Agustín el tiempo durante el largo silencio de los anteriores años, y comprender, quizá, de este modo, las razones de su fuga, o dar, por lo menos, con su pista. . . Llevaba inspeccionados, siempre en vano, no sé cuántos armarios y alacenas, y abiertas, en los cuartos del fondo, innumerables cajas de cartón, antiguas, de todas formas, las cuales aparecían llenas unas veces de legajos de viejas cartas y de amarillentas fotografías de la familia de Galais, y atiborradas otras de flores artificiales, plumas, airones y pájaros pasados de moda. Exhalaban aquellas cajas no sé qué olor marchito, no sé qué extinto perfume que, de súbito, despertaba en mí, por todo un día, penas y recuerdos, y detenía mis pesquisas. . .

Un día de asueto, finalmente, divisé en el granero una vieja valija de cuero de chancho, larga y plana, y medio roída, en la que reconocí la valija que Agustín tenía en el colegio. Me arrepentí de no haber empezado por allí mis averiguaciones. Hice saltar, sin ninguna dificultad, su herrumbrosa cerradura. Llenaban la valija, hasta los topes, los cuadernos y libros de Santa Águeda. Aritméticas, literaturas, cuadernos de problemas, ¡qué sé

yo! Con ternura, más que por curiosidad, me puse a revolverlo todo, releendo los dictados que todavía me sabía de memoria, tantas eran las veces que los habíamos copiado. “El acueducto”, de Rousseau; “Una aventura en Calabria”, de P. L. Courier; “Carta de George Sand a su hijo”...

Había, asimismo, un “Cuaderno de Deberes Mensuales”. Eso me sorprendió, porque esta clase de cuadernos se quedaban en el Curso y los alumnos no los sacaban nunca. Era un cuaderno verde, de bordes amarillentos. El nombre del alumno, *Agustín Meaulnes*, figuraba escrito en la cubierta con magnífica letra redondilla. Lo abrí... Por la fecha de los deberes, abril de 189... , vi que Meaulnes lo había empezado pocos días antes de abandonar Santa Águeda. Las primeras páginas estaban llevadas con religioso esmero, que era de rigor cuando uno trabajaba en aquel cuaderno de composiciones. Pero no pasaban de tres las páginas escritas, el resto aparecía en blanco y por eso debió ser que Meaulnes se lo llevó.

Arrodillado en el suelo, y meditando en aquellos preceptos y costumbres pueriles que tanto espacio ocuparon en nuestra adolescencia, hojeaba, haciéndolas correr bajo el pulgar, las páginas del cuaderno inconcluso. Y así fué cómo descubrí otras hojas utilizadas. Después de cuatro páginas en blanco, se descubría otra escritura.

Era también letra de Meaulnes, pero una letra rápida, mal hecha, casi ilegible; unos parrafitos de desigual anchura, separados por líneas en blanco. A veces sólo se trataba de una frase sin acabar. Algunas veces, de una fecha. A partir de la primera línea, juzgué que el cua-

derno podía contener informaciones sobre la pasada vida de Meaulnes en París, indicios sobre la pista que yo andaba buscando, y bajé al comedor, para recorrer a mis anchas, a la luz del día, el extraño documento. Era un día de invierno, claro y agitado. Tan pronto un sol vivo dibujaba la cruz de los listones en las blancas cortinillas de la ventana, como un viento brusco echaba contra los vidrios un aguacero glacial. Y fué ante aquella ventana, y junto al fuego, como leí aquellos renglones que tantas cosas me explicaron y cuya copia fidelísima os doy a continuación. . .

CAPITULO XIV

EL SECRETO

Aun he vuelto a pasar bajo su ventana. El vidrio sigue polvoriento, blanqueado por detrás, por una doble cortina. Aunque Ivonne de Galais asomase por ella, nada tendría que decirle, pues se casó. . . ¿Qué hacer, ahora? ¿Cómo vivir? . . .

Sábado, 13 de febrero.—En el muelle, encontré a aquella muchacha que me informó en junio y que aguardaba, lo mismo que yo, frente a la casa cerrada. . . Le he hablado. Mientras caminaba, iba mirando de soslayo los ligeros defectos de su rostro: una arruguita en la comisura de los labios, las mejillas un poco demacradas y una acumulación de polvos en las alas de la nariz. Se ha vuelto de golpe y, mirándome bien de frente, acaso porque está más hermosa de frente que de perfil, me ha dicho con una vocecita breve:

—Me hace usted mucha gracia. Me recuerda a un joven que me hacía la corte, en otros tiempos, en Bourges. Hasta fué novio mío. . .

Sin embargo, en plena noche, en la acera desierta y mojada que refleja la claridad de un mechero de gas, se me ha acercado de golpe para pedirme que la llevara al teatro, con su hermana, esta noche. Por vez primera advierto que viste de luto; lleva un sombrero demasiado viejo para su semblante joven, y un paraguas alto, fino como un bastón. Y como la tengo muy cerca, cuando hago un ademán mis uñas arañan el crespón de su corpiño. . . Pongo dificultades a lo que me pide. Enojada, se quiere ir en el acto. Y ahora soy yo quien la retiene y la suplica. Entonces, un obrero que pasa en la oscuridad, dice a media voz, bromeando:

—¡No vayas, chiquilla, que te va a hacer daño!
Y nos quedamos desconcertados los dos.

En el teatro.—Las dos muchachas, mi amiga, que se llama Valentina Blondeau, y su hermana, han llegado con unos pobres chales.

Tengo a Valentina delante. A cada momento se vuelve, inquieta, como reprochándome algo. Y yo, junto a ella, casi me siento feliz: le contesto cada vez con una sonrisa.

A nuestro lado había unas mujeres demasiado escotadas. Y nosotros bromeábamos. Ella se sonreía, primero. Después ha dicho: "No está bien que me ría. También yo voy demasiado escotada". Y se ha arropado en su chal. En efecto, bajo el escote de encaje negro, veíase que en su prisa al cambiar de vestido, había tenido que doblar el borde superior de su sencilla camisa cerrada.

Hay en ella un no sé qué de pobre y pueril; y en su mirada no sé qué expresión doliente y decidida que me atrae. Junto a ella, única persona en todo el mundo que haya podido informarme acerca de la gente del castillo, no hago más que pensar en mi extraña aventura de antaño. . . Quise interrogarla de nuevo acerca del hotelito del bulevar. Pero ella, a su vez, me ha dirigido unas preguntas tan embarazosas que no he sabido qué contestarle. Estoy viendo que, de ahora en adelante, ambos seremos mudos acerca del particular. Y, no obstante, sé que volveré a verla. ¿Para qué? ¿y por qué? ¿Estaré ahora condenado a seguir las huellas de todo ser que lleve consigo el más vago y lejano resabio de mi aventura frustrada? . . .

A medianoche, solo, en la calle desierta, me pregunto qué es lo que quiere de mí esa nueva y extraña historia. Camino a lo largo de las casas, que me parecen alineadas cajas de cartón en las que duerme todo un pueblo. Y de pronto me acuerdo de una decisión que tomé el otro mes: había resuelto ir allí en plena noche, a eso de la una de la madrugada, dar la vuelta al hotel, abrir la puerta del jardín, entrar como un ladrón y buscar un indicio cualquiera que me permitiese dar con el perdido castillo, para verla otra vez a ella, sólo para verla otra vez. . . Pero estoy cansado. Tengo hambre. También yo me cambié de traje, de prisa y corriendo, para ir al teatro, y me quedé sin cenar. . . Agitado, inquieto, sin embargo, me quedo sentado un buen rato al borde de la cama, antes de acostarme, víctima de un vago remordimiento. ¿Por qué?

Voy a anotar esto, además: No han querido que las acompañara a su casa, ni decirme dónde viven. Pero las he seguido hasta donde me ha sido posible. Sé que moran en una calleja que culebrea por los alrededores de la iglesia de Nôtre-Dame. Pero, ¿en qué número?... He adivinado que son modistas o quizá costureras.

A escondidas de su hermana, Valentina me ha dado cita para el jueves, a las cuatro, frente al mismo teatro.

—Si mañana no estoy aquí —me ha dicho—, vuelva usted el viernes a la misma hora, luego el sábado, y así sucesivamente, todos los días.

Jueves, 18 de febrero.—He ido a esperarla en medio de uno de aquellos vendavales que traen lluvia. A cada momento se decía uno: acabará lloviendo. . .

Camino en la semioscuridad de las calles, con la pesadumbre en el corazón. Cae una gota de agua. Me da miedo que llueva: un chubasco puede impedir que venga. Pero el viento se pone a soplar nuevamente y la lluvia se aleja otra vez. Allí, en la tarde gris del cielo —ya gris, ya deslumbrante—, un nubarrón debió ceder al viento. Y aquí estoy, clavado en tierra, en una espera miserable. . .

Frente al teatro.—Al cabo de un cuarto de hora, estoy seguro de que no va a venir. Desde el muelle en que me hallo, sigo de lejos, por el puente que ella habría tenido que tomar, el desfile de la gente que pasa. Mis ojos acompañan a todas las muchachas de luto que veo venir y casi llego a sentir gratitud por las que, durante

más rato y hasta más cerca de mí, se le parecían y me han dado esperanzas. . .

Una hora de espera.—Estoy cansado. Al anochecer, un guardia arrastra hacia la comisaría más próxima a un granuja que le va soltando, con una voz apagada, todos los insultos y todas las indecencias de su repertorio. El agente está furioso, pálido, callado. . . En el pasillo mismo, empieza a golpearle, luego cierra la puerta tras ellos, para poderle pegar a sus anchas al miserable. . . Me asalta la espantosa idea de que habiendo renunciado al paraíso estoy marcando el paso a las puertas del infierno. . .

Cansado de luchar, abandono aquel paraje y gano la angosta y baja callejuela, entre el Sena y Nôtre-Dame, en que sé más o menos la situación de la casa. Voy y vengo, solo. De vez en cuando, una criada o una mujer de su casa salen bajo la llovizna para hacer sus recados, antes de que anochezca. . . Aquí no hay nada para mí; me marcho. . . Vuelvo a pasar, entre la lluvia clara que retarda la noche, por la plaza en que teníamos que esperarnos. Hay más gente que antes, hay una espesa multitud. . .

Suposición. Desesperación. Cansancio. Me aferro a esta idea: Mañana. Mañana, a la misma hora, volveré a esperarla en aquel mismo sitio. ¡Y qué prisa tengo de que llegue mañana! Hastiado, imagino la tarde de hoy, y luego la mañana siguiente, que pasaré sin hacer nada. Pero, ¿no ha terminado ya, casi, el día de hoy?. . . En casa, de regreso, junto al fuego, oigo vocear los periódicos

de la noche. Sin duda, desde su casa perdida, no sé dónde, por la ciudad, cerca de Nôtre-Dame, también ella lo oye.

Ella. . . digo, Valentina.

Este anochecer que había querido escamotear me pesa extrañamente. Mientras pasan las horas y el día está a punto de morir, y yo ya lo quisiera muerto, hay hombres que han cifrado en él toda su esperanza, todo su amor y sus postreras fuerzas. Hay hombres moribundos, otros que esperan un vencimiento y que querían que nunca fuese mañana. Hay otros para quienes mañana asomará como un remordimiento. Otros, en cambio, se sienten cansados y esta noche no será nunca lo bastante larga como para darles el reposo que necesitan. Y yo, yo que he desperdiciado el día, ¿con qué derecho me atrevo a invocar el día de mañana?

Viernes, por la tarde.—Había pensado escribir a continuación: “No la he vuelto a ver”. Y todo habría terminado.

Pero al llegar, esta tarde, a la esquina del teatro: he!a aquí. Fina y grave, vestida de negro, pero con polvos en la cara y con un cuellecito que le da el aspecto de un píerrot culpable. Un aspecto doloroso y malicioso a la vez.

Vino para decirme que va a dejarme al instante, que ya no volverá. . .

.....

Y sin embargo, al anochecer, henos aquí a los dos, una vez más, caminando lentamente, uno junto al otro, sobre la arena de las Tullerías. Me cuenta su historia,

pero con tantas vaguedades y precauciones, que no la entiendo bien. Dice: "mi amante" hablando de aquel novio con quien no se casó. Lo hace adrede, me parece, para producirme mala impresión y evitar que le tome apego.

Hay frases suyas que me cuesta transcribir:

"No deposite en mí confianza alguna —me dice— porque no hago más que locuras."

"Corrí sola por los caminos."

"Llevé a mi novio a la desesperación. Lo abandoné porque me admiraba demasiado; me veía a la luz de su fantasía y no tal como yo era. En realidad estoy llena de defectos. Habríamos sido muy desgraciados."

A cada instante la sorprendo haciéndose peor de lo que es. Pienso que quiere persuadirse de que obró bien en otros tiempos, al cometer la tontería de que me habla; ningún remordimiento, parece decirse, he de experimentar: la ventura que le brindaban no se la merecía.

Otra vez:

—Lo que me gusta de usted —me ha dicho mirándome lentamente—, lo que me gusta de usted, sin que sepa por qué, son mis recuerdos. . .

Otra vez:

—Todavía le amo —me decía—, más de lo que usted se figura.

Y luego, de pronto, brusca, brutal y tristemente:

—En fin, ¿qué es lo que usted quiere? ¿Acaso me ama usted también? ¿También usted va a pedirme la mano? . . .

Balbucí. No sé lo que le contesté. Quizá le dije: "Sí".

Esa especie de diario se interrumpía aquí. Empezaban entonces unos borradores de cartas, ilegibles, informes, llenos de tachas. ¡Precario noviazgo! . . . La muchacha, a ruegos de Meaulnes, había dejado su oficio. Él había estado ocupándose en los preparativos de la boda; pero, sobrecogido sin cesar por el deseo de seguir buscando, de partir una vez más tras la huella de su amor perdido, desaparecería sin duda varias veces; y en aquellas cartas, con trágico desasosiego, trataba de justificarse frente a Valentina.

CAPITULO XV

EL SECRETO

(Continuación)

Luego seguía el diario.

Agustín había anotado sus recuerdos a propósito de unos días que pasaron los dos en el campo, no sé dónde. Pero, cosa extraña, a partir de aquel momento, debido acaso a un sentimiento de secreto pudor, el diario estaba redactado de un modo tan accidentado, tan informe, y borroneado a la vez con tanta prisa, que me fué preciso completar y reconstituir por mí mismo toda esa parte de la historia.

14 de junio.—Al despertar, Meaulnes, de madrugada, en el cuarto de la fonda, el sol iluminaba los dibujos rojos de la negra cortinilla. Unos jornaleros, campesinos, en la sala de abajo, hablaban a grandes voces, mientras tomaban el café matinal: en frases rudas y sosegadas expresaban su indignación contra uno de sus amos. Hacía, seguramente, un buen rato que Meaulnes oía, entre sueños, aquel murmullo. Porque primero no le prestó atención. Aquella cortina sembrada de

racimos que enrojecía el sol, aquellas voces matutinas que subían hasta el cuarto silencioso, todo se confundía en la impresión única de un despertar en el campo al principio de unas deliciosas vacaciones de verano.

Levantóse y llamó suavemente a la puerta de al lado. No contestaron; la entreabrió, sin ruido. Entonces, al divisar a Valentina, comprendió de dónde le venía tanta dicha apacible. La muchacha dormía, quietecita, silenciosa; no se la oía respirar. Dormía como deben dormir los pájaros. Agustín contempló largamente aquel rostro de niño, con los ojos cerrados, aquel rostro tan quieto que uno hubiera anhelado no despertar ni turbar nunca.

Para demostrar que ya no dormía, contentóse ella, sin otro movimiento, con abrir los ojos y mirar.

Luego, en cuanto se hubo vestido, Meaulnes volvió a su lado.

—Estamos un poco atrasados —dijo ella.

Y al punto se desempeñó como una mujer en su propia casa. Arregló los cuartos y cepilló la ropa que Meaulnes llevaba puesta la víspera. Al llegar al pantalón, quedóse desolada. Tenía las botamangas recubiertas de un espeso lodo. Primero estuvo vacilando y, luego, cuidadosamente, con precaución, antes de cepillarlas, empezó por raspar con un cuchillo la primera capa de tierra.

—Así lo hacían —dijo Meaulnes— los chicos de Santa Águeda, cuando se metían en el lodazal.

—A mí me lo enseñó mi madre —dijo Valentina.

... Y esta era, en efecto, la compañera que antes de

su aventura misteriosa habría anhelado aquel cazador, aquel campesino, que era el gran Meaulnes.

15 de junio.—Durante la cena con que los invitaron en la granja, para su gran fastidio, gracias a que unos amigos los habían presentado como marido y mujer, estuvo ella tímida como una recién casada.

Ardían dos candelabros en los extremos de la mesa, que aparecía cubierta con blanco mantel. Habríase dicho un apacible banquete de bodas, en el campo. Las caras, en cuanto se inclinaban, bajo aquella débil claridad, sumíanse en las sombras.

A la derecha de Patricio, el hijo de la casa, se sentaron Valentina y Meaulnes, el cual permaneció taciturno durante toda la cena, aunque casi siempre le estaban dirigiendo la palabra. Desde el punto en que decidiera, en esa aldea perdida, sólo para evitar los comentarios, hacer pasar a Valentina por su esposa, un mismo pesar y un mismo remordimiento lo llenaban de angustia. Y mientras Patricio, a la manera de un señor rural, dirigía la cena, Meaulnes pensaba:

“Yo soy quien debiera, esta noche, en una sala baja como ésta, en una preciosa sala que yo conozco, presidir mi banquete de bodas.”

Junto a él, Valentina rehusaba tímidamente cuanto le ofrecían. Hubiera podido tomársele por una aldeanita. A cada nuevo intento, miraba a su amigo, como queriendo refugiarse en él. Un buen rato hacía que Patricio estaba insistiendo en vano por que apurara su vaso, cuando Meaulnes, inclinándose hacia ella, acabó por decirle suavemente:

—Hay que beber, Valentinita.

Entonces, dócil, bebió. Y Patricio, sonriendo, felicitó al joven por tener una mujer tan obediente.

Pero tanto Meaulnes como Valentina permanecían silenciosos y pensativos. Primero, porque estaban cansados; durante la excursión, habían caminado por el fango, y ahora sentían los pies helados sobre las limpias baldosas de la cocina. Y luego porque, de vez en cuando, el joven se veía obligado a decir:

—Mi mujer, Valentina, mi mujer. . .

Y al pronunciar sordamente esas palabras, en presencia de aquellos labriegos desconocidos, en aquella sala oscura, tenía cada vez la impresión de estar cometiendo una falta.

17 de junio.—La tarde de este último día empezó mal.

Patricio y su mujer les acompañaron a dar un paseo. Poco a poco, por la desigual pendiente cubierta de brezos, las dos parejas se encontraron separadas; Meaulnes y Valentina se sentaron entre los enebros, en un claro del monte.

El viento traía gotas de lluvia, el cielo estaba encapotado. La tarde parecía tener un amargo sabor, el sabor de un tedio tan profundo que ni el mismo amor podría distraerlo.

Por espacio de largo rato permanecieron en su escondite, guareciéndose bajo las ramas. Hablaban poco. Luego se aclaró el tiempo. Hizo buen tiempo. Dijéronse que ahora todo iría bien.

Y empezaron a hablar de amor. Valentina hablaba, hablaba. . .

—Verás —dijo—, lo que mi novio me prometía, con lo chiquillo que era: Tendríamos en seguida una casa, una especie de cabaña perdida en el campo. Una casa que ya estaba instalada, decía. Habríamos llegado a ella cual si volviéramos de un largo viaje, la tarde de nuestra boda, a esta hora poco más o menos, cuando la noche se aproxima ya. Y por los senderos, en el patio, escondidos entre los bosquecillos, unos niños desconocidos nos habrían festejado gritando: “¡Viva la novia!” ¿Qué locuras, no?

Meaulnes, desconcertado e inquieto, la escuchaba. Hallaba en todo aquello como el eco de una voz ya oída. En el tono de la muchacha, mientras contaba la historia, había además un vago pesar.

Pero ella tuvo miedo de haberle ofendido. Volvióse hacia él, con vehemencia, con dulzura.

—Quiero darte —dijo— todo lo que poseo, algo que fué para mí lo más precioso del mundo... y tú lo quemarás.

Entonces, sin quitarle la mirada de encima, con ansioso ademán, sacó del bolsillo un paquetito de cartas. Se lo alargaba. Eran las cartas de su prometido.

¡Ah, en seguida reconoció Meaulnes aquella letra fina! ¡Cómo no se le había ocurrido antes! Era la letra del titiritero Frantz, la que vió antaño en los desesperados renglones que el chico había dejado en el cuarto del castillo.

Caminaban ahora por una angosta senda, entre las margaritas y el heno que el sol de las cinco iluminaba oblicuamente. Era tan grande su estupor, que Meaulnes no acababa de darse cuenta del desastre que para él sig-

nificaba todo aquello. Leía porque ella se lo había pedido. Frases infantiles, sentimentales, patéticas. . . Esta, en la última carta:

. . . *Ah, perdiste el corazoncillo, imperdonable Valentina. ¿Qué es lo que va a ocurrirnos? No es que sea supersticioso. . .*

Meaulnes leía, medio ciego de pesar y de cólera, con el rostro inmóvil, pero pálido y estremecido. Valentina, inquieta al verle así, buscó en qué punto estaba de la carta para enterarse de lo que le enojaba de aquel modo.

—Se refiere a una joya —explicó muy de prisa—, que él me había dado, haciéndome jurar que la conservaría siempre. ¡Otra de sus ocurrencias de loco!

Pero sólo consiguió con eso exasperar a Meaulnes.

—¡De loco!—dijo, metiéndose las cartas en el bolsillo—. ¿Por qué repetir esa palabra? ¿Por qué no haber querido creer nunca en él? Yo lo conocí, y era el muchacho más maravilloso de la Tierra.

—¿Lo conociste?—dijo, en el colmo de la emoción—. ¿Has conocido a Frantz de Galais?

—Era mi mejor amigo, mi hermano de aventuras, y resulta que le he quitado la novia.

—¡Ah —prosiguió, furioso—, cuánto mal nos ha hecho tu ciega incredulidad! Tuya es la culpa de todo. ¡Tú eres la que lo echó todo, todo, a perder!

Quiso ella hablarle, cogerle la mano. Pero él la rechazó, brutal.

—Vete. Déjame.

—Muy bien, si así lo quieres, me iré, en efecto —dijo, con la cara como una amapola, tartamudeando, conteniendo las lágrimas—. Volveré a Bourges, a casa, con

mi hermana. Y si no vuelves por mí, ya sabes, ¿no?, que mi padre es demasiado pobre para que yo viva con él. Pues bien, marcharé de nuevo a París, trotaré por los caminos, lo mismo que la otra vez. . . Seré una perdida, ahora que ya no tengo oficio. . .

Y fué por sus avíos, para tomar el tren, mientras que Meaulnes, sin mirarla siquiera partir, seguía caminando a la ventura.

El diario volvía a interrumpirse.

Seguían otros borradores de cartas, cartas de un hombre indeciso, desorientado. Meaulnes, que había regresado a la Ferté d'Angillon escribía desde allí a Valentina, en apariencia para expresarle su resolución de no volver a verla más y las razones concretas en que se basaba, pero en el fondo, acaso, en busca de contestación. En una de sus cartas, le preguntaba lo que primero, con su turbación, no se le había ocurrido siquiera preguntarle: ¿sabía dónde se hallaba el tan buscado castillo? . . . En otra, le rogaba que se reconciliase con Frantz de Galais. Él mismo se encargaría de encontrarlo. . . No todas las cartas cuyos borradores tenía ante mis ojos habrían sido enviadas. Pero, debió escribir dos o tres veces, sin obtener nunca contestación. Fué, para él, un período de luchas horrendas y lamentables, en medio de un absoluto aislamiento. Habiéndosele desvanecido por completo la esperanza de volver a ver jamás a Ivonne de Galais, debió sentir flaquear poco a poco su magna resolución. Y por las páginas que seguían —las últimas del diario— calculo que una hermosa mañana de principios de vacaciones alquilaría una bicicleta para ir a Bourges, a visitar la catedral.

Había partido al amanecer, tomando la excelente carretera que cruza, recta, por entre los bosques. Por el camino, iba inventando mil pretextos para presentarse dignamente, sin solicitar una reconciliación, a la mujer a quien había echado.

Las cuatro últimas páginas que pude reconstituir, contaban este viaje y esta última falta. . .

CAPITULO XVI

EL SECRETO

(Fin)

25 de Agosto.—Al otro lado de Bourges, al final de los barrios nuevos, descubrió, tras largo rato de averiguaciones, la casa de Valentina Blondeau. Una mujer —la madre de Valentina— al umbral de la puerta, parecía aguardarle. Tenía un buen tipo de mujer de su casa, gruesa, ajada, pero bien conservada aún. Lo veía venir con curiosidad y al preguntarle él si estaban allí las señoritas de Blondeau, le dijo ella con dulzura y deferencia que se volvieron a París después del 15 de agosto. “Me tienen prohibido —añadió— que diga dónde paran, mas si usted escribe a la dirección antigua les harán seguir las cartas”.

Volviendo sobre sus pasos, llevando la bicicleta de la mano, a través del jardincillo, pensaba Meaulnes:

—¡Se fué! . . . Todo ha terminado como yo deseaba. . . Soy yo quien la obligó. “Seré una pérdida”—me decía—. ¡Y soy yo quien ha hundido y ha perdido a la novia de Frantz!

Y en voz muy queda, repetíase como un loco: “¡Mejor! ¡Mejor!”, con la certidumbre de que, por el contrario, era “peor” y que, en presencia de aquella mujer, antes de llegar a la cancela, iba a chocar con ambos pies y a caerse de hinojos.

Sin pensar en comer, se paró en un café donde escribió largamente a Valentina, sólo para poder desgañarse, para deshacerse del grito desesperado que le estaba ahogando. Su carta no hacía más que repetir: “¡Y pudiste! . . . ¡Y pudiste resignarte a eso! . . . ¡Y has podido perderte así!”.

Cerca, bebían unos oficiales. Uno de ellos contaba ruidosamente una historia de faldas. Se percibían palabras sueltas: “. . . Le dije. . . Tiene usted que conocerme. . . Con su marido hacemos la partida todas las noches!”. Los demás reían y volviendo la cabeza escupían detrás de los bancos. Demacrado y lleno de polvo, Meaulnes los miraba como un pordiosero. Se los imaginaba con Valentina en las rodillas.

Un buen rato vagó en bicicleta, en torno de la catedral, diciéndose oscuramente: “En definitiva, si vine fué por la catedral”. Al extremo de todas las calles, en la desierta plaza, veíasela surgir, enorme e insensible. Esas calles eran estrechas y sucias, como los callejones que rodean las iglesias de pueblo. Había, aquí y allá, la muestra de un prostíbulo, un farol encarnado. . . Meaulnes sentía írsele el dolor, en ese barrio asqueroso, vicioso, guarecido, cual en tiempos antiguos, bajo los arbotantes de la catedral. Le venía un temor de labrie-

go, una repulsión por aquella iglesia ciudadana, en cuyos escondrijos se hallan esculpidos todos los vicios, una iglesia que se levanta entre los barrios bajos y que no cuenta con remedios para las más puras cuitas del amor.

Acertaron a pasar dos mujerzuelas; iban tomadas de la cintura y le miraban con descaro. Por hastío o por diversión, para vengarse de su amor o para destrozarlo, Meaulnes las siguió lentamente en bicicleta y una de ellas, una mujerzuela miserable que recogía atrás, en falso moño, su escaso pelo rubio, le dió cita para las seis en el Jardín del Arzobispado, ¡el jardín en que Frantz había citado a Valentina, en una de sus cartas!

Meaulnes no dijo que no, sabiendo que a esa hora haría rato que habría salido de la ciudad. Y por la ventana baja, en la calle inclinada, estuvo la mujer durante un buen momento haciéndole señas imprecisas.

Tenía prisa de continuar su camino.

Antes de irse, no resistió al lóbrego deseo de pasar por última vez frente a la casa de Valentina. Abrió mucho los ojos y pudo hacer acopio de tristeza. Era una de las últimas casas del barrio y la calle, a partir de allí, tornábase carretera. . . En frente, una especie de descampado formaba una plazoleta. No había nadie en las ventanas, ni en el patio, ni en sitio alguno. Unicamente, a lo largo de una pared, tirando de dos chiquillos harapientos, pasó una mujerzuela sucia y empolvada.

Allí era donde había transcurrido la infancia de Valentina, allí donde había empezado a contemplar el mundo, con sus ojos confiados y prudentes. Tras aquellas ventanas había trabajado, cosido. Y Frantz había pasado para verla y sonreírle, por esa calle de arrabal.

Mas, ahora, no quedaba nada, nada. . . El triste atardecer se hacía lento y Meaulnes sólo sabía que, perdida por otros andurriales, Valentina veía cruzar por su memoria, esa misma tarde, una plaza lóbrega a la que ya no volvería más.

El largo viaje que le faltaba hacer para volver a casa sería el último recurso contra su dolor, su última y obligada distracción antes de hundirse por entero en él.

Partió. En las cercanías de la carretera, por el valle, había deliciosas casas de campo. Entre los árboles, a orillas del agua, mostraban sus puntiagudos aguilonos, guarnecidos de verdes enrejados. Sin duda, allí, en el césped, unas finas muchachas estaban hablando de amor. Uno creía ver allí almas, deliciosas almas. . .

Pero, en aquel instante sólo existía para Meaulnes, un solo amor, aquel amor insatisfecho que acababan de ultrajar de un modo tan cruel, y la muchacha que entre todas, él hubiera tenido que proteger y salvaguardar, era precisamente la que acababa de enviar a su perdición.

Unas líneas rápidas de aquel diario me enteraban además del proyecto concebido por Meaulnes de volver a dar con Valentina, costara lo que costara, antes de que fuese demasiado tarde. Una fecha, en un ángulo de una página, me hacía creer que ése era el largo viaje para el cual estaba haciendo sus preparativos la señora Meaulnes cuando yo llegué a la Ferté d'Angillon y di al traste con todo. En la alcaldía abandonada, anotaba Meaulnes recuerdos y proyectos una hermosa mañana de finales de agosto, cuando yo abrí la puerta y le di el inesperado notición. Su antigua aventura, volvía a sobrecogerle y le inmovilizaba; nada se atrevía a hacer ni a

confesar. Entonces empezaron el remordimiento, la pena y el dolor, tan pronto ahogados como triunfantes, hasta que llegó el día de la boda y el grito del titiritero, por entre los abetos, le recordó de un modo teatral su primer juramento de muchacho.

En aquel mismo cuaderno de deberes mensuales había garabateado todavía unas palabras, apresuradamente, antes de abandonar, con su permiso, pero para siempre, a Ivonne de Galais, su esposa desde la víspera:

"Parto. Será menester que dé con la pista de los dos titiriteros que vinieron ayer por el monte de abetos y se marcharon hacia el Este en bicicleta. Sólo volveré al lado de Ivonne si puedo traer, para instalarlos en la "casa de Frantz", a Frantz y a Valentina casados.

"Este manuscrito, que empecé en forma de diario secreto y que se ha convertido en mi confesión, pasará, en el caso de que yo no vuelva, a ser propiedad de mi amigo Francisco Seurel".

Debió deslizar apresuradamente el cuaderno debajo de los otros, cerrar con llave su vieja valija de estudiante, y desaparecer.

EPILOGO

Pasó el tiempo. Perdía yo las esperanzas de volver a ver a mi compañero, y transcurrían los días insípidos en la escuela campesina, y los días tristes en la casa desierta. Frantz no acudió a la cita que yo le había dado y, por su parte, tía Moinel desconocía, hacía ya mucho tiempo, la residencia de Valentina.

Pronto, la única alegría de Los Arenales fué la niña que pudimos arrancar a la muerte. A fines de setiembre se vislumbraba en ella, incluso, una niña robusta y bonita. Iba a cumplir el año. Asida a los barrotes de las sillas, ella sola las empujaba, probando de andar sin preocuparse de las caídas, y su algazara despertaba largamente sordos ecos de la abandonada mansión. Si la tomaba en brazos, nunca permitía que le diera un beso. Tenía un modo encantador y salvaje a la vez de agitarse y de apartarme la cara, con la palma de su manecita, riéndose a carcajadas. Con toda su alegría, con toda su infantil violencia, parecía que iba a quitarle a

la casa el dolor que desde su nacimiento pesaba sobre ella. Yo me decía a veces: "Indudablemente, a pesar de su hurañez, será un poco mi hija". Pero, de nuevo, la Providencia arregló de otra manera las cosas.

Un domingo por la mañana, a fines de setiembre, me levanté muy temprano, más temprano aún que la aldeana que cuidaba a la niña. Tenía que irme de pesca, al Cher, en compañía de Jazmín Delouche y de dos hombres de Saint-Benoist. A menudo armábamos así con los aldeanos de los alrededores unas grandes partidas de pesca furtiva: pesca a mano, durante la noche, y pesca con espineles, que estaba prohibida. . . Durante todo el verano, nos íbamos al amanecer, los días de asueto, para no volver hasta el mediodía. Casi todos aquellos hombres se procuraban así un sustento. Y yo, mi único pasatiempo, las únicas aventuras que me recordasen las correrías de otrora. Había acabado por aficionarme a aquellas excursiones, a aquellas dilatadas pesquerías a lo largo del río o entre los cañaverales del estanque.

Aquella mañana estaba, pues, de pie, a las cinco y media, delante de casa, bajo un pequeño tinglado adosado a la tapia que separaba el jardín inglés de Los Arenales del huerto de la casa de campo. Desenmarañaba las redes que el otro jueves había tirado al suelo en un montón.

No clareaba aún del todo; se abría el crepúsculo de una hermosa mañana de setiembre y el tinglado en que

yo desenredaba con presteza mis redes de pesca se hallaba medio sumido en la oscuridad. Atareado y silencioso como estaba, oí de súbito chirriar la cancela. Unos pasos crujieron en la arena del jardín.

—Ah —me dije—, Aquí llega mi gente. Antes de lo que me figuraba. ¡Y yo que no estoy listo! . . .

Pero el hombre que penetraba en el patio resultó ser un desconocido. Tratábase, por lo que pude columbrar, de un buen mozo, con barba, vestido como un cazador. En vez de venir a mi encuentro al lugar en que los demás sabían que yo les aguardaba siempre, a las horas convenidas, ganó directamente la puerta de entrada.

—Bueno —pensé—. Será algún amigo, a quien habrán invitado sin decírmelo y al que habrán mandado anticipadamente.

El hombre levantó el pestillo, sin hacer ruido. Pero yo había cerrado la puerta al salir. Hizo lo propio a la entrada de la cocina. Luego, vacilando un instante, volvió hacia mí su inquieto semblante, iluminado por la dudosa claridad. Y sólo entonces reconocí al gran Meaulnes.

Permanecí un buen rato asustado, desesperado, repentinamente sobrecochado por tanto dolor como su regreso despertaba en mi pecho. Había desaparecido por detrás de la casa, y después de dar la vuelta volvía, vacilante.

Me adelanté entonces hacia él y sin decir palabra le abracé sollozando. Comprendió en seguida:

—Ah —dijo con una voz breve—. ¿Ha muerto, no?

Quedóse de pie, sordo, inmóvil, terrible. Le cogí del brazo y tiré de él suavemente hacia la casa. Ahora era ya día claro. Sin perder tiempo, para llevar a cabo lo

más penoso, le hice subir la escalera que llevaba al cuarto de la muerta. Apenas entró, cayó de hinojos frente al lecho y por espacio de un buen rato permaneció con la cabeza hundida entre los brazos.

Levantóse al fin, con los ojos extraviados, titubeando, sin saber dónde estaba. Y, llevándole siempre del brazo, abrí la puerta que ponía en comunicación aquel cuarto con el de la niña. Se había despertado sin que la llamaran —su nodriza no había subido aún— y, deliberadamente, se había sentado en la cuna. Apenas si se le veía la cabeza, llena de asombro, vuelta hacia nosotros.

—Aquí está tu hija.

Dió un salto y me miró.

Después, acercándosele, se la llevó en brazos. No pudo al principio verla bien. Las lágrimas se lo impedían. Entonces, para desviar un poco aquel enorme enternecimiento y aquel raudal de lágrimas, sin dejar de estrechar fuertemente a la niña, que llevaba sentada en su brazo derecho, volvióse hacia mí, cabizbajo, diciéndome:

—He traído a la pareja. . . Están ya en su casa, podrás verles.

Y, en efecto, cuando, temprano todavía, me fuí, pensativo y casi feliz, hacia la casa de Frantz que Ivonne de Galais me mostrara antaño desierta, me pareció divisar de lejos una mujercita con pañoleta, que barría el umbral de su puerta y suscitaba la curiosidad y el entusiasmo de unos cuantos aldeanitos endomingados que se dirigían a misa. . .

Mientras tanto, la niña empezaba a enojarse de que la estrecharan de aquel modo y como Agustín, con la cabeza agachada y de soslayo, para esconder y detener

sus lágrimas, siguiese sin mirarla, ella le soltó con la manita un bofetón en la boca barbuda y mojada.

Esta vez el padre levantó en alto a su hija, la hizo saltar en sus brazos y la miró con una especie de sonrisa. Ella, palmoteó satisfecha. . .

Yo me había apartado un poco para verles mejor. Con cierta decepción, pero maravillado sin embargo, me daba cuenta de que la niña hallaba por fin el compañero que sin saberlo esperaba. . . La única alegría que el gran Meaulnes me dejara, bien sentía yo que volvía para quitármela.

Y ya me lo imaginaba, por la noche, envolviendo a su hija en una capa y partiendo con ella en pos de nuevas aventuras.

FIN

INDICE

PRIMERA PARTE

		PÁG.
Cap.	I. - El nuevo pensionista	11
"	II. - Después de las cuatro	21
"	III. - "Visitaba la tienda de un cesterero"	25
"	IV. - La evasión	31
"	V. - El regreso del coche	37
"	VI. - Lllaman a la ventana	43
"	VII. - El chaleco de seda	51
"	VIII. - La aventura	59
"	IX. - Un alto en el camino	65
"	X. - El corral	71
"	XI. - La mansión misteriosa	75
"	XII. - El cuarto de Wellington	81
"	XIII. - La extraña fiesta	85
"	XIV. - La extraña fiesta (<i>continuación</i>)	91
"	XV. - El encuentro	97
"	XVI. - Frantz de Galais	107
"	XVII. - La extraña fiesta (<i>fin</i>)	115

SEGUNDA PARTE

Cap.	I. - El abordaje	123
"	II. - Caemos en una emboscada	129
"	III. - El titiritero en la escuela	135
"	IV. - Que trata de la mansión misteriosa	143

	PÁG.
Cap. V. - El hombre de las alpargatas	151
„ VI. - Una disputa entre bastidores	157
„ VII. - El titiritero se quita la venda	163
„ VIII. - ¡Los gendarmes!	167
„ IX. - En busca del sendero perdido	171
„ X. - La colada	181
„ XI. - Hago traición	187
„ XII. - Las tres cartas de Meaulnes	193

TERCERA PARTE

Cap. I. - El baño	201
„ II. - En casa de Florentino	209
„ III. - Una aparición	221
„ IV. - La gran noticia	231
„ V. - La jira	239
„ VI. - La jira (<i>fin</i>)	247
„ VII. - El día de la boda	257
„ VIII. - La llamada de Frantz	261
„ IX. - La gente feliz	267
„ X. - La “casa de Frantz”	273
„ XI. - Conversación bajo la lluvia	281
„ XII. - La carga	289
„ XIII. - El cuaderno de “deberes mensuales”	297
„ XIV. - El secreto	301
„ XV. - El secreto (<i>continuación</i>)	309
„ XVI. - El secreto (<i>fin</i>)	317
Epílogo	323

ACABÓSE DE IMPRI-
MIR ESTE LIBRO,
PARA LA EDITORIAL
SUR, EN SU PRIME-
RA Y ÚNICA VERSIÓN
AL ESPAÑOL, AUTORIZADA POR EL
AUTOR, EL DÍA DIECISIETE DE
DICIEMBRE DE MIL NOVECIE-
TOS TREINTA Y OCHO, EN LA
COMPAÑÍA IMPRESORA
ARGENTINA, S. A.,
CALLE ALSINA
2049, BUENOS
AIRES.